MARÍA SONIA CRISTOFF

Falsa calma

RANDOM HOUSE

MARÍA SONIA CRISTOFF

Falsa calma

RANDOM HOUSE

A Meco Castilla.
A la memoria de Susana Torres.

Aunque mi padre nació en medio de la Patagonia, todos a su alrededor hablaban búlgaro: mi abuelo había logrado evitar el trabajo en el petróleo que esperaba a la mayoría de sus compatriotas emigrantes y se había comprado un reducto próximo al río Chubut, donde estaba asentada la colonia galesa, en el cual, con el pretexto de cultivar, se dedicó a refundar su propia Bulgaria. Con el tiempo logró que estuvieran ahí, como clones perfectos, los animales, los ritmos de la cosecha y de las lluvias, el yogur que hacía mi abuela, las revistas en caracteres cirílicos y los amigos búlgaros que lo visitaban de vez en cuando. Cuando mi padre salía del reducto para jugar al fútbol con los amigos de las chacras vecinas sabía que las reglas eran pegarle bien a la pelota y manejarse en ese otro idioma que hablaban sus amigos rubios: ya de chiquito se las ingeniaba bien con el galés de potrero. Después volvía a su casa, donde se hablaba poco o se hablaba búlgaro. Un día, cuando mis abuelos calcularon que tendría seis años, lo llevaron hasta un pueblito cercano, Gaiman, y lo depositaron en un banco de escuela. Desde allí mi padre se percató, observando bien a su alrededor, de que muchos, casi diría todos, hablaban un tercer idioma. No se parecía en nada a los que él sabía, y se llamaba castellano.

En su obcecación, mi abuelo se había sumado al proyecto de la patria refundada en territorio patagónico que antes habían intentado tantos otros. Desde emprendedores como Antoine de Tounens —que había querido crear el Reino de la Araucanía y Patagonia en la zona cordillerana— o Iuliu Popper —que llegó a acuñar moneda y ley propia en su colonia de Tierra del Fuego— hasta, dicen algunos, los antepasados de los chicos galeses con los que mi padre jugaba al fútbol. Pero la Pequeña Bulgaria de mi abuelo no pudo evitar, como se ve, que se infiltrara en ella el aislamiento, uno de los rasgos más marcadamente patagónicos. Yo de chica, como tantos exploradores europeos en la Patagonia, veía muy bien ese aislamiento: para ellos había significado la posibilidad de extender sus dominios, para mí la de estar en un lugar donde la rutina se subvertía: los horarios, las comidas, los olores eran distintos de los de mi vida cotidiana en una ciudad próxima, y nadie me preguntaba cómo me estaba yendo en la escuela. Fue después, en la adolescencia, que el aislamiento empezó a parecerme, como a los exploradores argentinos del siglo diecinueve, algo negativo. Para ellos había sido la amenaza de lo no dominable, del territorio que se rebelaba a formar parte de una nación incipiente; para mí había empezado a ser lo que me alejaba del país donde ocurrían las cosas, de la gente que quería conocer, de los libros que quería leer. Se trataba de una cualidad que hacía de la Patagonia un espacio trastocado por alguna lógica pesadillesca en el que yo caminaría y caminaría sin dejar de estar siempre en el mismo lugar. Los estrategas argentinos habían fracasado en muchos de los proyectos que pensaron para el Sur, pero habían sido eficaces en propagar esa idea de que la vida argentina pasaba por Buenos Aires. A principios de los ochenta, entonces, me fui.

Volví dos décadas después, cuando ya no pensaba ni como unos ni como otros, y cuando el tiempo me había llevado a concluir que, más allá de mi historia personal, el aislamiento está presente en todo lo que había encontrado escrito acerca de la Patagonia. En todo, insisto, aunque no me parezca este el lugar para entrar en enumeraciones. Volví para escribir una crónica sobre ese rasgo eminentemente patagónico. Quería ver qué formas toma hoy, quería encontrarlo en sus puntos más extremos, por eso empecé a buscar pueblos que por una razón u otra —no solo la de los censos, quiero decir— pudieran ser calificados de fantasma. Los seleccioné meticulosamente primero y después anduve por esos lugares, me fui quedando. Dispuse de infinidad de horas para recorrer pueblos cuyo perímetro se recorre en una sola. Me senté en una esquina a ver los perros pasar. Me entregué por completo a ese estado de sopor que generan el exceso de luz o de viento o de silencio. Hubo días en que me parecía estar en un decorado de ciencia ficción en el que yo era succionada por alguna fuerza poderosa y no del todo definida. Vi cosas, muchas cosas: lo fantasmal no implica el vacío. Sentada ahí, casi sin preguntar ni moverme, sin hacer ningún esfuerzo, me convertí en una especie de pararrayos, de antena receptora. Los cuentos llegaban a mí, la atmósfera actuaba de ventrílocua. De ahí surgió la voz bifronte que cuenta lo que sigue: todo el tiempo traté de mantener el control pero, tengo que reconocerlo, hay momentos en los que esa atmósfera habla a través de mí.

Uno

La foto debe tener cinco años, no más. Es la que se sacaron los que terminaron la primaria a mediados de los sesenta. Las edades de todos, entonces, en esta foto, rondan entre los cuarenta y los cincuenta. Sobre el costado derecho hay una mujer de pelo corto que tiene un mechón blanco a lo Susan Sontag y que está flanqueada por dos más flacas, más sumisas. Es evidente la centralidad de la Sontag apócrifa: me pregunto si ese liderazgo se habría planteado ya en la adolescencia o si, de pronto, esa noche del reencuentro, las otras dos se vieron atraídas por el magnetismo inesperado, todavía incomprensible, que les generó la que siempre habían compadecido. La mayoría de los que se reencontraron esa noche, me dice la mujer que sacó la foto de una caja de zapatos forrada con tela para mostrármela, habían dejado de verse durante años. Casi todos eran hijos de los trabajadores más afortunados del petróleo y, por ende, en la adolescencia se fueron para otro lado a estudiar o a casarse mejor. Encaramados a una silla hay una hilera de hombres que miran a cámara, todos con vasos en las manos. Los vasos son de plástico. El del medio de la fila, me dice la dueña de la foto, es el que organizó el reencuentro. Como un año los estuvo rastreando, uno por uno. Como un detective, como un vengador. A algunos los localizó afuera: en España, en Alemania, hasta en Estados Unidos. El que organizó todo, Quique, jamás se movió de acá, de Cañadón Seco. Y por eso, quizá, se le ocurrió la idea; veía ahí ese teatro que a veces era el cine y que otras veces no era nada y pensó por qué no usarlo como máquina del tiempo, para una vuelta al pasado. Quique es flaco, y tiene cara de haber atravesado la vida con una pequeña molestia constante que nunca se detuvo a considerar. En la foto sonríe a cámara, igual que todos los de la hilera. El reencuentro debe haber sido en verano; entre los hombres abundan las camisas leñadoras. En el vestuario de las mujeres, en cambio, se ve el esmero: pensaron ese vestido con la misma dedicación con la que pensaron el del casamiento, y con la que hubieran pensado el del primer gran velorio de la familia si les hubieran dado el tiempo necesario. La foto los muestra distendidos, como si ya hubiera pasado ese momento inevitable de estos reencuentros posescolares en el que se sientan todos a la gran mesa y se ven obligados a dar cuenta de lo que, finalmente, hicieron con sus vidas. Atajos mediante —la verborragia, las alusiones, los cambios de tema, las sorderas fingidas, las billeteras que se abren para mostrar fotitos carnet de hijos o cónyuges— sin duda esa noche alguno habrá asumido algún fracaso, la mayoría habrá inferido los fracasos de todos los otros, alguno habrá sorprendido con alguna revelación de tinte económico o sexual, alguno se habrá sentido responsable de recordar a los que murieron, otro a los que no fueron, todos se habrán encargado de esforzarse, especialmente esa noche, por salir lo mejor parados posibles. Se nota también en los ojos que, a esa altura, ya han tomado bastante del vino tinto que se transparenta detrás de los vasos blancos de plástico. La foto parece sacada en el momento justo: en el lapso —ese momento lábil, fuga— que transcurre entre las cuentas rendidas y la despedida, esa franja en la que solo hay lugar para recordar la mejor forma de conexión que alguna vez existió entre todos los reencontrados. Y ahí, justo en ese instante del rayo verde, alguien había sacado esta foto.

Fue después, al rato, cuando la dueña de la foto me pidió que se la alcanzara para volver a guardarla en la caja de zapatos forrada, que vi, en el borde inferior, algo que se me había pasado antes, la cara de alguien que decididamente desentonaba. Alguien que no participaba ni del reencuentro ni de la algarabía general, que no se abrazaba con los otros ni tenía ojos de haber bebido de más. Estaba ahí como una figura impertérrita, con el pelo negro peinado hacia atrás y los ojos negros fijos en la cámara. Estaba abajo pero en el centro de la escena. Me quedé mirándolo un rato y en un momento me pareció que, en realidad, todos los demás lo rodeaban a él. Que él era una especie de deidad en su ermita que sabía exactamente lo que estaba pasando mientras todos los demás, figuras menores de su constelación, se distraían en sentimentalismos. Cuando tuve la impresión de que no era el foco lo que miraba sino a mí, guardé la foto en la caja de zapatos. La mujer me dijo que era León, el del kiosco, que también se había ido de Cañadón al final de la secundaria pero que con el tiempo había vuelto.

Hay dos kioscos en Cañadón Seco. Uno se llama Multirrubro y tiene instalado un sistema que silba cada vez que un cliente abre la puerta, como silban algunos hombres cuando ven pasar a una mujer. Solo que en este caso es menos sexista —el primer día que fui a ese kiosco entré yo seguida de ese silbido, que volvió a sonar idéntico unos minutos después, cuando entraron dos hombres con mameluco— y más efectivo: logra que la dueña salga de la cocina y por ende todos obtengan su chicle, sus cigarrillos, su lata de cerveza. El otro kiosco es el de León, y está en la misma cuadra del que hasta hace dos años era el segundo restaurante del pueblo pero que ahora se fundió, y en la misma cuadra del que solía ser el bar central del pueblo pero que también se fundió. Para entrar al kiosco de León hay que esquivar dos perros policía que están echados en la vereda como cancerberos sin función, definitivamente vencidos. Y adentro él, León, está exactamente igual que en la foto: inmutable, con la mirada fija, el pelo negro peinado hacia atrás, rodeado de figuras en su ermita privada. En este caso no son sus compañeros del colegio sino las mercaderías ubicadas sobre hileras de estantes polvorientos: un frasco de colonia Mary Stuart, otro de colonia 7 Brujas, una azucarera de melamina verde que perdió el color de tanto estar expuesta al sol, una muñeca de plástico encerrada en una bolsa que en algún momento debe haber sido transparente, dos peines de mango fino, un set de sal y pimienta sobre una bandeja de plata simulada, tres frascos de esmalte de uñas seco, un Ludo Matic, un aparato para colgar las medias a secar que gira cada vez que entra viento por la puerta. Son vestigios de lo que fue quedando en este enorme kiosco que su padre fundó en el año 53, que llegó a tener entre doscientos y trescientos clientes diarios, casi todos trabajadores de YPF, y que ahora, en sus días más felices, apenas llega a los diez. Los objetos dejaron de ser meros bienes de consumo, producidos en masa, y se convirtieron en figuras únicas, parte activa de una constelación protectora en el centro de la cual está León, que ahora vuelve a mirarme como en la foto.

Pensar que volví por una semana y me quedé para siempre, me dice.

A veces habla, pero ni siquiera entonces gesticula ni mueve los músculos de la cara. Apenas desliza la mano derecha para fumar: un movimiento corto e imperceptible, siempre el mismo. Hace un par de comentarios sueltos con un tono en el que al principio no puedo diferenciar la hosquedad de la reticencia. Después de cada frase se queda callado un buen rato, mirando hacia la puerta. En una de esas intervenciones me dice que él vende los tickets para los colectivos que cruzan todo el norte de Santa Cruz, de un lado a otro, pero que los colectivos paran cuando quieren. A veces vienen retrasados y para qué van a parar ahí donde con suerte subirán dos gatos locos más. Por eso él trata de estar atento, especialmente durante los cinco momentos del día en los que Cañadón debería ser una escala. Es muy feo cuando tiene que devolver el importe de los boletos porque el colectivo no paró. No solo por la gente que se pierde el viaje, sino porque a veces ese número es el cincuenta por ciento de lo que vendió en el día. Ahora, por ejemplo, en unos veinte minutos debería pasar uno. Miro yo también para afuera y lo único que veo son los cancerberos. Me dice que ese gran banco de madera que atraviesa el kiosco, también de lado a lado, está puesto ahí para que la gente pueda esperar el colectivo, y que puedo sentarme aunque no esté por irme a ningún lado. Acepto y entonces hablamos los dos, mirando para la puerta, liberados de tener que mirarnos las caras.

Pensar que volví por una semana y me quedé para siempre, me dice.

Entra un adolescente con una guitarra enfundada y se sienta en el mismo banco que yo. Está por ser la hora y hay que estar más atentos que nunca. Los tres miramos hacia la puerta. El chico toca en una banda de Comodoro algunos fines de semana. Si el colectivo no para, los de la banda se las arreglan igual: hay batería, hay bajo y hay un tipo que tiene una voz que te derrite, con lo cual la guitarra puede faltar sin que nadie se queje por eso. Esos días en los que el colectivo no para, él se va acá a la vuelta, a la casa de unos amigos, y toca la guitarra para todos con la condición de que él sea el único que no paga la cerveza. León no acota absolutamente nada a lo que dice el chico, ni siquiera cuando se refiere al colectivo y a su imprevisibilidad. Estoy por preguntar si los perros no ladran cuando aparece el colectivo pero algo me indica que lo más prudente es adherir a la política de silencio de León y de los perros.

La descomposición gestual, creo, tiene siempre algo de aterrador —por eso genera tanta resistencia la crisis de un epiléptico o el simple chiste privado de hacer muecas frente al espejo— o de subyugante —por eso no queremos perdernos ese momento preciso en el que el doctor Banner va mutando en El increíble Hulk—. Algo de ese tenor de descomposición tiene León cuando vemos aparecer el colectivo. Sale de atrás de su mostrador como una tromba, se para en medio de la calle y le hace unos gestos al conductor con esa misma sobreactuación que se ven obligados a usar, por la distancia, los ayudantes de pista cuando les dan las señales a los pilotos de aviones. Después entra al kiosco y lo ayuda al chico a subir la guitarra con una preocupación práctica que tiene algo de maternal. Cuando vuelve a entrar se ubica del otro lado del mostrador, entre sus figuras, con el cigarrillo en la mano y el pelo bien negro peinado hacia atrás, como el de un prócer altoperuano.

Pensar que volví por una semana y me quedé para siempre, me dice.

Además del banco de madera y de las figuras en los estantes empolvados, en el kiosco hay una fila de golosinas. Elijo de ahí un paquete de galletitas, como para pagar por mi asiento en el banco. Están crocantes, recién hechas. Miro los chicles, los chocolates: todos los envoltorios coloridos, intactos. Las golosinas, supongo, son la conexión de León con el tiempo que le tocó vivir, su registro de la contemporaneidad. De los cinco hermanos que son, él es el único que se quedó en el kiosco paterno. Los demás se fueron. Y justo su hermana más querida, la que más se preocupa por él, se fue a España, a Madrid. Él nunca se hubiese quedado en este kiosco si su padre no se hubiera opuesto a que estudiara Arquitectura, pero así son las cosas. Le pagaba los estudios en Córdoba con la condición de que estudiara Economía. Él lo intentó, nadie puede decir que no lo intentó, pero simplemente la mente se le cerraba, se le negaba. Veinte años estuvo así, en Córdoba, entre intento y claudicación, intento y claudicación. Pasó todos los setenta allá. Su padre decía que en Arquitectura estaban todos los guerrilleros. Él, igual, no veía a nadie. Ni a los guerrilleros ni a los amigos ni a los compañeros: a nadie. Solamente a esa mujer de la que estuvo tan enamorado y que después lo dejó así, de un día para otro. Estaba esa mujer y estaba el alcohol, cada vez más alcohol. Y estaban los intentos de estudiar, claro, cada vez más esporádicos. Ahí fue, en esa época, que su padre se enfermó y él se vino una semana a verlo. Después de vivir años en Córdoba sin siquiera haberse dado ni una vuelta por acá, se vino. Todos decían que lo más probable era que su padre no pasara de esa, así que hizo un esfuerzo por moverse. Sus hermanos, sobre todo, insistían en la importancia de verlo antes de que se muriera. Él prácticamente no le había hablado en los últimos veinte años, les dijo, pero ellos le aseguraban que eso no contaba en estos casos, que una ausencia en momentos como esos puede ser una carga pesada de arrastrar el resto de la vida. Así fue que vino por una semana y se quedó para siempre. Lo que fue, ni bien llegó, ver Cañadón después de tanto tiempo. Casi una aparición, diría.

*

Entra al kiosco un chico, mejor dicho un nene, gordo, con guardapolvo y mochila, y sigue de largo hacia la cocina de la casa. Desde el banco donde estoy sentada se ven, entre los huecos de una cortina de plástico verde, una mesa de fórmica, tres sillas y una heladera de esas que se abrían con una especie de palanca de cambio de auto. León lo sigue. Después oigo los ruidos: la heladera que se abre, el agua que sale de la canilla, vasos o tazas que se apoyan sobre la mesa o la mesada, una silla que se arrastra. Ninguno de los dos dice ni una palabra. Me pongo a leer la biografía de Malraux que tengo en la mochila. Cómo puede alguien, me dice León cuando vuelve, tomarse tantas páginas para contar una vida. Él, la suya, la podría resumir en una página, mejor dicho en una frase. Le gustaría, la verdad, saber de qué habla el libro, pero él ya hace años que no lee. Su mujer, en cambio, lee todo el tiempo. Después se queda mirando por la ventana —debe ser la hora del supuesto próximo colectivo— y yo vuelvo al libro. ¿Por qué, me pregunto, siempre me las arreglo para elegir los libros más pesados que en los días previos al viaje se me cruzan en el camino? ¿Por qué tengo que estar acá, en el medio mismo de este lugar acerca del que tantos han escrito, leyendo la vida de un escritor francés cuyo lazo más próximo con la Patagonia es una amante fugaz que compartió con Saint-Exupéry? Está oscureciendo y ya casi no veo lo que leo. En el kiosco hay bombitas eléctricas que cuelgan desde el techo pero todavía no están encendidas. Cierro el libro y veo que, desde la tapa, los ojos negros del francés me taladran. Miro hacia el mostrador y veo que León también me mira. Por casualidad no sabré yo, me pregunta, cómo se cura la esquizofrenia.

Hace años ya que se la diagnosticaron, me dice León. Una doctora de acá, de Caleta. No, no pidió un segundo diagnóstico porque no lo necesita. Si levantarse con una angustia en el pecho que te consume y que no se te va en todo el día y que te lleva a arrastrarte por la vida se llama esquizofrenia o no, en realidad, lo tiene sin cuidado. Y de lo de la angustia en el pecho, en fin, no le quedan dudas. Nadie se la tiene que venir a diagnosticar. Lo que él quiere saber es cómo se cura, simple y llanamente cómo se cura. León acompaña la pregunta con unos saltitos que da desde su puesto detrás del mostrador, como haría alguien que espera un colectivo en una noche de frío: uno de esos movimientos leves con los que esperamos recuperar algún bienestar. Miro las figuras de los estantes, ellas siguen imperturbables. Yo tengo que poder decirle algo, repite, no hay manera de que yo no pueda decirle algo. Él lo supo de entrada, ni bien traspasé la puerta de su kiosco esa mañana. Que yo era alguien que le iba a poder dar una respuesta.

Viene el nene gordo otra vez y le dice que al final se hizo de noche y no lo llevó al paddle. Yo pienso que el nene debe tener unos ocho años y que el gimnasio del pueblo, donde se juega al paddle, está a unas cinco cuadras, y los números no me cierran. Todo depende, me dice León. A veces puedo llevarlo, a veces no. Se turnan con su mujer, pero resulta que ella tiene un trabajo de lo más imprevisible. Le lleva los papeles a una empresa que hace trabajos metalúrgicos en el área petrolera, pero no es algo fijo. La llaman cuando se les juntan muchas boletas sin clasificar, trámites sin resolver, cosas para organizar. Dos veces por semana; a veces más, otras menos. Pero siempre se lo avisan a último momento, con lo cual es difícil organizar algo antes. El tema es que si ella no está no puede dejar el kiosco solo. Y el chico entonces esos días se pierde el paddle, como se perderá tantas otras cosas en la vida, que se vaya acostumbrando. Qué otro remedio hay: finalmente está cambiando una simple práctica deportiva por una gran enseñanza, el nene sale ganando. Él sí que aprendió de la vida: aprendió a sobrevivir cuando aquella mujer lo dejó, aprendió a dejar el alcohol, a quedarse en Cañadón para siempre, a incorporar la idea de que se va a morir acá aunque los únicos que queden sean él y los dos cancerberos. Pero no puede acostumbrarse a la esquizofrenia, ella lo doblega. Lo puede, lo vence todas y cada una de las mañanas. Toda esa pesadumbre, toda esa amargura. El simple hecho de tener que levantarse de la cama le consume las energías que tiene y las otras que no sabe de dónde saca. Ahora León prendió una lamparita, la que está cerca de la caja registradora, y le alcanzo a ver bien la misma cara impasible de hace un rato.

> Pese a que el grupo era muy unido y nos arreglábamos para pasarla lo mejor posible, faltaba algo; en las reuniones que hacíamos siempre aparecía el tema del terruño… el recuerdo de los viejos, de amigos de infancia, de las novias que esperaban… ¡nos poníamos melancólicos!… ¡muy melancólicos y tristes!… Pero no faltó un corajudo allá por el año 47 o 48 que buscó la forma de hacer la vida más pasadera en estas soledades; ése fue el “Chato” Baguinay. Un día se aparece con la noticia de que iba a casarse en la provincia y que traía a su mujer a vivir a Cañadón Seco. Pese a las cargadas amistosas que le hacíamos, él cumplió, habló con medio mundo hasta que la empresa lo autorizó y le dio tres casillas para que armara su hogar. Así fue que instaló sus carpitas cerca de lo que hoy es el Campamento de Agüero y con su entusiasmo de novio se dedicó a acondicionar la casa. Viajó a Córdoba, de donde regresó orgulloso con su esposa al lado… ¡no sé qué habrá opinado la pobre sobre estos parajes!… pero la

> verdad es que todos sentimos un poco de envidia por su decisión de buscar y formar un futuro cierto, como es la familia. ¡Empezó el contagio!… Lo siguió Puerta, que también se casó y se instaló cerca de la casita de Baguinay. Como el barrio se estaba poniendo numeroso, decidieron darle nombre y todo. Le pusieron Salsipuedes.
>
> (Memorias de uno de los primeros pobladores de Cañadón Seco, citadas por Carlos Reinoso en su libro *Tiempo de crecer*).

La puerta de entrada al kiosco se abre con ímpetu, como se abren en las malas películas para dejar ver a un personaje femenino con ceño fruncido y ojos encendidos que impreca, solo que acá el personaje difiere: Angélica saluda con gracia y deja unas bolsas de plástico cargadas de cosas en el suelo. Estos de la oficina hoy la internaron: miles de papeles, cuentas, cuestiones; acaba de terminar. A esta hora. Se va para la cocina con las bolsas. Se escucha cómo abre y cierra las puertas de los muebles de la cocina, de la heladera. Solamente por el ruido se adivina que los movimientos son rápidos, automáticos. En el medio grita algunos comentarios sueltos: que estuvo hoy otra vez juntando firmas para esto de la tuberculosis, que no se crean que a ella la van a callar así nomás. Que a ella no le van a ir con cuentos. Las comisuras de la boca del prócer altoperuano hacen un movimiento parecido al de la sonrisa con la que los cónyuges más afortunados son capaces de escuchar las letanías del otro. Angélica vuelve y se queda a mitad de camino entre la cocina y el kiosco, con algunas de las cintas de la cortina de plástico adheridas al cuerpo, como preparada para el carnaval o para el sexo fuerte, y me pregunta —en una forma que automáticamente excluye la posibilidad de negarme— si me quiero quedar a comer. La miro y pienso que a los padres de ella les debe haber pasado lo mismo que a John Huston, gente que eligió el Angélica para nombre de su hija con la esperanza de tener algún ser directamente conectado con la paz de las esferas celestes y en cambio se encontró con una de esas mujeres de pies en la tierra y voluntades carnales.

Como seis meses seguidos fue tuberculosa. Y ya se sabe cómo es con esas enfermedades: un día se van y el menos pensado vuelven a aparecer. Para ella que está siempre ahí, como al acecho. Como los herpes, que uno cree que murieron porque la piel volvió a estar alisadita y sin embargo no, el bicho duerme ahí; mientras uno va y viene, conversa, vive la vida, el bicho va encaramado, incorporado, bien alimentado, un testigo de todos y cada uno de nuestros actos. Y así como ella, hay miles por acá, a la redonda. Pero la quieren hacer callar, dicen que bajaron los índices, que lo suyo es un caso aislado. Aislados están ellos, los funcionarios, en sus oficinas, y no ven o no quieren ver lo que pasa. Ella acá conoce varios vecinos infectados y está armando una asociación, una organización, para evitar que el mal se propague. Miles de cosas ha escrito al respecto. Pero con tal de no asumir que la enfermedad existe, nadie se encarga de hacer lo que hay que hacer, por eso ella está actuando como puede. Pero, en fin, acá, que hay más perros que personas, a quién se le va a ocurrir pensar en los ciudadanos y sus derechos. Apenas llegan a reconocer que hay personas. Angélica tose —una tos seca y decidida, casi como un ladrido— y toma un trago de vino. León toma agua y acentúa su mutismo endémico cuando su mujer está cerca. Con todo lo que ella tiene que hacer, en el medio también tiene que encargarse de eso. Esta Marguerite Gautier del dos mil cambió los suspiros por las imprecaciones: una muestra más de los poderes curadores de la blasfemia.

Angélica lee y lee, sin parar, cada vez que tiene un rato libre. Ahora acaba de terminar *El día que Nietzsche lloró*, de Irvin Yalom. Fascinante, inigualable, trata a fondo el tema de la locura. Ella, me dice, está completamente fascinada por ese tema. Me lo prestaría si no fuera porque se lo prestó a una amiga, mejor dicho cometió el error de prestárselo a una amiga que no vive ahí y ahora vaya a saber cuándo lo recupera otra vez. Hay que saber en qué casa fue criada para entender su atracción por la locura, pero eso no importa. A ella la atrae y cree que le atraería independientemente de su pasado familiar: se lo dice su analista. Y su profesora de taller literario, el que hace en Caleta Olivia, le dice que todas sus historias siempre son tan morbosas, que por qué siempre se las arregla para volver al mismo tema. Le aconseja expandir el panorama, pensar en otras resoluciones, leer otras cosas. Pero ella no le ve sentido, para qué. Finalmente, los grandes escritores siempre tienen sus obsesiones, sus ideas fijas. Uno puede leer o incluso escuchar, ahora que sale por la tele, una frase de Sabato y ya saber que es él. ¿Y por qué pasa eso? No porque se repita sino porque ese es su mundo. Y el mundo de ella es la locura, chau. A veces escribe otras cosas, únicamente cuando son por encargo. Hace poco le escribió un cuento a una amiga, por ejemplo, que vive en Cañuelas, porque había un certamen para describir la ciudad y su amiga quería presentarse. Ganó el primer premio con el cuento que ella le escribió. Y eso que ella nunca estuvo en Cañuelas; la amiga se la describió por teléfono. Pero ahí ella no pone su verdadera pasión, lo hizo por amistad nomás. Su pasión está en descubrir qué es exactamente lo que está más allá de la locura. Porque es indefectiblemente otro mundo, son otras leyes las que funcionan ahí. Y, además, bien quisiera saber ella a qué nos referimos cuando hablamos de locura, porque son tantas y tan sutiles las diferencias, las concepciones. La cantidad de veces que se trata de loco a alguien simplemente porque se toma su tiempo para ver más de cerca las cosas, porque tiene una sensibilidad más fina que la de todo el mundo. Eso le interesa, sobre todo: esa zona donde se tocan los dos extremos, el de los supuestos cuerdos y el otro. Su profesora, para sacarla de tema, le llevó un cuento de un autor italiano del que ahora no se acuerda el nombre en el que se describe un aparato que sirve para medir la belleza. Es cierto, en un punto tuvo razón, es exactamente eso lo que a ella le gustaría hacer, solo que con la locura: tener un medidor que le diera las claves, los niveles. Porque ahí, en ese universo que todos consideran desquiciado, hay mucho de verdad. Y a ella hay algunas verdades que todavía se le escapan.

Dos

Lo último que pensó que iba a volver a encontrar, cuando se vino para acá, para Santa Cruz, eran los aviones. Realmente, lo último. No es que él se hubiese venido huyendo de los aviones, pero casi. Lo habían obsesionado toda la infancia. Dos cosas lo emocionaban entonces: el momento en que los aviones despegaban del suelo y el momento en que el cura, en la iglesia de Córdoba, levantaba la hostia y decía Por-Cristo-con-Él-y-en-Él-a-Ti-Dios-Padre-Omnipotente. A Cristo no lo vio nunca, pero a los aviones los veía pasar todos siempre desde la ventana de su casa, que quedaba cerca del Colegio Militar de Aviación. Especialmente a la noche: cuando todos se metían en la cama, él se quedaba pegado a la ventana, absorto, seguro de que si se iba a dormir no soñaba nada mejor que eso. Empezaban los años cuarenta y desde la década pasada Córdoba ya tenía su escuela de pilotos: cuando el cura levantaba la hostia él pensaba, con los ojos brillosos, que Dios lo había hecho nacer en el lugar justo. Hubo veces, incluso, en aquellas noches de Córdoba, en las que el rugido de un avión le parecía una señal divina, un mensaje cifrado. Él abría la ventana de su cuarto para ver mejor, aunque fuera invierno, y se agarraba de los barrotes de hierro que su padre había puesto del lado de afuera para evitar vaya a saber qué peligro. Sentía el rugido de los aviones adentro de los barrotes, adentro de sus manos. Nada más sentía: ni el frío ni el sueño ni el grito ocasional de su madre que le diría basta con eso que mañana hay que ir al colegio y dejarse de pavadas. Fue una de esas noches que escuchó claramente la voz divina. La voz le decía algo de los aviones, pero él no alcanzó a discernir bien qué. Era algo de la fe, del destino, del sacrificio, pero no estaba seguro.

Después, con los años, cometió lo que para él fue su Gran Sacrificio: cuando tuvo que especializarse en la escuela técnica, a los quince años, decidió que no haría mecánica de aviones sino de autos. Hay muchos más autos que aviones, le dictó su sangre fría, y eso le aseguraría un trabajo estable para toda la vida. Hay que tener integridad para hacer algo así: sentido de la oportunidad y de la responsabilidad. De eso está convencido, de que una decisión así no la toma cualquiera. El que comprenda a fondo la dimensión de su amor por los aviones le dará la razón. Y así fue como tuvo trabajo toda la vida acá, en YPF. Primero en el taller mecánico, donde hacía soldadura y herrería; después en el campo, entre las bombas de petróleo y las cigüeñas. Se jubiló como jefe de mantenimiento de producción. Toda la vida en la empresa. Y su mujer también; ella trabajaba en el sector administrativo. Hasta que se casaron, claro. Después se dedicó a atender la casa y al hijo. A los hijos, debería decir, pero a veces se le escapa, no le sale. Le cuesta, la verdad, todo ese tema. Vino de joven para acá, para Cañadón Seco, bien a principios de los sesenta. El pueblo recién se armaba y la empresa era su columna vertebral, lo que le daba forma. Eran todos amigos, o por lo menos buenos compañeros. Eso le dio fuerzas en aquellas noches en las que ya no escuchaba los rugidos de los aviones sino el del viento, en las que se preguntaba por qué él, que había nacido en el lugar justo, había terminado en este páramo. Su mujer, que entonces no era ni tan gorda ni tan malhumorada ni tan amarga ni tan religiosa, colaboró mucho en su asentamiento. Y por supuesto también el hijo, que fue bueno mientras duró. Esas cosas ayudaron a arraigarlo definitivamente a este lugar. La paga era buena, le daban casa, seguro social, y la empresa se encargaba de todo: de mandarle a un técnico si se le rompía algo en la casa, de mandar un colectivo si su mujer quería ir a la peluquería en Caleta Olivia. Le organizaba la vida, lo cuidaba. Todo eso lo fue aquerenciando a un punto tal que ya de Córdoba no le quedan más que recuerdos: ni el acento ni el proyecto de volver. Diría que acá quiere morir si le costara menos hablar de la muerte.

Tiene que reconocer, de todos modos, que su día de gloria fue el del descubrimiento del Piper. Porque, la verdad, tenía todo —el trabajo seguro, el hijo, la mujer, los compañeros de trabajo, los asados, los vecinos que lo saludaban con respeto— pero algo, en algún rincón del cerebro, le hacía acordar de vez en cuando de lo que había entregado en sacrificio. No es que lo preocupara o lo deprimiera, simplemente se le aparecía. A veces en sueños, otras veces cuando se quedaba mirando algún punto de la meseta que rodea al pueblo: ahí, entre las matas escuálidas, entre ese amarillento blancuzco que agota la vista, se dibujaba la figura de acero de un avión que le daba contraste a la visión, que le daba firmeza, presencia. Algo sólido entre tanto desierto, tanto petróleo. Algo conocido, algo propio. Porque con el tiempo se acostumbró a esto, pero hay que saber lo que es dejar el aire puro, el tiempo gentil de Córdoba para venir a parar acá. Los aviones, para él, eran lo más parecido a la infancia.

Francisco insiste en ir por partes. Antes de la muerte está el hallazgo del Piper. Era un día de verano, todavía se acuerda del sol que pegaba fuerte sobre el galpón de chapa que se les apareció en medio del campo. Ese sol de por ahí, intenso, no mitigado por nada, que los obligaba a entrecerrar los ojos. Habían ido hasta un campo que queda cerca de Caleta a arreglar unos aparatos de bombeo que se habían roto. Eran cinco. Iban en una de esas pick-ups que les daba la empresa, una Chevrolet, si mal no recuerda. Alguno que no era él iba contando por tercera vez lo que había pescado en sus vacaciones en la Cordillera, cerca de Esquel, cuando vieron, en medio de un camino en el que creían que no encontrarían nada, el galpón abandonado. Se bajaron para ver de cerca: estaba en buenas condiciones, todo cerrado. Abrieron el candado sin demasiado esfuerzo ni despliegue de herramientas y encontraron que ahí adentro, sereno, estaba guardado un Piper modelo 46. Un Piper PA 12. Intacto. Los demás lo tomaron como una sorpresa. Francisco no.

Entonces, a fines de los sesenta, hacía muy poco que se volaba en la Patagonia. La Aeropostal Argentina estaba a cargo de los vuelos comerciales y los que podían se compraban sus propias avionetas. El transporte aéreo empezaba a ser el aliado de los patagónicos contra el fantasma de la tierra olvidada. El cielo estaba de su lado. El transporte y el telégrafo fueron dos de las obsesiones de los primeros blancos que se asentaron en el Sur: los necesitaban para exportar, para sobrevivir, para huir. Curiosamente hoy, más de treinta años después, las cosas no han cambiado mucho. Moverse dentro de la Patagonia es difícil, caro, incómodo, irregular.

Quizás alguno de los compañeros que iban con él ese día le contó a su familia, mientras cenaban, que a la tarde habían visto ese galpón viejo cuando volvían de allá del campo, y hasta quizás alguien le contestó. Pero en cambio Francisco no durmió esa noche. Nada, ni un segundo. Los aviones que había visto en la infancia desde su ventana de Córdoba y los que se le habían aparecido como espejismos del desierto patagónico: todos juntos venían ahora a tomar la forma de un Piper PA 12 guardado en un galpón abandonado en medio del campo. Cerraba los ojos y lo veía de lejos pero también en primeros planos: la brújula, el variómetro, los comandos. El avión se armaba y se desarmaba ante sus ojos sin que él pudiera hacer nada: ni dejar de verlo ni intervenir. Era como si esa sola visión del Piper quieto, serenamente expectante, le hubiera abierto la compuerta que el Gran Sacrificio y el traslado al Sur habían bloqueado, aparentemente, para siempre. Al rato, ya pasada la mitad de la noche, a las partes del avión se les agregaban otras imágenes: su mano entumecida que se abría lentamente, toda marcada, después de haber sujetado los barrotes helados; el esfuerzo físico con el que su padre había colocado esos barrotes; las ruedas en ese instante en que se pliegan y marcan que el avión ya no es más una criatura de esta tierra; la cara de su madre, a la mañana; las inscripciones en el pizarrón que se vuelven difusas por el sueño acumulado. Y muchas otras cosas que no tomaban forma de imágenes: olores, frases sueltas, alguna sensación que creía perdida para siempre. Si dicen que uno antes de morir rememora toda su vida en un instante, el Piper había sido para él eso: como ese instante antes de la muerte.

Al otro día llegó a los talleres de YPF y no paró de hablar del tema. Del Piper, específicamente. Primero lo agarró al que estaba arreglando con él ese motor al que hacía dos días no le encontraban la vuelta. Después, en el almuerzo, cuando se juntaban todos en la gamella y comían esos guisos recalentados, los volvió a acorralar a sus compañeros de hallazgo. Y sí, decían, menos interesados en el tema que preocupados por lograr que las arvejas no rodaran entre los huecos del tenedor. Qué buena idea hacer algo, pero para qué, si nadie sabe volar acá. Francisco pensó, casi por primera vez, que era cierto, que él no sabía volar. También pensó que eso no tenía nada que ver con el rescate del Piper. De sus amigos pasó a las autoridades de YPF. Su jefe le dijo que nunca lo había visto tan entusiasmado. De su jefe pasó a otros jefes. ¿Por qué no? El Piper podía ser el origen de un Aeroclub en Cañadón Seco, un impulso al desarrollo de la aviación, la demostración de que YPF podía cubrir todas las necesidades de sus empleados y todas las áreas de la soberanía nacional. Al final, las autoridades de la compañía le facilitaron las cosas —las horas libres y la nafta gratis— para que Francisco empezara a formar la Escuela de Pilotaje Aéreo del Club Cañadón Seco. El logo lo diseñó él mismo.

Primero contrataron un instructor de Pico Truncado. Con él, Francisco experimentó por primera vez lo que era estar dentro de los aviones que hasta entonces había mirado desde tierra. No fue fácil, al principio. No tanto la cuestión técnica de volar sino el hecho de ser partícipe de lo que siempre había visto como algo lejano —deseable, querido, pero lejano—. El hecho de estar involucrado, inmerso en lo que siempre había visto de afuera, le provocó en principio una incomodidad, una rareza. A veces, llegaba a ser física: se miraba las manos, antes de agarrar la palanca, y las veía como piezas extrañas, con vida propia, entes que actuarían independientemente de él y que vaya a saber adónde lo llevarían. No es fácil ponerse a hacer lo que se ha mirado demasiado, mucho menos lo que se ha deseado demasiado. Si él hubiera tenido acceso a un avión antes, cuando era joven, eso no le hubiera pasado, estaba seguro. Pero él había llegado únicamente hasta los motores de los aviones. Metido ahí, entre esas bujías y esas correas, había entrevisto en esos engranajes la verdad del vuelo, el núcleo desde el cual surgían esas máquinas que cruzaban el aire como una flecha divina. Hasta ahí sí había llegado, pero esto de volar adentro no. No era sencillo ese pasaje. Y hasta —tuvo que reconocerlo— lo decepcionaba: esas imágenes poderosas que zurcaban el cielo como una aparición implicaban, de cerca, desde adentro, una serie de movimientos sincronizados de comandos, brújula, comunicaciones con tierra, reaseguros técnicos. Control, mucho control. La certeza de que no podía dejarse llevar por ninguna sensación, de que siempre debía mantener el control sobre las cosas. De chico, allá en Córdoba, había asociado el vuelo a la fantasía de perderse felizmente, de entregarse a las fuerzas que gobiernan el mundo. No había ahora, sentado frente al tablero de comando, a más de tres mil pies de altura, ni la menor posibilidad de hacer algo así. El vuelo, le pareció, lo condenaría a una vigilia permanente, a un estado de alerta que debía prevalecer sobre cualquier otra cosa. El instructor ese de Truncado se sentaba ahí atrás, y le empezaba a hablar y a hablar; le daba indicaciones sin tregua. Él tenía que mirar que todo estuviera en orden para que el régimen de ascenso fuera correcto, no podía mirar nada de lo que había más allá o más abajo. Había muchas cosas a las que prestar atención cada vez. El altímetro, el velocímetro. Y los peligros que atender: qué hacer si el avión entraba en pérdida, cómo lograr un aterrizaje inmediato, cómo reaccionar frente a una emergencia del motor. Datos, reflejos rápidos, capacidad de reacción: todo eso había que tener, había que almacenar. Una tarde, sentado en esa cabina estrecha, esperando que el piloto apareciera, se llegó a preguntar si en realidad no se había equivocado: si no era mirar los aviones lo que realmente le gustaba.

Todo eso cambió a partir del año siguiente, el 72, cuando llegó el otro instructor. Con él supo hasta dónde se puede llegar con el vuelo. Con él empezó a usar lo que sabía de técnica para lanzarse a hacer destrezas: un viraje cerrado, otro de 360 grados en línea de vuelo, un aterrizaje súbito. Con él supo cómo convertir todo eso en un juego, porque finalmente de qué otra cosa se trata. Puede ser peligroso, lo reconoce, pero no por eso deja de ser un juego. Eso era lo que él sentía cuando iba volando serenamente y de pronto probaba una caída súbita que lo hacía descender quinientos pies en un minuto: sentía que jugaba a las escondidas, como allá en Córdoba. Este instructor, que se llamaba Pablo, apenas le hablaba de consideraciones técnicas. Y eso que él le aclaró desde un principio que se fijara bien, que el hecho de que Francisco fuera el que más sabía por la zona no significaba nada, que pronto se daría cuenta de que se trataba de un típico caso de tuerto en país de ciegos. Pablo le dijo que tenía una hermana que era ciega, que no hablara así. Y no mucho más. Después, por lo general, se negaba a hablar del tema del vuelo. Francisco no podría decir cómo es que entonces aprendió tanto con él. Será quizá que no es cuestión de hablar. Será eso. Le decía cosas, sí, pero cosas sueltas, nada muy explicado, nada parecido a la catarata de instrucciones a la que venía acostumbrado. La brújula, decía, por ejemplo. Y entonces él se daba cuenta de que se habían perdido. Que habían salido con la intención de ir hacia el norte, hacia la meseta chubutense, y que sin embargo ahí abajo estaba el mar. El océano, el Atlántico mejor dicho. Francisco, las primeras veces, comentaba el estado de las cosas, anunciaba lo que estaba por hacer, incluso lo que iba haciendo: decía que abajo estaba el océano, que entonces debía virar en dirección noroeste, que ahora notaba que el viento no se les resistía, pero el otro nada. Silencio. Un silencio que lo hacía sentir desubicado, infantil, redundante. Y que lo dejaba absolutamente solo. ¿Cómo se suponía que viraba hacia el noroeste? ¿Un viraje rápido, cerrado, o una gran vuelta abierta? ¿Y era, en efecto, hacia el noroeste que debían ir? No puedo leer los instrumentos, decía otras veces, como para generar alarma, algún tipo de respuesta, pero Pablo no le solucionaba nada. Hubo veces, ahí arriba, que hubiera largado los comandos para agarrarlo del cuello y hacerlo reaccionar. Pero siempre tenía que sacarse la furia de encima lo antes posible y reaccionar él mismo, actuar antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, con el tiempo se dio cuenta de que esas palabras sueltas eran todo lo que él necesitaba, que en el fondo él sabía que Pablo estaba ahí y que, si por su culpa, la de Francisco, llegaban a estar a metros del suelo, Pablo sabría hacerse cargo de la máquina. Él sabía medir exactamente cuál era el último minuto para reaccionar, justo el último, el que marca la diferencia entre la continuidad y la catástrofe.

En los momentos en que sí hablaba era a la mañana, cuando pasaba a buscarlo por su casa. Temprano, al alba. Él, Francisco, acababa de poner el agua al fuego y entonces escuchaba el saludo de Pablo, que era siempre el mismo: unos golpecitos sobre la celosía de madera que para Francisco sonaban como el rasguño de un gato que se había quedado afuera, distraído, en una noche con helada. Siempre le parecía lo mismo, aunque fuera verano y no helara. Lo hacía pasar y se sentaban a tomar mate en la mesa de la cocina. Todos los demás dormían en la casa —en aquella época "todos" quería decir su mujer y su hijo—. El otro hijo, no estos dos que viven con él ahora. Pablo y él, entonces, hablaban en voz baja, en un murmullo. Cualquier cosa, así, tomaba la forma de una confidencia. Ahí Pablo le contaba de sus primeros vuelos, de la mujer que quería y que le escribía cartas desde allá, desde El Palomar. Francisco nunca la conoció, pero se la imaginaba cariñosa y severa, linda, buena madre. Aunque no era madre porque no habían tenido hijos, él le imaginaba la cualidad. Imaginaba que era una de esas mujeres con las que se puede vivir en paz. La mujer que todo piloto necesita, en definitiva. Para nervios ya tiene con lo que le pasa ahí arriba, solo, enfrentado a las fuerzas naturales. Todo eso se imaginaba y solamente por lo que Pablo le contaba, aunque él no dijera mucho sobre cómo era ella. Más bien hablaba de las cosas que ella hacía. De volar, sin embargo, ahí no hablaban. Alguna vez Francisco había intentado pedirle alguna explicación, algún consejo. Cómo reaccionar ante una pérdida de sustentación, por ejemplo. Ya lo veremos en la máquina, le decía Pablo, y seguía con algún cuento, algún comentario. Francisco dejaba las hornallas prendidas a esa hora de la mañana, siempre, en invierno y en verano, para calentar bien la cocina, y todavía hoy, cuando se acuerda de esas conversaciones, las escucha con el ruido de las hornallas de fondo: ese zumbido sordo que parecía la respiración de una garganta agitada.

Lo de la capacidad de Pablo para discernir el minuto justo antes de la catástrofe no es una manera de decir; es algo comprobado por él mismo, con sus propios ojos. Todavía se acuerda del día. Era el mes de mayo, ya hacía más de seis meses que volaban juntos, que Pablo lo preparaba. No ocurrió, hasta el minuto ese, o mejor dicho hasta unos minutos antes que ese, nada distinto a lo cotidiano. El rasguño, la charla al alba, el mate, las confidencias en la mesa y las frases sueltas en el Piper. Francisco no sabe qué pasó, ni siquiera al día de hoy tiene una explicación para eso. Pero algo, una especie de rayo misterioso interceptó su pericia y le impidió aterrizar. Así de simple. Estaba ahí arriba, al frente de los comandos —cosa que no ocurría por primera ni por segunda ni por décima vez, era algo que ya creía tener controlado— cuando de pronto algo lo frenó, lo cegó. Algo que le impedía aterrizar, bajar, tocar suelo. Una especie de velo negro que le borraba toda reacción en las manos, toda resolución en el cerebro. Una especie de arrullo maligno, que lo sedaba, lo hipnotizaba y lo dejaba inerte. Como un gas paralizante que se emitía no desde el campo enemigo sino desde su propia persona. El altímetro señalaba que estaban a dos mil metros, ya habían dado la señal por radio, pero todo el resto se resistía. No podía pensar en bajar. Muchas otras veces le pasó, después, con los años, algo que muy tenuemente podría relacionarse con eso, piensa, tratando de buscar una explicación. Algo que no llega a paralizarlo pero que lo vuelve resistente al descenso, como si en el fondo sintiera que el momento en que el avión vuelve a posar las ruedas sobre el asfalto de la pista marca el reencuentro con una serie de compromisos, pactos y relaciones que no entiende bien cuándo ni cómo estableció. Por qué los estableció. Ahí, en esos minutos finales antes del aterrizaje, le parece que todos —los actos, los pactos, las señales y las relaciones— no tienen nada que ver con él, nada. Como si estuviera en una de esas películas que pasan los domingos a la tarde, en las que alguien se despierta teniendo que asumir el pasado de otro porque le hicieron una transfusión de sangre deficiente o una operación de cerebro equivocada. Descender es, en esas ocasiones, como hacer cola en la ventanilla de la cotidianidad. Intolerable, hasta injusto diría.

La cuestión es que ese día del que me hablaba antes, todo ese rechazo llegó a un extremo, un grado de tensión que, en vez de estallar, lo paralizó. Estalló pero para adentro, fue una suerte de estampida interna que le corrió por las venas hasta detenerle la circulación de la sangre, hasta secarle el cerebro. Un tiro por la culata, diría. Cuando reaccionó, Pablo estaba al comando del Piper, listo para aterrizar. Francisco cree haber dicho algo, algún balbuceo, alguna frase suelta que seguramente se dijo a sí mismo o al misterio que puede anidar en lo más inesperado. No se acuerda bien de esa parte: solamente de la sensación física con la que volvió a su casa. Una sensación de cansancio, diría, si por cansancio se entiende sentirse una masa amorfa a la que alguna fuerza imponente arrastra por un empedrado. La derrota en cada célula, pero no como contrapartida de algún éxito: una derrota existencial, una maldición por haber nacido. Esa tarde no fue a trabajar a los talleres; directamente se tiró en la cama y se quedó ahí, como un cuerpo muerto. Cada vez que, en el techo blanco, se le aparecía la cara de Pablo, le corría por el cuerpo una oleada que se parecía a la vergüenza, mejor dicho a la humillación. Trataba de repasar en la mente dónde había estado la falla, pero la cadena se le quebraba: funcionamiento del motor-presión de aceite-temperatura. No podía seguir más allá porque venía la oleada y ya no podía pensar más. ¿Por qué justo ahora, cuando ya había superado tantos miedos, tantas pruebas, cuando el avión ya casi no se le resistía, cuando habían llegado a una comunión en la que ninguno comandaba a ninguno sino que se deslizaban, unidos, por el cielo, juntos? Nunca antes, ni en las primeras veces, cuando hasta el tablero le parecía un jeroglífico, Pablo había tenido que tomar el control. Él siempre había logrado, aun en su precariedad, manejar las cosas. ¿Cómo podía haberle pasado eso ahora? Toda su vida él había ido siempre para adelante: no había terminado de encontrarles la vuelta a los motores con válvulas laterales que ya estaba enfrentándose con los motores de inyección. Todo iba sumando, aprendía una cosa y eso lo llevaba a poder manejar otra. ¿Por qué no podía ser así también con el avión, con el vuelo?

Fue, cree, ya entrada la noche, cuando su mujer apoyó el peso del cuerpo cansado sobre el colchón, que por primera vez en la vida se le ocurrió adscribirlo a un castigo divino. La avidez lo había cegado y la parálisis había sido la forma en que ahora la vida le recordaba que había quebrado su Gran Sacrificio, que había olvidado aquella sabia renuncia. Admirable cómo hay algo en uno que lo ayuda a ser coherente, aun en los momentos de más dispersión. Lo que esto venía a confirmarle era que él estaba hecho para mirar los aviones, no para comandarlos. Supuso que era la presencia de su mujer, que es tan creyente, lo que le hizo ver esa verdad, y por primera vez en muchos años sintió hacia ella una oleada de cariño, de agradecimiento. Desde la muerte del hijo, el único hijo que habían tenido, era mayormente rencor y desagrado lo que circulaba entre ellos. No es que la muerte de Gustavo los hubiese creado, al rencor y al desagrado, sino que los había hecho estallar. Antes eran como células latentes y esa muerte las había puesto en ebullición. Ella, su mujer, hacía rato que le recriminaba todo: que se pasaba el día entero en ese tallercito que se había hecho en la parte de atrás de la casa, que no la dejaba manejar el auto, que no la dejaba irse a Caleta Olivia en colectivo y volver tarde, que la alejaba de sus hermanos, de su verdadera familia. Él no le contestaba ni le recriminaba nada simplemente porque prefería ignorarla. La pesadez y el fervor religioso que su mujer había recolectado con el paso de los años le parecían un trasto al que mejor dejar al costado del camino. Pero esa noche, sin saberlo, ella le había proporcionado alguna calma, algún consuelo. Hasta se le ocurrió hablarle, en un momento. Tratar de explicarle esta parálisis, este castigo. Preguntarle si a ella alguna vez le había pasado. Su mujer roncaba ahí, al lado de su oreja, como todas las noches, y pensó que mejor no despertarla. La verdad es que hay cosas que los matrimonios no deben hablar. Como lo de Gustavito, por ejemplo. Si lo que él siempre quiso fue que su hijo no tuviera los dilemas que él había tenido: él quiso que si le gustaban los aviones no se resistiera a ellos, que los conociera, que los anduviera desde chico. Por eso ni bien aprendió a caminar, Gustavito andaba siempre con él en los hangares del club, metido entre los motores. Se diría que se crio ahí. Al chico le gustaron los aviones ni bien los vio, le gustaron a él solito, no es que el padre se los inculcó ni nada. Cómo iba a adivinar que después, a los veintitrés años, se iba a estrellar en uno. En el mismo Piper que Francisco había rescatado aquella tarde del galpón de chapa donde se reflejaba el sol. Eso es lo que su mujer no entendió ni entenderá nunca: que él no pudo adivinarlo esa tarde.

*

Antes de que se cumpliera el primer mes de los quince que vivió en la Argentina, Antoine de Saint-Exupéry inauguró, en noviembre de 1929, los vuelos de la Compañía General Aeropostal hacia el Sur. Él, como

Francisco, conocía los aviones tan bien como los motores: a finales de la Primera Guerra lo habían reclutado para la aviación, pero como todavía le faltaba aprender mucho lo destinaron a la SOA, la Sección de Obreros de la Aviación, lo que quería decir a la de mecánicos. Él también empezó por ahí. Cuando llegó a la Argentina, ya había estado antes sometido a una vida cuasilegionaria en un puesto del Sahara al que la misma compañía lo había destinado. De sus vuelos a la Patagonia lo marcaron fundamentalmente dos cosas: el anhelo con el que la gente esperaba la llegada del correo aéreo, y la noche. De esto último habla en *Vuelo nocturno*, que aparenta ser una novela-testimonio sobre esa modalidad de vuelos que Jean Mermoz había ideado para salvar a la compañía de la quiebra, aunque en realidad es un libro sobre la noche. De los peligros de andar volando por ahí, y sobre todo de la impotencia para contarlo, de la dificultad para hacer de la experiencia un relato.

> El cielo estaba azul. De un azul puro. Demasiado puro. Un sol duro brillaba sobre la tierra raída y hacía resplandecer, cada tanto, esos espinazos blanquecinos hasta el hueso. Ninguna nube. Pero a ese azul, más que nunca, se le agregaba un resplandor de cuchillo afilado. Sentí por anticipado el vago malestar que precede a los grandes esfuerzos físicos. Esa misma pureza del cielo me molestaba. En las tormentas negras, el enemigo se muestra. Uno lo mide, se puede preparar a recibir su embate. En las tormentas negras, se sujeta al adversario. Pero cuando se está a gran altura, el tiempo claro y esos remolinos de tempestad azul sorprenden al piloto como aludes, y se siente el vacío que está abajo.
>
> También noté algo más. A nivel de las montañas había no una bruma de vapores, no una neblina de arena, sino algo así como un reguero de ceniza… Tendí a fondo mis correas de cuero y, manejando con una mano, me aferré con la otra a un travesaño del avión. Y sin embargo todavía navegaba en un cielo notablemente claro. Al fin se estremeció. Todos nosotros conocíamos esos choques secretos que anuncian tempestades verdaderas. Ni balanceo ni vaivén. Ningún movimiento de gran

> amplitud. El vuelo sigue siendo rectilíneo y horizontal. Pero se han recibido en las alas esos golpes anunciadores: choques espaciados, apenas perceptibles, infinitamente secos que estallan cada tanto, como si el aire tuviese rastros de pólvora.
>
> Luego a mi alrededor todo estalló. No tengo nada que decir sobre los dos minutos que siguieron. No afloran a mi mente más que algunos pensamientos rudimentarios, esbozos de razonamiento, observaciones simples. No puedo hacer un drama con eso, porque no hubo drama… Después de una hora de maniobras, entra el avión en el hangar. Desciendo. No cuento nada. Tengo sueño. Muevo lentamente los dedos que no logro desentumecer. Me parece que recién he tenido miedo. ¿Tuve miedo? Más bien diría que asistí a un extraño espectáculo. ¿Qué extraño espectáculo? No sé. El cielo estaba azul y el mar muy blanco.
>
> (*Un sentido a la vida*, Antoine de Saint-Exupéry).

Aquella mañana Francisco se levantó como un autómata, su mujer seguía roncando. Se levantó al alba, de pura inercia, como hacía cuando primero iba a volar y después al trabajo en el taller. Se podría haber quedado en la cama un rato más, aprovechar la vida que ahora, sin las horas de vuelo, se le venía encima, vacía, sin dirección. Se cebó un mate pero esta vez no dejó las hornallas prendidas. Tenía el cuerpo tan entumecido que no había calor que pudiera remediarlo. La casa se escuchaba como un gran vacío más allá de la cocina, como la boca hambrienta de un gigante que esperaba que fuera su momento de caer cerca del abismo. Qué difícil le resultaba volver a hacer solo lo que siempre había hecho con alguien. Ahora qué haría, por ejemplo, cuando se encontrara con Pablo en la calle, o en la gamella, o cuando Pablo les llevara algún repuesto del avión para que lo arreglaran en el taller de la empresa. Todo eso conjeturaba sentado ahí, al lado de la mesada helada. En un momento le pareció escuchar el rasguño en la celosía, pero lo descartó rápidamente. La mente puede ser traicionera, él lo sabía muy bien. Después fueron unos golpes: abrió las celosías y se encontró con Pablo, la misma cara de todas las mañanas, que le decía que se le había hecho un poco tarde pero que salieran ya. Que hoy le parecía el día ideal para que Francisco volara directamente solo.

En *Despegando la sombra del suelo*, Daniele Del Giudice cuenta algo parecido. Dice que el día después de haber hecho su peor performance en el vuelo, cuando estuvo a punto de estrellarse en medio del océano porque se había olvidado de algo como bajar la palanca de los flaps para el despegue o de algún otro error que para los pilotos es irrisorio, inconcebible, justo ese día su instructor le dijo que ya era hora de hacer su primer vuelo en solitario. Cuando él, atónito, le preguntó por qué justo hoy, su instructor simplemente le dijo, en un tono expeditivo: “Por el error. Gracias al error, fuiste capaz de ver el error”.

Ese día, como tocado por la magia, Francisco despegó solo y aterrizó perfecto. Ni un titubeo, ni una señal de inestabilidad, de duda. No sintió el miedo ni el triunfalismo, solo la impresión de que había dado con el punto justo. Ahí, arriba, solo, sintió por primera vez que algo dejaba de fragmentarse, que estaba donde tenía que estar. Que había sido muy emocionante mirar los aviones por la ventana pero que esto no se le comparaba, era algo en otra escala. Su antigua admiración por los aviones le pareció irrisoria. Un mero campeonato deportivo, por más contacto divino que alguna vez le haya parecido. Pensar, no pensó en nada ni en nadie. Ni siquiera en Pablo, que seguía todo, atento, desde el aeroclub. Los controles lo subyugaban como micromundos en sí mismos: la brújula, el altímetro, le parecían representaciones parciales de un sistema infinito que por primera vez le revelaba su secreto. Esos números y esas direcciones dejaban de ser meros datos: eran parte de una clave que le permitía, por primera vez, estar inmerso en una situación en la que no esperaba ni necesitaba nada más. Ahí arriba, cuando se está en control, nada está determinado en relación con una tercera cosa: ni siquiera en relación con el paisaje que espera ahí abajo, entregado. Ese blanco furioso de la meseta, que ha sabido hipnotizar a tantos. Es un estado de suspensión absoluto, literal. Y el aterrizaje, después, perfecto. Un poema. Casi no le daba tiempo para pensar en lo que lo esperaba abajo. La carga del contacto con tierra se alivianaba, se postergaba, no pasaba a formar parte del vuelo.

Francisco me cuenta lo que fue su primer vuelo en solitario mientras lija la hélice de un aeromodelo. La luz entra por el este al taller que se armó en el patio de su casa hace unos años, cuando se jubiló de YPF. De un taller pasó a otro.

¿Adónde volver, si no? Porque de los aviones siempre hay que bajar en algún momento. ¿A su casa, con la televisión prendida en las novelas latinoamericanas? ¿A su casa, entre mantelitos al crochet que su mujer no para de tejer, como una araña? ¿A su casa, con esos dos energúmenos que no hacen nada, que tienen como veinte años y todavía no terminaron ni el colegio? Son buenos chicos, pero no se puede esperar mucho de ellos. No es como con Gustavo, que bastaba verle los ojos cuando entraba en los galpones: una persona con un interés en algo, con entusiasmo. Con estos no hay caso. Él y su mujer han hecho todo lo posible, pero también hay que ver cómo son las cosas desde un principio para entender hasta dónde se puede llegar. Los dos chicos —debería decir sus hijos, le remarca siempre su mujer, pero ya le va a salir— son hijos de una prostituta que trabajaba en Caleta. Vaya a saber las cosas por las que los pobres pasaron antes de que ellos los adoptaran. Las cosas que han visto, los sufrimientos. Porque la infancia es muy importante, no es que ahí uno es chiquito y total no entiende nada, después no se acuerda de nada. Su caso con los aviones, por ejemplo. Cuando los miraba por la ventana de su pieza de Córdoba. Todo eso que todavía, basta cerrar los ojos, para que le vuelva a la cabeza clarito. Ellos los adoptaron cuando el mayor tenía cinco y el menor tres. Son dos hermanos. Hijos de la misma madre mejor dicho, porque de los padres nunca nadie supo nada. La madre, después, murió. La asesinaron, mejor dicho. No se sabe cómo ni quién. A él y a su mujer todo eso les costó mucho en los primeros tiempos. Fundamentalmente por los vecinos, que no siempre reaccionaron como ellos hubieran esperado. Raro, la verdad. Gente de la que durante años habían creído ser amigos y que de pronto no los saludaba porque habían adoptado los hijos de una mujer de mala vida. Eso pasa porque este pueblo empezó a pudrirse de unos veinte años para acá. Antes, cuando eran todos una gran familia, no hubiera pasado.

Por estas cuestiones debe ser que su mujer se refugió tanto en la iglesia. Él no, para eso tiene su taller. Con los años se dio cuenta de que cuando alguien no entiende, no comparte lo de uno, mejor ni insistir, mejor que cada uno siga en lo suyo. Como por ejemplo pasó con los aviones allá, en los setenta, cuando todavía YPF era YPF, y él logró que la compañía invirtiera, que lo apoyara, que se armara un aeroclub que finalmente les servía a todos. Incluso a la empresa, porque con el tiempo, cuando le agarró la mano, empezó a hacer vuelos que YPF le pagaba aparte porque le eran útiles. Iba a Catriel a llevar herramientas, a Río Gallegos a llevar un poco de comida cuando alguna tropilla se había quedado varada por la nieve. Después, cuando cayó este desbarajuste, chau. No hubo forma. Todo el mundo agarrando lo que podía, un sálvese quien pueda que quién hubiera previsto en aquellos años en los que todos tiraban para el mismo lado. Ahora no queda nada: ni del aeroclub ni de nada. Nada que se pueda hacer en conjunto. Salvo ir a misa. Él se las ve mejor acá, entre las máquinas. Este taller es su escape cotidiano, su último vuelo.

Hay una gran mesa de madera llena de cajas de clavos, bulones, tuercas. Después, sueltos, hay motores, bujías, pinzas. Y en el aire ese olor rancio que despiden las herramientas engrasadas, en uso. Muchas de esas herramientas están colgadas sobre un panel de madera, y por todos lados hay carteles con aforismos: “Las almas fuertes rechazan la voluptuosidad, del mismo modo que los navegantes evitan los escollos”, dice uno. No hay sillas, solamente unos banquitos de madera de patas muy altas y asiento muy estrecho, como para que nadie piense en recostarse o en quedarse más de la cuenta. “El fracaso empieza cuando cesa el esfuerzo”, dice otro. Del techo cuelgan al menos diez maquetas de aviones de modelos distintos: hay un SuperStar 40, un Picurú, un Piper Cherokee, un Piper PA 11. Todas armadas por Francisco. Hace años. Le lleva un buen tiempo tenerlas listas, y es algo que hace en momentos muy especiales. Finalmente, no es nada que le sirva a nadie. Son maquetas que él se arma para colgar ahí, para que lo acompañen. Alguna vez le regaló una a un amigo, pero un día fue a visitarlo y vio que el hijo la tenía herrumbada entre los juguetes del patio. Ahí, entre los juguetes, como si tuviera algo que ver. Francisco habla menos preocupado por mirarme que por encastrar un par de piezas que se resisten a entrar en el motor que está armando. Cualquiera, en una mirada superficial, diría que habla solo. Por la ventana abierta entra un viento leve y una luz que se va apagando. A esta hora, desde mi banqueta, ya no le distingo los rasgos. Lo veo más bien como una silueta negra en su lucha mecánica, rodeado por aviones que revolotean alrededor de su cabeza como si fueran pájaros rapaces.

Tres

Ramiro extiende el paquete de galletitas surtidas que come sin parar en señal de que me sirva una si quiero y cuando acepto compruebo lo que me temía: no queda ninguna de chocolate y la que elijo tiene gusto húmedo. Estamos sentados en los escalones de lo que fue el teatro del pueblo, en diagonal a la iglesia. El clero diocesano tiene acá, en Cañadón Seco, una sede en la que los aspirantes a cura pasan su primer año de formación. Reciben clases de latín y de introducción a la liturgia, aprenden a cocinar, rezan, empiezan a foguearse en lo que significa vivir en una comunidad cerrada. Un año bisagra: los que lo resisten siguen los estudios sistemáticos en Buenos Aires, en la sede de Devoto. No, a Buenos Aires Ramiro no fue nunca. Ni siquiera Bahía Blanca conoce. Pero en realidad le da igual. No tiene ningún interés en conocer ninguna ciudad, y ya tiene pensado que cuando logre ordenarse va a pedir que lo manden a un pueblito perdido como este. Él no quiere ser cura para ir a meterle la hostia en la boca pintada a señoras con perfume y tapados de piel. Podrá tener muchas dudas pero si hay algo que él sabe es eso. Y cómo se puso su madre cuando se lo dijo, justo ella que hasta entonces era la única que lo apoyaba en esto de hacerse cura. Porque sus dos hermanas no le hablaron más desde que lo anunció en su casa, más o menos dos meses antes de venirse para acá. Y su novia, bueno, su novia le dijo que ella este año lo iba a esperar, a ver qué amor era más fuerte para él. Todo muy romántico, pero seguro que en estos meses anduvo de fiesta en fiesta. Ya se va a enterar, ahora que vuelve a su casa. Estamos en julio, justo una semana antes de que los chicos se tomen el mes de vacaciones. Los que abandonan en este primer año no esperan a diciembre: directamente no vuelven de estas vacaciones, me dijo esta mañana el cura que está a cargo del seminario.

Hasta acá la venía llevando bien, sigue Ramiro; debe hacer tres días, no más, que empezó a sentir esta náusea, una especie de fuego en la boca del estómago que sube y le oprime el pecho. Sobre todo ni bien se despierta: ahí es cuando más lo siente. Y no hay pensamiento ni oración que se lo saque. Ya se le pasará, supone. No lo habló con nadie acá, en el seminario, porque ya tienen bastante con lo suyo y además porque es cosa de hace unos días, algo seguramente pasajero. Y obvio que su novia lo va a tener que escuchar si se entera de que ella anduvo de fiesta: el año termina en diciembre y los pactos son los pactos. Él, igual, ya está preparado para todo, sabiendo lo que son las mujeres. Y tal vez hasta sea bueno enterarse de lo peor: no de que ella anduvo con varios mientras él está ahí, pasando las noches solo en su cama angosta. Mejor enterarse de que ella anduvo con uno solo y que ese solo es su mejor amigo. O algo por el estilo. Algo que le haga a él más fácil volverse para acá ya definitivamente. Entregarse entero a Dios, sin lamentos ni dudas. Darle un portazo a todo lo anterior y dejar de sentirse tironeado entre una cosa y otra.

En el seminario hay una sala que cumple las funciones de, digamos, biblioteca: hay dos computadoras y unos estantes de madera arqueados por unas filas de libros eclécticos que parecen más el resultado de donaciones ralas y azarosas que de algún diseño de lecturas programáticas. En uno de esos estantes Ramiro encontró el libro que más lo ayudó en estos seis primeros meses. Más que los consejos del padre o que las lecturas de la Biblia o que los rezos grupales que hacen varias veces al día. Deja el paquete de galletitas en los escalones, abre la mochila y me muestra una biografía de Charles de Foucauld en edición deslomada. A esta misma edad que tiene Ramiro, veinte, De Foucauld vivía como el hijo díscolo de una familia de nobles franceses que ya no sabían qué hacer para que dejara de dilapidar la fortuna familiar y se alejara de una novia inconveniente. Después —aunque no tanto después — ingresó al Ejército y quedó subyugado por el mundo árabe. Un sentimiento que en realidad no era nada original entre los militares europeos que llegaban como colonizadores a África o a Asia, solo que De Foucauld, con su pasión por los extremos, lo condujo hasta varios de ellos. Antes de cumplir los treinta, cuando en el Ejército ya lo habían dejado inactivo por conducta inmoral, se disfrazó de rabino e hizo una exploración de un año por Marruecos, de la que volvió con material geográfico para los estrategas franceses. Ese viaje fue crucial. El pánico que tuvo durante el día y medio que pasó como rehén en el valle del río Muluya y la amenaza constante a la que su buen disfraz de judío lo sometió en un universo árabe le marcaron el rumbo que hace tanto buscaba. En ese límite, en ese riesgo permanente, se sintió próximo, incluso parecido a Jesús. "Hasta su muerte conservará el recuerdo, la obsesión, el deseo mismo de saber su vida amenazada", dice un biógrafo que no es el que está leyendo Ramiro. Ahí decidió que se terminaría de alejar de los privilegios que su condición social le había hecho dar por sentado y se adentraría allá abajo, entre las tribus del desierto. Propagaría en terra incógnita el mensaje que tanto le había costado urdir. Andaría por ahí, llevándolo como una presa invalorable, como si fuera un recado clave que debe entregarse al otro lado de un campo minado. Leo las primeras páginas del libro que también, como el paquete de galletitas, Ramiro me impone, y me encuentro con una de esas prosas aduladoras y sobrecargadas de adjetivos. De ahí, me dice Ramiro, de él saca las fuerzas. Sobre todo en eso de predicar en el desierto. Pero esta última semana ni De Foucauld le saca esa náusea que es como un fuego que le nace en el estómago, le sube por la tráquea pero se apaga cuando le llega a la garganta: justo ahí, cuando llega al umbral en el que podría sacárselo de encima, no llega a ser ni un vómito ni una frase. Es nada. Supongo que Ramiro se las arreglará para camuflar el libro entre sus cosas y llevárselo a su casa.

En la mesa del altar, se reproduce el encuentro con Dios, y en la mesa del seminario, la vida comunitaria, me dijo el seminarista que me invitó a almorzar con todo el grupo. Me pregunté si no sería mucho para mí, pero su actitud fue más convincente. Está en Cañadón dictando unos cursos y ayudando al director; son sus últimas tareas antes de ordenarse. Este lugar, lo han pensado bien, tiene todo para funcionar como prueba de fuego en las etapas de más riesgo. Entre los aspirantes a seminaristas que están alrededor de la mesa, contrariando lo que yo había previsto, hay una alta proporción que ronda los treinta. Ellos son los que más me esquivan. Hay uno que parece sacado de *La celebración* o de alguna otra película del Dogma: rubio, alto y con el rastro de alguna pena subterránea en las facciones. Ni siquiera me dirige las frases de rigor, algo bastante difícil de lograr en una mesa que no supera los veinte comensales y en la que impera la consigna de ser sociable. Tiene coartada para estar en otra cosa porque hoy es el encargado de cocinar y de servir la comida. Los que están sentados más cerca de mí son todos de la edad de Ramiro. Uno, con una camiseta de Boca varios talles más grandes, explica al detalle el problema que lo dejó varado toda la mañana en la computadora, como buscando alguna respuesta, y todos lo miran con el mismo estupor que yo. La carne que comemos la donó alguien que tiene campos por acá y el Tang de naranja tibio que tomamos es, supongo yo, otra de las pruebas de fuego que aguardan a los seminaristas en Cañadón Seco. En un momento en que miro hacia la izquierda me cruzo con la mirada que el actor apócrifo desvía de mí con rapidez y recelo. Supongo que cuando alguien a esa edad decide intentar la carrera eclesiástica, ha pasado antes por más de un trago amargo. Supongo también que él cree que yo soy capaz de intuir esos tragos, lo cual es cierto, aunque no podría nunca diferenciarlos de los de cualquier no aspirante al sacerdocio. La serie de intentos frustrados, la sensación de inadecuación, la necesidad de huir de todo, el agobio, la rabia de estar siempre intentándolo, la humillación, el sinsentido. Temo que, como en *La celebración*, en algún momento este rubio golpee el tenedor contra un vaso, se ponga de pie y empiece a hablar.

Ramiro también come galletitas después del almuerzo. A él le contaron que todavía hay seguidores del padre De Foucauld, pero tiene que averiguar un poco más. Parece que viven semiocultos, que se dedican a difundir la palabra de Dios pero no desde el púlpito ni nada parecido. Que viven en villas miseria, en barcos cargueros, en minas subterráneas, en esos lugares a los que no llega nadie para hablar de Dios ni de nada. Pero que tampoco ellos hablan de Dios: simplemente viven como uno más de los de ahí, como un minero más, como un marinero más. No se trata de propagar con la palabra sino con el ejemplo y con el silencio. Él no sabe, la verdad, no sabe si le daría para tanto, pero a veces, esas veces en que le agarra la duda, esa cosa bien extrema lo atrae, le da fuerzas. No sabe bien por qué. Y no se lo ha dicho a nadie hasta ahora; si se lo llega a decir a su madre, la pobre se muere: ahora al menos se consuela pensando que él va a pasar vestido con la sotana negra por el pueblo como uno de esos actores de las películas que siempre son curas lindos, y que todos la van a mirar con respeto y la van a felicitar por el buen hijo que tuvo. Hasta quizá sus hermanas volverían a hablarle si así fuera. Aunque a las chicas seguro que ya se les pasó, seguro que ahora mismo, la semana que viene, ya están las dos invitándolo de acá para allá a comer a la casa, a hacer algo con los chicos. Tres sobrinos tiene, dos nenas y un varón. Pero no le dicen tío porque los mata: Ra-mi-ro-me-llamo, les dice cada vez que empiezan con esa huevada del tío. ¿A su padre? Al padre le da igual, cree. Mientras no se drogue ni le traiga gastos está todo bien, que haga lo que quiera. Nunca fue muy comunicativo. Cuando era chico, su madre los hacía quedar a todos despiertos, a sus dos hermanas y a él, para esperar que el padre viniera y cenaran juntos. En familia, decía. ¿Y total para qué? Después él llegaba, se sentaba y se pasaba toda la comida mudo. Apenas decía ¿ah, sí? cuando ellos le contaban algo del colegio o del barrio. Ni mu el tipo. Debía ser porque con ese trabajo que tenía, la verdad, mucho no le darían ganas de contar, o quizá pensaba que no era bueno para la educación de sus hijos escuchar cosas de la cárcel y los presos y los jefes. Una noche, se acuerda, su padre volvió del penal todo golpeado. Parece que un preso se había querido escapar justo durante su turno de guardia, pero que cuando lo fue a correr lo agarró un compañero, otro guardiacárceles como él, y le dio una piña de la que hacía un rato nomás se había repuesto. Esa noche la madre suspendió la cena que ella siempre tenía como ceremonia sagrada, les dio algo rapidito y se encerró en el cuarto con su padre. Ellos tres pegaron la oreja a la puerta y alcanzaron a escuchar que más o menos eso es lo que había pasado, pero tampoco están seguros, porque el padre lloraba entre frase y frase. Por primera y única vez en la vida, lloraba como un chico. Por eso ninguno de ellos tres al otro día se animó a preguntar nada.

Cuatro

Los perros vagabundos que pululan por Cañadón Seco están ayudándome a percibir con una claridad rotunda lo que otras veces se me presenta mucho más ambiguo: el momento en el que se quiebra el encanto. O como se llame al momento en el que el lugar siente la necesidad de expulsar al intruso, que en este caso vengo a ser yo. Suele ocurrirle a todo cronista que en principio el lugar —la gente, las instituciones, el paisaje y, según estoy comprobando ahora, también los animales— lo recibe con los brazos abiertos, dispuesto a ver qué investiga, qué necesita, en qué pueden aportar. En esa etapa inicial puede pasar que la más mínima pregunta —la hora, por ejemplo— dé pie a un relato acerca del reloj que había en la plaza principal en la década del veinte y que luego fue destruido por una tormenta que hubo a principios de la década del treinta, a lo que sigue la historia de la pelea interna entre el concejal tal con otro concejal por apropiarse del mérito de haber colocado ese reloj nuevo que está ahora. El menor balbuceo del extranjero genera una verborragia que hay que saber —hay que poder— traducir como lengua hospitalaria. Esa sobrecarga de información va formando en uno un tipo especial de soledad, única, distinta a cualquier otra. Como efecto de esa soledad a mí se me ha ocurrido alguna vez, en una noche cansada, hacer algún comentario personal, contar algo de lo que sé que me perturbará al volver —contar, por ejemplo, que me espera una reunión de consorcio para discutir por tercera vez qué hacer con las palomas que se instalaron en el techo y que no dejan dormir a nadie— y entonces he notado del otro lado un pequeño estupor, un gesto perplejo. Como si hubieran visto, por la hendija de una puerta que no se terminó de cerrar, a un huésped reciente en el momento en que se desviste para meterse en la cama.

Pero siempre llega el momento, decía, en el que se quiebra el encanto, en el que se va apagando ese deseo de contar que los locales demostraron en un principio. Como en el amor, donde el fin viene anunciado por la falta de entusiasmo en los relatos mutuos —y no en el sexo mutuo, como repiten las psicólogas por tevé—. Para el escritor no siempre es fácil determinar exactamente el instante en el que la malla que conforma al lugar empieza a cercarlo —como la piel que genera pus alrededor del elemento extraño— antes de expulsarlo definitivamente. Una serie de señales muchas veces sutiles, contradictorias, hacen que lo más habitual sea reconocer ese momento a destiempo. Confundirse es muy sencillo. Y entonces la trampa está tendida: el cronista pasa de ser observador a observado. El material se da vuelta, como el anorak reversible de la infancia, y lo escrutiña, lo pone a uno en escena. Entonces hay que huir, correr a esconderse como si uno perteneciera a una especie que no puede exponerse a cierta luz.

En Cañadón Seco, los perros me señalaron con exactitud ese momento. Fueron claros, precisos: no me dejaron confundirme. Para entonces yo ya había pasado en el pueblo un buen rato. Lo había recorrido íntegro infinidad de veces, había atravesado de una punta a la otra esas calles perfectamente delineadas, previsibles. Había caminado de noche, de día, e incluso a esa hora en la que hace falta valor para caminar por un pueblo de provincia: las tres de la tarde, el ápice de la siesta, la hora fantasma. Me había tirado al sol en ese antiguo parque de diversiones que hay al lado del edificio donde se alojaban los técnicos de YPF cuando Cañadón era un pueblo próspero. Había pasado horas sentada en lo que puede considerarse la plaza del pueblo —esa especie de rincón escondido en el que algunos fragmentos verdes sobreviven con esfuerzo— leyendo los carteles: Proteja las plantas/Respete las indicaciones del encargado/No dañe la forestación/Arroje la basura en los recipientes. Había salido agotada pero ilesa del exceso de imperativos. Durante esos días había tenido, quiero decir, mucho contacto con la calle, había pasado horas afuera y nada ni nadie me había molestado, incluso creo que casi nadie me había cruzado. Apenas, pero muy de vez en cuando, me había parecido que alguien —una mano, un brazo, el fragmento de una persona— corría la cortina desde adentro de una casa para verme pasar. Los perros, en aquellos días, también me miraban pasar y ni se movían. Estaban ahí, siempre en grupos de diez o más, la mayor parte del tiempo durmiendo acurrucados sobre sí mismos en alguna esquina. Un par de veces, incluso, me había acercado lo suficiente como para sacar fotos del ensueño colectivo de esos desvencijados, un intento inútil de captar el sentido de comunidad que se desprendía de ellos aun cuando cada uno andaba vaya a saber en qué sueño. Alguno llegó a abrir un ojo cuando me paré demasiado cerca, pero nada más; nunca tuvieron hacia mí ninguna otra reacción. Hasta el día de la señal, el día en que tuvieron que transmitirme el mensaje colectivo. Ya basta. Me esperaron en un grupo grande, al final de una esquina. Les vi los ojos fijos, el cambio de actitud. Soy adicta a Animal Planet y estoy muy habituada a descifrar el comportamiento animal. Intenté seguir como si nada ocurriera pero uno, que parecía liderar la banda, tomó impulso y me agarró el tobillo entre las mandíbulas. Me quedé quieta, él todavía no mordía, simplemente amenazaba. Mi desesperación en ese momento no vino tanto de esa mordedura en suspenso sino del hecho de mirar hacia todos lados —hacia la hilera de casas que seguían hacia el sur, hacia la ruta que conecta con Caleta Olivia, hacia el camino que lleva a lo que se supone el centro— y no ver a nadie, absolutamente a nadie.

*

Pedro, alias el Bueno, tiene un Particulares en una mano y una cadena gruesa en la otra, que no suelta. Con ella espanta a los perros. Mucho más efectiva que las ramas que suelen usar algunos vecinos, me recomienda. Las cadenas no rebotan sobre los lomos. Hoy es su día de franco. Aunque, como todo el mundo, termine haciendo en ese día lo mismo que hace todos los otros. Su trabajo consiste fundamentalmente en esperar, y para eso no hay como un buen cigarrillo. Acompaña, no habla, no pregunta. El Bueno trabaja en una de las tantas empresas multinacionales prestadoras de servicios que se asentaron en la zona después de la restructuración de YPF, en una compañía que se encarga de la cementación de pozos. Él y su equipo van después de que otros, antes, hicieron el pozo y lo entubaron. Colocan el cemento entre las paredes del pozo y el tubo, nada más. Así de fragmentado es todo ahora. Entre que se coloca el cemento y se seca pasa mucho tiempo —veinticuatro, a veces cuarenta y ocho horas—. El tiempo de fragüe lo llaman. Cuando no espera fumando, el Bueno espera mirando tele o escuchando música. Sus compañeros también. A veces hablan. Sobre todo cuando les toca trabajar en el sur, por la zona de Río Gallegos, donde muchas veces la nieve corta los caminos y tienen que pasar días sin moverse, en las casillas, aislados. El celular lo interrumpe y Pedro habla sin parar. Desde esta esquina, como de tantas otras, se ven los límites de Cañadón, el punto exacto en el que la última casa se rinde frente al desierto. La meseta circundante parece una lava volcánica gris y espesa que en cualquier momento va a terminar de sepultar al pueblo.

Ese que pasa ahí, corriendo, me señala, es el delegado del Sindicato de Obreros Petroleros Estatales. Lo que antes era el SUPE —el Sindicato Unido Petroleros del Estado— y que, después de las privatizaciones, pasó a ser el SUPeH —el Sindicato Unido del Petróleo e Hidrocarburo—. El delegado corre con anteojos de marco dorado y un perrito blanco atrás. Siempre corre a esta hora, por eso tiene ese cuerpo, opina el Bueno. Flaco pero fibroso. Es la segunda vez que pasa por esta esquina, que evidentemente forma parte de su circuito. El Bueno prende otro cigarrillo; no, él no está muy enganchado en esa cosa del sindicato. Y si lo estuviera, no se afiliaría al SUPeH sino a Petroleros Privados. El SUPeH quedó muerto, una cosa de abuelitos. Se quedó comprando remedios para los jubilados de la empresa. El delegado pasa corriendo por tercera vez, como un hámster.

Moviendo las manos como si fueran las aspas de un molino enloquecido, el presidente de la Sociedad de Fomento de Cañadón me dice, en el mismo estilo hiperbólico con el que describe los planes para sacar el pueblo de la ruina, que se ha visto obligado a redactar una resolución para controlar a los perros del pueblo considerando:

> -QUE: El aumento descontrolado de la población canina ha provocado el incremento de los accidentes por mordeduras de perros, algunos con características graves y traumáticas como así

> también por culpa de los canes sueltos, algunos de carácter muy agresivo, viéndose niños y adultos imposibilitados de transitar libremente, ya sea caminando o usando como medio de transporte la bicicleta.
>
> -QUE: Se ha tenido la oportunidad de recibir verbalmente y por escrito las diversas opiniones de los vecinos, en las cuales se ha planteado la problemática de "los perros sueltos en la vía pública" luego de diversas expresiones, se arriba a la conclusión que en la mayoría de los casos, estos animales pertenecen a propietarios, que por desconocimiento o falta de conciencia de los deberes que les competen, los dejan liberados en la vía pública, generando distintos inconvenientes y riesgos a vecinos, especialmente a quienes transitan por las calles de nuestra localidad.
>
> -QUE: El tema de la salud animal está íntimamente relacionado con la salud humana, que éstos pueden transmitir muchas enfermedades (enfermedades zoonóticas) y constituyen peligros potenciales para la salud de la población. Es fundamental educar a la gente en el respeto por los animales y por sus conciudadanos ya que los animales comparten la localidad con la gente…
>
> (Fragmentos de la Resolución Nº 409, Comisión de Fomento de Cañadón Seco, 1º de noviembre de 2002).

Entiendo que en Cañadón los animales comparten la localidad con la gente y no viceversa, lo que me provoca una inmensa admiración por este lugar y ninguna gana de irme. Decido quedarme un poco más, aunque por eso me toque una mordida o una trampa. El encanto no se rompe instantáneamente de los dos lados, ese es siempre el problema. Los perros me dan su mensaje pero yo no quiero irme. Me quedo entonces en el pueblo como esas astillas que se instalan en la superficie de un dedo y que se resisten a salir, que se sienten pero no se localizan con la nitidez suficiente para extirparlas. Me quedo como una uña encarnada, obstinada en la molestia. Lo que hago en estos días, para que la gente no me mire y los perros no me muerdan, es no salir a la calle, prácticamente no me muevo de acá adentro. En el restaurante del pueblo me dejan usar una mesa como si fuera mi escritorio y ahí paso los días.

A veces, muy pocas, alguien se sienta a mi mesa. Me preguntan qué hago ahí, rodeada de libros y papeles, pero yo tengo siempre en la punta de la lengua algún tema que me salve de contestar. Cómo es esto de los perros, por ejemplo, le pregunto a Domingo, que se arrima con su cerveza en la mano. Imposible, me dice. Se han convertido en una plaga. Ya no se puede caminar tranquilo por el pueblo, ni mandar a los chicos a hacer un mandado. Están muertos de hambre, eso es lo que pasa. Y ya se sabe lo que pasa con el hambre: si es capaz de obnubilar la mente de una persona, qué decir de la de un animal. Una plaga, eso es lo que son. Y se arman reuniones vecinales, se elaboran resoluciones basadas en reglamentos españoles, italianos, todos lugares civilizados, como si este fuera uno de ellos. Pero finalmente el problema está sin resolver. Por algo a Cañadón Seco le dicen puesto de estancia: porque hay más perros que personas. Habría que eliminarlos a todos y basta. De un saque, sin tanto miramiento. Saqué el tema equivocado, me parece. Lucho por pasar a otro. No es fácil. Si un chico no puede andar tranquilo en bicicleta, para qué vive en este pueblo, para qué es un chico. Los cuestionamientos de Domingo me superan. Si la perra tuvo cachorros, por qué no los ahogan ahí nomás, cuando todavía ni abrieron los ojos. Sus propuestas también. Le pregunto por el trabajo: suele funcionar con los hombres. Domingo forma parte del plantel administrativo de una empresa prestadora de servicios eléctricos. Antes trabajaba en el campo, en el tendido de líneas de alta tensión, pero se hernió y ahora está confinado al escritorio. Todo el día entre papeles y compañeros de oficina. ¿Cómo puedo yo estar rodeada de papeles? Para él no hay peor pesadilla. Al menos no tengo compañeros de oficina, digo, pero no le causa gracia. Otra peste, acota. El día entero hablando y quejándose. Las mujeres, principalmente. Comentando intimidades, criticando a Dios y María Santísima. Antes, en el campo, todo el mundo se ponía manos a la obra y punto. Si hablaban era para pasarse alguna especificación técnica. ¿Qué es eso de andar contándose las cosas? Si hasta uno se tiene que enterar de cuándo les vino, de cómo les va a los chicos en el colegio. Habría que bajarles el sueldo por hablar, ahí seguro que se callan porque por dos pesos son capaces de cualquier cosa. Pero él no puede decirles nada porque recién entra y ellas ya son jefas. ¡Jefas! A ver si eran capaces de vérselas con lo que él solía hacer antes de que lo confinaran ahí, entre papeles. Una plaga, eso es lo que son.

*

Después de esa conversación, ya casi ni levanto la mirada. Me enfrasco en lo que tengo en mi escritorio improvisado. Leo más de lo que escribo. Voy ya por el segundo libro de Jean-Paul Kauffmann. En el primero que leí, *The Arch of Kerguelen*, Kauffmann cuenta sus días en las islas Kerguelen, ese lugar solitario e inaccesible también llamado, con toponimia más explícita, islas de la Desolación. Estas islas que ni siquiera entran en la órbita ártica son capaces de espantar, literalmente: se comenta que hasta el explorador que las hizo ingresar en la cartografía del mundo se negó a bajar del barco por la sensación de opresión que le generaban ya mirándolas desde cubierta. En el otro, *La chambre noire de Longwood*, el que leo ahora, cuenta los días que pasó en Santa Helena tratando de percibir, más bien de encarnar, lo que Napoleón vivió como prisionero de los ingleses en esa isla perdida en medio del Atlántico. En Kauffmann, la isla remota y Napoléon son una excusa: sus dos crónicas son en realidad tratados acerca del cautiverio.

Jean-Paul Kauffmann era periodista y trabajaba para la revista *L'Événement Du Jeudi* antes de escribir estos libros. En mayo de 1985 llegó a Beirut para hacer una nota, en compañía de Michel Seurat, y rápidamente ambos pasaron a formar parte del centenar de rehenes occidentales capturados en el Líbano en la década del ochenta. El gobierno de Irán y la Hezbollah —que todavía no había pasado a ser una fuerza con representación parlamentaria— le reclamaban a Francia, a través de estos secuestros, la liberación de quince militantes chiitas y la de Anis Naccache —detenido en Francia por tratar de asesinar al ex primer ministro del sha de Irán— y, fundamentalmente, exigían que Francia cesara de apoyar a Irak, que por entonces estaba en guerra con Irán. Lo que son las cosas, lo que son las relaciones internacionales. Michel Seurat murió en cautiverio y Kauffmann, después de tres años de encierro, volvió a su país el 5 de mayo de 1988. En esos tres años, dicen, pasó la mayor parte del tiempo con los ojos vendados, engrillado, muerto de hambre y padeciendo simulacros de asesinato. Cuando Kauffmann aterrizó en el aeropuerto militar de Villacoublay, dicen también, todo eso se le notaba en la cara, aunque él no hizo nunca ninguna declaración pública al respecto. Al tiempo se dedicó a editar una revista de vinos, después otra de cigarros. ¿El carpe diem del que vio a la muerte muy de cerca? No, creo más bien que se trata de un tributo a los sentidos —el gusto, el olfato— que no lo abandonaron cuando todo lo demás —las facultades intelectuales, la confianza— sí. Un homenaje a su parte animal.

Esos sentidos son también un recurso fundamental en los libros que tangencialmente vuelven sobre aquello que nunca convirtió en declaración pública. “El cautiverio —dice cuando analiza la vida de Napoleón en su prisión insular— es en principio un olor, un aroma a humillación que es imposible de comunicar”. Kauffmann se instala en la isla de Santa Helena y pasa horas en Longwood, la mansión que los ingleses le dieron a Napoleón menos para demostrarle que reconocían su rango que para recordarse a ellos mismos la buena presa que habían conseguido. Kauffmann se queda ahí solo, expectante, preparado para el encuentro con el encierro. Lo espera como si fuera una bestia a la que tiene que atrapar, lo huele. Llega a la conclusión de que todos los tipos de encierro tienen un mismo olor rancio. Su obsesión oficia de médium; se concentra y convoca a los espíritus que conocieron ese estado, el miedo específico que acarrea. El miedo a morir literalmente, pero también a ir desapareciendo de a poco, a desintegrarse, a volverse un fantasma dentro de un cuerpo irreconocible. Para los otros y para uno. Kauffmann recupera las voces de los que acompañaron a Napoléon en ese exilio: el conde que había sido su estrecho colaborador y que ahora quiere convertir el pasado en material literario; un barón que odia a ese conde con el mismo fervor con el que quiere a Napoleón; otro conde reservado y su mujer caprichosa; un diplomático acusado de malversación de fondos y su mujer peligrosa; el primer valet de Napoleón y su ayudante Ali, quien se convirtió en el bibliotecario de Longwood y escribió unas *Memorias* que fueron publicadas en 1926. Kauffmann se detiene a analizar las pequeñas traiciones, las pequeñas grandezas que circularon entre todos ellos durante esa convivencia en Longwood, como si el encierro fuera un lente que permite ver la minucia de los gestos, de las relaciones. En su crónica, cuando alguien habla, el foco de quien cuenta suele estar en el movimiento ascendente y descendente de la vellosidad que rodea esa boca más que en lo que esa persona a la que pertenece la boca dice. La atención fijada en el detalle parece también formar parte de la receta para sobrevivir cuando no hay nada que mirar ni lugar adonde huir ni pensamiento que no derive en tormento. Como si lo que en realidad Kauffmann quisiera subrayar es el desencaje del punto de vista, la distorsión de la mirada que padece el cautivo. Una distorsión que, pareciera, es el precio que se paga en el encierro para no morir.

Cinco

Hace más de diez minutos que Celia y yo luchamos para trozar un pollo a la sal. No encontramos las juntas, el ángulo preciso en el que basta una presión del cuchillo y todo cede. No las encontramos aunque ella sea la enfermera del hospital de este pueblo, de Maquinchao. Siempre pensé que habría, en los cursos de enfermería, algunas nociones básicas para emular a los cirujanos. Unas prácticas inocuas, un saber descartable que se practicaría con cadáveres de pollos, por ejemplo. Por si en algún lugar —uno de esos lugares que abundan por el Sur— faltara el cirujano y hubiera que hacer unos cortecitos de urgencia. Siguiendo una de esas irresistibles deformaciones profesionales, Celia ha elegido un lugar secundario, de acompañamiento, y ha dejado, en esta mesa de operaciones, que la labor la conduzca otro, que en este caso vengo a ser yo. Finalmente he destrozado el pollo; quedaron piezas irreconocibles, carnes adheridas a huesos que no les corresponden, pechugas indeferenciadas de un muslo carnoso. Lo prefiero así: en vez de la malicia premeditada del corte preciso, parece la obra de alguien que no tuvo más remedio que hacerlo por hambre, por desesperación.

En la mesa hay, además del pollo destrozado, una sopa paraguaya y una serie de platos árabes: kebbe, falafel, tabulle, malfuf, babaganush, hummus. Y, alrededor, nosotros: Celia, Carina —la médica del hospital de Maquinchao—, Carmen —la psicóloga del hospital de Maquinchao —, Clara —la dueña de la casa en la que estamos y del almacén de ramos generales—, Saúl —su primo, que vive en el campo pero hoy está de visita— y yo. Esta mañana entré al almacén para preguntar dónde quedaba el boliche de la Vasca, que es el lugar en el que se sacan los tickets para abordar el único colectivo que recorre la línea sur de Río Negro, y ahora son las cuatro de la tarde y todavía acá estoy, sentada alrededor de esta mesa redonda. Solamente salí de la casa un rato con Clara, antes del mediodía, a retirar mis cosas del hotel y a comprar algo en la feria de platos que se hacía en el hospital para recaudar fondos. De allí volvimos con tres invitadas a almorzar —que viven todavía juntas porque hace poco que llegaron desde distintas provincias del norte— y con esta serie de platos árabes. Clara fue al colegio en Buenos Aires y en Punta del Este; después se casó y vino para acá a hacerse cargo de los campos familiares y de este almacén que su abuelo fundó. La hermana, en cambio, no; se quedó en Buenos Aires, investigando la genética de las plantas y viajando regularmente a Alemania para presentar sus papers. Clara es una de esas mujeres que se adueñan de los pueblos, un personaje con ascendencia sobre todo lo que se hace y se dice en el lugar: algo así como la Emily de Faulkner pero sin tragedia. De más está decir que domina esta mesa. La médica, tal vez para establecer un contrapunto, se pone muy meticulosa con el sector epicúreo: cómo se debe beber el vino, cómo se corta tal queso. Hay algo denso en ella, como sin digerir. La psicóloga, que está sentada a mi derecha, me dice que no, que obviamente ella no atiende a neuróticos de clase media que no se deciden por la silla o el diván. Carmen me cuenta que trabaja en el área de salud mental de la provincia de Río Negro, donde se aplica una ley absolutamente revolucionaria en el tratamiento de los padecimientos que se reúnen bajo la idea de "locura". Se trata de la desmanicomialización, un proyecto que apunta a hacer desaparecer los manicomios.

> Para entender la desmanicomialización es necesario entender antes los procesos de manicomialización en el campo de la cultura, más específicamente en el campo de las instituciones. El manicomio es una forma clínica instituida, visible y terminal de una enfermedad en la cultura… la cultura de la mortificación, que es una situación donde el sujeto está coartado, está al borde de la supresión como sujeto pensante. Los indicadores de esta coartación son a) la desaparición de la valentía, b) la desaparición de la inteligencia, la estupidización, la gente que no tiene una

> idea clara acerca de lo que hace… c) la desaparición de la alegría. No hay crítica ni autocrítica. Prevalece entonces la queja que no se recibe de protesta. Los individuos se apoyan más en sus debilidades y en la exhibición de éstas… que en la protesta. No existen las transgresiones, sino las infracciones. La transgresión es en sí misma fundadora: de la toma de conciencia, de la teoría revolucionaria, etc.; en cambio la infracción no funda nada: es el código municipal, la DGI. Estas culturas de mortificación son situaciones premanicomiales.

(“Hacia las jornadas debate sobre
desmanicomialización”, Fernando Ulloa, revista
Zona Erógena, Nº 14).

La idea es que desaparezca el sistema de encierro manicomial, que en realidad no funciona como cura sino como control del padecimiento, y que se ponga en práctica, en cambio, una resocialización de quien padece a través de la inserción laboral, me explica Carmen. Claro que está contemplado que si alguien sufre un brote tenga una contención en el hospital, que es su lugar de trabajo, el de Carmen. Pero se lo atiende allí con la misma cronología que a una apendicitis, digamos: pasada la inflamación, la persona vuelve a su casa. Esas actividades que sirven de contención para los que padecen esos trastornos y que son por ende una vía de curación, sigue, se reúnen bajo lo que acá en Río Negro se llaman empresas sociales. A partir de ese esquema, pacientes con cuadros psicóticos o esquizofrénicos, por ejemplo, pueden trabajar en huertas, invernaderos, centros culturales, hoteles.

—¡¡¿Hoteles?!!

—Sí, hoteles.

Al menos no me fugué con la plata de mi jefe, pienso, mientras confirmo que, evidentemente, el que diseñó las áreas de actividades no era un fanático de Hitchcock. Solamente en Trieste, de todos los lugares del mundo, se aplica esta ley, me dice Carmen, lo que logra todavía ponerme más la piel de gallina. Algo me indica que en Trieste los hospitales, el mercado laboral y las políticas públicas deben hacer las cosas más viables que en Río Negro. Le estoy por preguntar a Carmen si teniendo en cuenta el estado de nuestras políticas públicas, esta ley no será un salto sin red, pero me doy cuenta de que todos en la mesa están en otra cosa. Más de cien turcos desaparecieron en cinco años, está diciendo el primo de Clara.

En esta zona de Río Negro se asentaron, en las primeras décadas del siglo veinte, muchos de los que emigraron desde el Levante, esa área que más o menos comprendía los actuales Líbano y Siria. En Maquinchao, incluso, se logró formar, alrededor de los años cincuenta, una asociación libanesa que todavía funciona y de la cual participó el abuelo de Clara, que era "turco", como se les dice acá en el Sur a los habitantes de regiones que durante cuatro siglos soportaron la dominación turca. El tema es que nadie reaccionó a tiempo —sigue el primo como si en realidad retomara una discusión con algún interlocutor que solamente él recuerda—, si hubieran actuado antes tal vez no se habría llegado a ese número, a esa barbaridad. En esa época venían como podían, se las arreglaban para llegar hasta Neuquén o hasta Roca y allí, donde había algunos compatriotas ya más asentados que tenían sus almacenes de ramos generales, cargaban mercadería en un sulki, en una carreta, en lo que encontraban, y salían a vender o a truequear por la meseta. De a dos solían ir: el turco y un peón. Miro todas las caras de la mesa: nadie se mosquea por el gentilicio al que recurre el primo de abuelos libaneses. Se perdían por ahí, pasaban meses yendo de un lado para el otro. Decían que ese lugar medio desértico les hacía acordar a allá, al lugar de donde venían. Eso los ayudaba, seguramente, porque las cosas no eran fáciles. Había que dormir a cielo abierto y después andar todo el día. Con frío, con calor, con lo que sea. Y vérselas con los indios, que a veces eran fáciles y otras eran más duros que la roca. Y todo sin saber ni palabra de la familia, nada. En el más absoluto incógnito los unos para los otros. Muchas veces el peón era nacido acá y entonces ni hablar podían, aunque con la soledad las señas se entienden más rápido, dicen. Por ahí daban con un grupo que estaba emplazando las vías del tren y al menos, aunque no entendieran demasiado, había buenos clientes, un grupo reunido para comer, ruido a seres humanos. Ellos no estaban acostumbrados a la soledad: en general venían de vivir rodeados de primos, de hermanos, de familia, y era eso lo que querían recuperar cuanto antes. La mesa servida y todos alrededor. Y mucho para comer, para ofrecer. Porque así se habían criado. Ellos no eran como los beduinos, que andan dando vueltas por ahí y así viven; ellos estaban acostumbrados a tener su casa, su lugar, y resulta que se habían cruzado todo el océano para terminar viviendo como beduinos. No, no era fácil. Pero lo hacían con la idea de juntar lo necesario para ponerse su negocio, así como habían hecho los compadres que les daban la mercadería en consignación. Andaban por ahí, por la meseta, pensando en el negocio que los esperaba en el futuro y en la familia que los esperaba atrás. Quizás, alguno, hasta se la pasaba bien. Uno nunca sabe. El tema es que salían y que una vez que salían, chau, pasaban meses antes de que volvieran a Roca o a Neuquén a saldar lo que debían y a volver a cargar los carros. Podía ser un mes, dos, cinco. Dependía de muchas cosas: de la época del año, del humor de los indios, de lo que faltara en los parajes. Por eso ya todos en el pueblo se habían acostumbrado a no esperarlos en ninguna fecha precisa: un día simplemente llegaban. Por eso, recalca el primo, se tardó tanto en descubrir esto de la matanza. Cuando los primeros empezaron a no volver, al principio se pensó que el negocio venía duro, que lo que a veces se vende en un mes otras veces se vende en dos, en tres. Cualquiera que se dedique al comercio lo sabe bien: sea ambulante o no, haya sido en 1910 o ahora. Pensaban, entonces, que estaban tardando pero que ya volverían. Otros pensaron que se habían fugado con todo para Chile y listo, que la consignación a su paisano se la pague Dios. Hasta que hubo uno que no pudo creer ninguna de las dos cosas: ni que a alguien le llevara dos años vender lo que se había cargado en ese carro destartalado, ni que su propio cuñado fuera capaz de haberse fugado para Chile con la mercadería que él le había dado. Se llamaba Salomón Daud: él fue el que por primera vez hizo la denuncia.

> En El Cuy, Departamento 9 de Julio del Territorio Nacional del Río Negro, a quince días del mes de abril del año mil novecientos nueve, a las tres de la tarde, compareció el vecino Don Salomón Daud, de nacionalidad árabe, de veintinueve años de edad, casado, comerciante, con domicilio accidentalmente en este distrito, persona del conocimiento del comisario infrascripto, y expuso:
> -Que habiendo salido en el mes de agosto del año mil novecientos siete de General Roca, su cuñado José Elías acompañado de un peón árabe de apellido Ezen, con mercaderías para negociar por este departamento, llevando para las cargas cuatro animales mulares, cuyas marcas no recuerda y sí que incluso iba una mula rubia marca de Miguel Muñoz; y como sospecha que su cuñado y su peón Ezen han sido asesinados, basándose en el hecho de que no han regresado más y al no obtener noticia alguna de los desaparecidos, pide a la policía tome las medidas que crea oportunas para llegar al conocimiento de la verdadera causa de la desaparición…
> -Que la filiación de José Elías es como sigue: árabe, nació en Siria, hijo de Elías Noti y de María Agustín; es de veintidós años de edad, soltero, sin instrucción, estatura regular, nariz aplastada, pelo castaño oscuro y crespo, barba y bigote naciente, acostumbra hablar fuerte y precipitadamente, acostumbra a vestir medianamente bien y el sombrero echado hacia atrás.
>
> (Testimonio del Expediente Nº 1875, que consta de
> cuatro cuerpos con más de novecientas fojas
> dedicados a los robos y asesinatos llevados a cabo en
> la zona del Paraje Lagunitas entre 1905 y 1910).

Así que después de la denuncia ahí fue el comisario Torino, que entonces estaba a cargo de la comisaría de El Cuy, con órdenes directas del jefe de Policía y del gobernador del Territorio, Carlos Gallardo, a ver cuánto podía haber de cierto en las sospechas de Daud. Al principio, como para no levantar mucho revuelo, mandó a una especie de espía, un civil disfrazado de gaucho abandonado, medio perdido, para que merodeara por los toldos en los que vivían los sospechosos y viera qué podía averiguar al respecto. Y lo que averiguó, llegó a decir con los años el hijo de Daud, la tuvo a su madre el resto de la vida en llanto vivo.

Parece que por ahí, por Lagunitas, se había instalado una banda que vivía de lo que le robaban a los vendedores ambulantes. Para que no quedaran rastros, antes de robarlos los mataban. Todo lo hacían en grupo: se daban cita en el toldo de alguno de los integrantes de la banda y cuando el pobre mercachifle estaba confiado, comiendo y tomando, ahí nomás lo mataban de un tiro o de cuantos hiciera falta, a él y a su ayudante. Después se repartían lo que había en la carreta para usarlo ellos o, según dicen también, para venderlo en los pocos almacenes de por ahí, por la zona de Lagunitas. Otros dicen que en realidad lo contrabandeaban para Chile, porque uno de los cabecillas de la banda, Juan Cuya, vivía con la hermana del que parece que era el jefe de todos, Pablo Brebáñez, que a su vez era el juez de la subdelegación chilena de Toltén, al norte de Valdivia. Así, cuando finalmente Torino les dio alcance, se llegó a descubrir que habían matado como a ciento treinta mercachifles. Torino llegó a capturar hasta ochenta, más o menos; antes de que él llegara ya se habían escapado unos cuantos para Chile. Los jefes, los más importantes, como siempre. El primo de Clara dice que sí, que él también quiere café a la turca. Una vez muertos, entonces, los decapitaban y les abrían el pecho para sacarles el corazón porque según Antonia Gueche —alias Macagua, la mujer que cumplía las funciones de hechicera y curandera del grupo y que, dos décadas atrás, había servido en las filas de Roca, travestida de hombre— era bueno disecar y guardar esos corazones porque daban “coraje para matar a turcos y cristianos”. Otras veces, para lograr el mismo fin, no los guardaban sino que los comían. También, como proveedores de protección y coraje, se guardaban los penes. Después quemaban los restos para no dejar huellas. Algunos de los integrantes de la banda sostenían que los huesos hechos polvo tenían poderes protectores y entonces se apartaban un puñado.

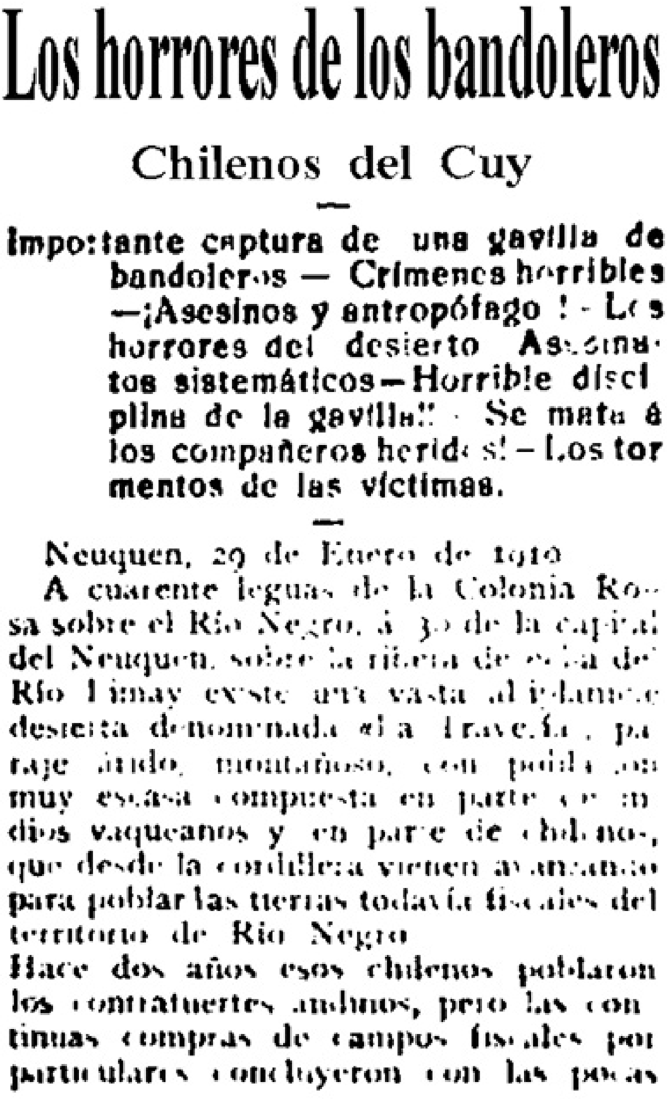
> I will show you fear in a handful of dust.
>
> (*The Waste Land*, T. S. Eliot)

En *Partidas sin regreso de árabes en la Patagonia*, Elías Chucair relata los hechos de Lagunitas recurriendo a los testimonios directos que figuran en el expediente del caso. Ese libro es uno de los tantos que Chucair ha escrito acerca de esta región patagónica y tiene, entre otras, una hipótesis central: los vendedores ambulantes de origen árabe fueron masacrados por una banda de indígenas que en su mayoría eran chilenos y que incluso “constituían algo así como un caso de penetración chilena”. Lo mismo dijeron algunos diarios de la época, pero se me ocurrre que la hipótesis del conflicto entre nacionalidades resulta forzada si se piensa en lo evanescente que podía ser la idea de pertenencia a una nación —la chilena o la argentina— para un grupo que en su mayoría era de ascendencia mapuche y que, después de las campañas militares para anexar esos territorios que Argentina y Chile habían organizado apenas tres décadas atrás, ya ni siquiera se sentían integrantes de aquella comunidad de origen. Eran, más bien, parias de la frontera. Por otra parte, aunque el cerebro, digamos, de la banda fuera chileno y estuviera efectivamente radicado en Chile, todo conduce a pensar que sus planes estaban menos inspirados por las estrategias geopolíticas que por la ambición del enriquecimiento ilícito. Para lo cual estaba perfectamente ubicado: era un funcionario próximo a una zona de frontera en la cual los órganos supuestamente encargados de aplicar procedimientos legales —la aduana y las fuerzas policiales— eran escasos (como en el segundo caso) o estaban definitivamente ausentes (como en el primero, ya que la aduana de la zona empezó a funcionar en Bariloche recién a partir de la década siguiente). ¿Será esta hipótesis de Chucair una de esas reacciones en cadena que se dan permanentemente entre las xenofobias del mundo, por las cuales un grupo discriminado por otro se defiende discriminando a un tercero y así sucesivamente? Aun a riesgo de cometer un exceso psicologista, le pregunto a Chucair si en ese énfasis suyo en el origen chileno de los crímenes no hay una reacción de su parte, en tanto descendiente de árabes, a los rasgos xenófobos que la Patagonia ha demostrado tener hacia los suyos.

—Noooooo, en absoluto.

Me contesta cuando lo entrevisto en su casa de Jacobacci, un pueblo que queda a menos de cien kilómetros de Maquinchao. Que él nunca sintió esa discriminación. Sin embargo en toda la Patagonia, no solo en la andina, es común encontrarse con la sospecha subyacente de que los árabes —"los turcos"— hicieron la plata estafando a los indios, apelando a las más depuradas prácticas de bazar con interlocutores que eran pichones del trueque. "¿Sabés por qué en la provincia de Buenos Aires hay un pueblo que se llama Indio Rico? Porque por ahí nunca pasó un turco" es un chiste que circula entre los bares patagónicos. También hay dichos: "Grande como lienzo de turco" hace referencia a la enorme cantidad de cosas que supuestamente los vendedores ambulantes obtenían de los indios a cambio de un paquete de yerba y una botella de caña, por ejemplo, y que iban guardando en una tela que extendían en el suelo ni bien llegaban a un paraje o un rancho. Esas cosas se dicen en el Sur; yo las escuché durante toda mi infancia. Cuando salí de lo de Chucair, ese día que lo entrevisté en Jacobacci, di unas vueltas por ese pueblo tranquilo que a Theroux le pareció la antesala de la muerte. Entré a un restaurante donde había una mesa de hombres, todas las demás estaban vacías. Les pregunté, al rato, si alguno sabía algo sobre la matanza de los turcos en la zona de Lagunitas. Todos estaban al tanto, a pesar de que casi ya había pasado un siglo. Uno de ellos, que trabajaba en el INTA y que por eso recorre a menudo aquella zona, me contó que por allá, por Lagunitas, dicen que eso fueron todos cuentos, exageraciones, que lo que pasaba es que los mercachifles se escapaban con la mercadería y hacían sus negocios en Chile.

Otra muestra más de la oposición civilización y barbarie, dijeron los diarios de entonces. Esta amenaza sobre una comunidad determinada iba en contra de los planes de fomento a la inmigración que el gobierno argentino impulsaba en aquel momento, y contra la imagen de república receptiva que se intentaba propagar al mundo justo en el año de los festejos por el Centenario. Tal vez por eso, entre otras cosas, era conveniente insistir en la “chileneidad” de los crímenes.



Los horrores de los bandoleros

Chilenos del Cuy

Importante captura de una gavilla de bandoleros — Crímenes horribles —¡Asesinos y antropófagos! — Los horrores del desierto — Asesinatos sistemáticos — Horrible disciplina de la gavilla!! — Se mata á los compañeros heridos! — Los tormentos de las víctimas.

Neuquen, 29 de Enero de 1910

A cuarente leguas de la Colonia Rosa sobre el Río Negro, á 30 de la capital del Neuquen, sobre la ribera derecha del Río Limay existe una vasta altiplanicie desierta denominada «La Travesía», paraje árido, montañoso, con población muy escasa compuesta en parte de indios vaqueanos y en parte de chilenos, que desde la cordillera vienen avanzando para poblar las tierras todavía fiscales del territorio de Río Negro

Hace dos años esos chilenos poblaron los contrafuertes andinos, pero las continuas compras de campos fiscales por particulares concluyeron con las pocas

… La pluma se resiste a describir los actos espantosos cometidos por aquellos bandidos, más salvajes, más feroces que los de los pueblos incivilizados de África. Les cortaban las orejas, la lengua, los dedos, las manos, los quemaban y hasta llegaban a abrirles el pecho para arrancarles el corazón.

No contentos con esto, llegaron hasta a asar los intestinos para conocer la diferencia que hay entre la carne de turco y la de cristiano.

Después de cometer estos espantosos actos de antropofagia que afrentan la civilización del siglo veinte, quemaban los cadáveres y esparcían sus cenizas al viento…

¡Y todo por robar 100 ó 200 pesos ganados con tanto trabajo por esos infelices…!

Lo menos que puede hacer el gobierno nacional por estos apartados territorios es proporcionarles la suficiente Policía para evitar la repetición de estos hechos que afectan nuestro decoro de país civilizado ante propios y extraños.

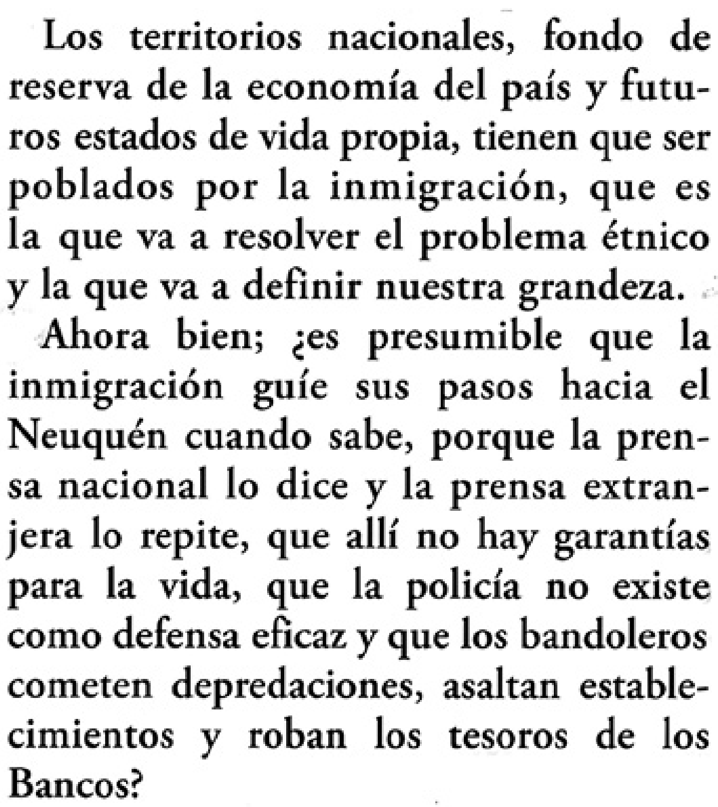
(Diario *Bahía Blanca*, 29 de enero de 1910).

ECOS DEL DIA

LA SEGURIDAD EN LOS TERRITORIOS

País de inmigración y de bandolerismo

La República Argentina es país esencialmente de inmigración, como que el que más trascendental de sus problemas es la población. Este es precepto aceptado desde las primeras horas de la nacionalidad, auspiciado por el gran Alberdi y reconocido por gobernantes y estadistas como la más importante preocupación del presente y del porvenir.



Los territorios nacionales, fondo de reserva de la economía del país y futuros estados de vida propia, tienen que ser poblados por la inmigración, que es la que va a resolver el problema étnico y la que va a definir nuestra grandeza.

Ahora bien; ¿es presumible que la inmigración guíe sus pasos hacia el Neuquén cuando sabe, porque la prensa nacional lo dice y la prensa extranjera lo repite, que allí no hay garantías para la vida, que la policía no existe como defensa eficaz y que los bandoleros cometen depredaciones, asaltan establecimientos y roban los tesoros de los Bancos?

Decía el diario *La Nueva Provincia* en su edición del 6 de febrero de 1910, y seguía:

> … ¿Es aliciente para los inmigrantes la ferocidad de las tierras del Río Negro? ¿Cuando nosotros mismos leemos con el ánimo oprimido las crónicas de los horribles crímenes de esa incansable serie de asesinatos recién descubiertos en El Cuy con un cortejo de detalles salvajes que dan pavor?
>
> ¿Es posible que en un país civilizado desaparezcan personas y se haga escuela del homicidio repugnante, que pasen los años y que nadie note la desaparición de esos pobres que se aventuraron en aquellas regiones…?
>
> Ante estos hechos que nos presentan retrogradando a épocas

> primitivas y que contradicen de nuestros progresos tan destacados para formar en el mundo extranjero un concepto favorable a la aptitud de nuestro país para recibir la vigorosa corriente inmigratoria y ofrecerle todas las garantías de bienestar y trabajo retributivo; ante estos hechos decimos, el criterio de los extraños ha de deducir consecuencias deprimentes.
>
> Comprenderá el gobierno nacional que es un perfecto absurdo gastar veinte millones de pesos en festejos patrios, mientras que una tercera parte de la república carece de Policía para garantizar las vidas de sus habitantes.
>
> Y debe comprender también que así no se fomenta la inmigración presentándole aspectos de crudo salvajismo, precisamente allí donde el brazo extranjero tendrá que cooperar con la redención social y económica que ha de completar la identidad nacional.
>
> Éste es todavía un país de inmigración y bandolerismo, cien años después de su nacimiento al concierto de la civilización.

Quién lo hubiera dicho: *La Nueva Provincia* preguntándose cómo es posible que en un país civilizado desaparezcan personas y se haga escuela del homicidio repugnante.

Confirmando la tradición de reclamos no atendidos que la Patagonia siempre tuvo con el gobierno central, los refuerzos policiales para lidiar con el caso nunca llegaron. La resolución quedó entonces únicamente en manos de José María Torino —comisario del pueblo más cercano a los hechos, El Cuy—, a quien las cosas no le fueron nada bien. Siete meses después de lo que creyó que sería su acto más heroico, su actuación más triunfal, terminó él también en la cárcel, como un preso más. “Querida hermana:”, escribe el 11 de octubre de 1910 desde la cárcel de Viedma. No es fácil seguir: no es fácil escribir una carta desde el infierno para explicar a la familia que uno no es ni un ladrón ni un asesino. Cierra los ojos para pensar cómo empezar, cómo ser claro sin preocuparlos a todos —a su hermana, a su padre, a su mujer, a sus hijos— y lo único que se le aparece son esas imágenes. Las mismas que no lo dejan dormir cuando logra tirarse en ese catre apestoso que tiene en la celda. Esos días de caravana, eso es lo que se le fija en la cabeza. Lo único: a veces trata de aplacar las imágenes tratando de recordar la cara de su hijito o alguno de esos raros días de invierno allá en El Cuy, cuando nieva y el suelo, la laguna, todo está blanco. Pero no, es inútil. Enseguida se le borran y él está otra vez ahí viéndolos, viéndose pasar: ha logrado atrapar a esos canallas y ahora los lleva, con la ayuda de unos pocos asistentes y de algunos voluntarios que se le fueron sumando por ahí, por el camino que va desde Lagunitas hasta Fuerte General Roca, donde planea entregarlos al jefe de Policía. Como ochenta son, y entre ellos ocho son mujeres. Van maniatados arriba del caballo, con la mirada clavada en el suelo, sin hablar. Lo tienen prohibido: él se los prohibió. Tenía que tomar todos los recaudos posibles: esos asesinos habían demostrado no amedrentarse por nada y además eran muchos más que ellos, que él y sus ayudantes improvisados. Cualquier sublevación que intentaran tenía muchas chances de ser un éxito. Él no podía distraerse ni un segundo. Alerta tenía que estar: alerta permanente. Y así estuvo los veintidós días que tardaron en llegar. Ni un minuto se distrajo. Era tal su nivel de concentración que ni siquiera sentía el agotamiento, ni el calor, ni el asco que le daba toda esa tropilla de gusanos. Nada. Lo único que le cruzaba por la mente era su deber de darles su merecido. Ni siquiera iba previendo el instante en que entraran a Roca y estuvieran todos ahí: el pueblo reunido y hasta algunos de los que se habían venido de los pueblos vecinos, y los periodistas de Bahía y los periodistas de Buenos Aires. Todos para ver a los caníbales, y él ahí, encabezando la caravana de escoria. No, ni siquiera pensó en eso: y ni siquiera logra ahora, que él es un preso más, ni siquiera logra ahora que ese instante de gloria se le fije en el cerebro. “Querida hermana:”. No. Lo que se le fija es la caminata por la meseta, los asesinos maniatados, y el silencio. Ni ellos ni los otros; nadie hablaba. Veintidós días así, veintidós que fueron una eternidad, como una de esas caminatas que hacen los peregrinos y que, dicen, les cambia la vida. Solamente cinco horas por día podían avanzar, cinco a lo sumo. Por el cansancio, por el sol, pero sobre todo porque tenía que organizar muy bien cada movimiento. De a dos los hacía desensillar, no más. Así se aseguraba de que no armaran revuelo y vigilaba que no se hicieran señas ni se comunicaran de ninguna forma. De a dos iban bajando del caballo mientras los demás esperaban. Eso era largo: tres, cuatro horas les llevaba. Todos los días así, uno tras otro, sin irse de la regla. Y ahora resulta que es uno más entre ellos porque lo tienen encerrado ahí en Viedma, al lado de toda esa basura. Él sabe bien lo que son: él entró en sus toldos, él les vio la cara cuando confesaban. Él les olió ese gusto por la muerte. Él se internó en medio del desierto y caminó con el aliento de todas esas bestias atrás, quemándole la nuca. Avanzó al paso más lento posible rodeado de animales que querían saltarle al cuello. Ni por un instante dejó que el miedo lo apurara y lo obligara a arruinar todo. A él nadie le puede decir lo que es eso. El valor que hay que juntar para resistir ese suelo y ese silencio y ese aliento de bestia en peligro, exhumando odio. “Querida hermana:”. Quisiera saber si hubo algún otro comisario en la historia de esta nación que defendiera así su deber y que recibiera lo que él recibió a cambio. Pero no va a empezar así la carta: tiene que ser preciso y decidido. Comunicar una noticia, un estado de la situación, no de su ánimo. Mucho menos hacer una pregunta que se hace a él mismo todos los días. A veces, se despierta en medio de la noche y no lo puede creer. Que esté ahí, así. Acusado de la muerte de la mitad de sus detenidos. Que se murieron por los golpes de sables, de carabinas y por los estaqueos que él y sus ayudantes les dieron, dicen. Qué calumnia. Si así hubiera sido, si él hubiera entregado a sus prisioneros en ese estado, por qué el director de la cárcel no lo denunció antes, por qué no lo denunciaron esos canallas que detuvo, por qué esperaron más de seis meses para decir estas cosas que ahora dicen. Abuso de autoridad, qué infamia. Abuso fue lo que hicieron, lo que está haciendo con él toda esta manga de jueces y fiscales empeñados en entorpecer el camino a la verdad. Lo trajeron hasta acá, hasta Viedma, en vagones de segunda, le prohibieron pedir comida en el restaurante del tren y trataron de contentarlo con unos mendrugos también de segunda. El camino entero rodeado de los mismos presos que él había capturado y de sus continuas amenazas, burlas, de su olor pestilente. Todos en la misma. Se mueren, claro que los presos se mueren; él sabe bien por qué se mueren, porque él está en la misma. Pero no por lo que esos crápulas dicen, bien sabe Dios que no se mueren por culpa de él, que llegó a comisario por haber sabido actuar siempre con arrojo pero también con respeto y prudencia. No son los golpes de sable ni nada parecido: se mueren porque en todas estas cárceles, en la de Viedma y también en las otras, meten a veinte en celdas de dos por dos que son como un ataúd, un lugar sin la más mínima ventilación. Ni piso tienen, ni unos tablones, al menos, que hagan algo para parar la humedad que sube de la tierra y los va dejando con los pulmones tuberculosos o con las piernas tullidas por el reumatismo. Y se mueren porque cuando esas y otras enfermedades los siguen atacando —como igualmente bien se merecen, al contrario de su caso— nadie hace nada. Ni los directores de las cárceles ni los jueces ni los fiscales. Ni ellos ni tampoco ese veterinario —porque a él ese no lo engaña con su papel mal jugado de médico— que traen acá para fraguar esas autopsias. Les hicieron pasar todo el invierno sin un medicamento, sin siquiera una frazada, un quillango como el que él se hubiera merecido. Estas cárceles son un calvario. Eso tampoco lo puede decir: tiene que simplemente enumerar los hechos con toda la objetividad que él tiene, porque él estuvo siempre alerta, y lo sigue estando. “Querida hermana:”.

Nilo Fulvi, director del Archivo Histórico de Viedma, fue el que rescató de la hoguera los expedientes donde figuran las declaraciones de los homicidas, las de los testigos, la carta que el comisario Torino le escribió a su hermana, la carta que el cura de Viedma le escribió al padre de Torino para decirle que si no hacían algo para sacarlo de la cárcel de Viedma, creía, más bien podía asegurarle, que la vida de José Torino corría serio peligro. Nilo Fulvi dice que, a pesar de la carta del cura, Torino estuvo cuatro años más en esa cárcel, y que no sabe qué fue de él después. Y me explica cómo fue que, rastreando expedientes, concluyó que muy pronto, solo dos años después de las capturas, en 1912, el caso quedó cerrado. En el medio hubo una serie de irregularidades que Fulvio enumera y entre las que se incluyen: el paso de los meses sin que se tome ninguna decisión con respecto a la situación de los detenidos, el recambio inusual de jueces a cargo de la causa, la decisión del fiscal Vicente Villafañe de no formular acusación y de solicitar el sobreseimiento definitivo de la causa porque “no está comprobada la presencia de los sirios y de sus victimarios en los sitios donde se dice fueron sacrificados” y porque, entre otras cosas, “la partida de los sirios desde General Roca ‘hacia el Sur’, como lo manifiestan los parientes de las víctimas, no indica fehacientemente que se dirigieran a la zona de Sierra Negra y Lagunitas”. Nilo Fulvi, que no solamente rescató los expedientes sino que los leyó y los analizó uno por uno, asegura que no puede creer ese dictamen del fiscal, en el que es evidente que fueron desechadas innumerables pruebas y muchísimos testimonios absolutamente concordantes, confesiones de los procesados y declaraciones de testigos. Tan deficiente fue, sigue, que hasta el mismo juez se vio obligado a recurrir a un artículo del Código de Procesamiento en lo Criminal según el cual, cuando un juez no está conforme con el dictamen de un fiscal, puede pedir su recambio por lo que se llama un “fiscal especial”. El designado con ese cargo fue Emilio de Rege, y del dictamen que este hizo después de analizar el caso son los párrafos que Nilo Fulvi cita: “… nadie, absolutamente nadie se ha ocupado seriamente de este proceso desde el día que salió de las manos del comisario instructor… desde que pasó a poder de este Juzgado Letrado, es decir desde noviembre de 1909 (sea dicho con todo el debido respeto) no se ha practicado una sola diligencia que tuviera por fin el esclarecimiento de hechos tan trascendentales, que hubo un tiempo que interesaron no sólo la atención de este País sino la de todas las naciones que a él envían sus emigrantes. No sólo, Señor Juez, no se ha tratado oportunamente de esclarecer los hechos, sino que hasta se han destruido las piezas de convicción… Sólo el 9 de diciembre de 1911, habiendo sido nombrado fiscal especial el que suscribe, estudiando estas voluminosas actuaciones, sentí la necesidad de ver esas piezas de convicción antes de dictaminar sobre un proceso de tanta importancia; y solicité se me diera vista de las mismas en fecha 20 de diciembre de 1911… Recién el 23 de abril del corriente año se ordenó que me diera vista de las piezas de convicción, y cuál no fue mi sorpresa el 2 de mayo notificarme del certificado del actuario por el cual consta que todas esas piezas de convicción han desaparecido, habiendo sido mandadas quemar por el Juez de este Territorio Dr. Torres”. Después de denunciar que ese mismo hecho le parece un delito, De Rege concluye que, al faltarle pruebas, no puede hacer otra cosa que pedir el sobreseimiento.

Increíble, dice Nilo Fulvi, que al menos logró que no se quemaran las pruebas de que se quemaron las pruebas. Su sospecha, como la de muchos otros con respecto a este caso, es que hubo una razón muy definida por la cual se decidió no acusar y dar por terminado el tema lo antes posible. Cuál es esa razón y de dónde surge es algo librado a las más variadas hipótesis. Entre ellas: que al haber implicado un magistrado chileno, el gobierno argentino no hubiese querido agregar tintas al largo y sinuoso tratado limítrofe que se remonta hasta el siglo diecinueve y por el cual no hacía mucho ambos gobiernos habían tenido que recurrir al arbitraje británico. O que se hubiese cedido, sobre todo desde los poderes locales, a los sobornos y presiones que supuestamente ejercieron los comerciantes de la zona supuestamente implicados en el caso, a los cuales no les hacía ninguna gracia que sus negocios ubicados en medio de estos parajes desiertos tuvieran que sufrir la competencia de mercaderes ambulantes. O que hubiera existido un consenso, tanto dentro del gobierno nacional como en el del territorio de Río Negro, para ocultar todo hecho que reavivara —justo cuando el país estaba en otro de sus intentos de ingresar al mapa de las naciones civilizadas— el malentendido inaugurado por Darwin respecto al canibalismo de los indígenas patagónicos.

*

Este cuarto de techos altos, que mira a lo que podría llamarse un patio interior si no fuera por sus dimensiones colosales, es el que Clara me dio para mi estadía en Maquinchao. Tiene las paredes completamente blancas y dos camas de una plaza con respaldos de un hierro reluciente: podrían, tranquilamente, ser las camas de un hospital. Cierro la puerta y solamente eso hace que me sienta en casa. Me tiro en la cama que está más cerca de la ventana y veo que en la mesa de luz hay apilados unos libros, tres, cuatro: dos de cocina, uno de Michael Crichton y otro de Thomas Harris, *El Dragón Rojo*. Yo había visto, inevitable como supo volverse, *El silencio de los inocentes*, e incluso *Hannibal*, pero nunca había leído esta novela en la que Harris hace nacer a su psiquiatra caníbal. En la contratapa dice que *El Dragón Rojo* fue publicado siete años antes de que su personaje Hannibal Lecter se volviera popular por la película, y también en la contratapa de esta edición poséxito española, Stephen King dice: “Hannibal es el conde Drácula de la era de los ordenadores y de los teléfonos celulares”. Lo abro, como para que me dé sueño, y me encuentro con un exagente del FBI al que un día interrumpen en la casa frente al mar a la que se ha retirado después de que la gloriosa captura de Hannibal Lecter lo dejara en una cama de hospital, luchando contra una muerte que parecía segura. El intruso es Jack Crawford, su antiguo jefe en aquel caso y en otro igual de espeluznante, quien le anuncia que han vuelto a darse casos de crímenes que tienen escalofriantes similitudes con los que solo él pudo resolver. Por eso, le jura, no tuvo otra opción que recurrir a él. Crawford está convencido de que Graham, este agente que ahora se dedica a arreglar los motores de las lanchas que circulan por los cayos de la Florida, tiene un olfato especial para los monstruos.

Unas páginas más adelante me entero de que los crímenes son obra de Francis Dolarhyde, un asesino serial obsesionado por William Blake y por la dentadura de su abuela. Y al que también le gusta la carne humana, como a Hannibal. ¿Y también como a los integrantes de la banda acerca de los que no he dejado de escuchar en estos últimos días? Me quedo hasta la madrugada leyendo: Dolarhyde mastica a sus víctimas por varias razones. Una de ellas, la más influida por la psicología del siglo veinte, apunta tanto a la herida irreparable que le infligió su madre cuando lo abandonó de chico como al horror que le provocó la convivencia con una abuela de dientes prominentes que dos por tres le ponía el pene en medio de una tijera abierta y amenazaba con cerrarla. Pero también mastica a sus víctimas, dice la novela, para aplacar el miedo que le provocan y, sobre todo, para obtener de ellas un poder que no tiene. Es por eso que quiere comerse nada más y nada menos que a Hannibal, que con el correr del relato se revela como el verdadero héroe de esta historia. ¿No es exactamente eso lo que suponían los que asaban a los vendedores ambulantes árabes para comérselos? ¿Que el corazón y las vísceras de los turcos les darían poder, valor, los "harían guapos"? ¿No es más o menos eso lo que han confesado los caníbales más mediáticos de estos tiempos: el de Milwaukee y el de Rotemburgo? La necesidad de poder, de protección, y el deseo de devorar a otro parece ser una combinación capaz de trascender diferencias culturales y cronológicas, incluso de superar las explicaciones de la psicología y las sentencias del derecho penal.

Armin Meiwes, apodado "el caníbal de Rotemburgo", era un especialista en computación que puso un aviso en la web en el que pedía contactarse con hombres que estuvieran dispuestos a ser sacrificados y devorados. Así se sacaría un gusto que llevaba encima desde la adolescencia, es decir, desde hacía más de veinte años. Lo más trabajoso, parece, fue elegir a alguien entre los doscientos postulantes que contestaron a su propuesta. Una vez que dio con el ingeniero berlinés que tocó el timbre de su casa una tarde de marzo de 2001, el resto fue muy sencillo: el ingeniero no opuso resistencias ni anduvo con remilgos. Lo primero que hizo fue rogarle a Meiwes que le cortara el pene: viviría así, estaba seguro, la emoción más fuerte de su vida. Después lo comieron juntos. Meiwes lo grabó en video, como para que después no hubiera malentendidos. Los dos disfrutan, y tal vez lo que el ingeniero berlinés intenta, en ese preciso acto, es mostrarnos a todos los neuróticos que nos autofagocitamos cada día que no hay por qué andarse con tantos eufemismos. Después, el ingeniero accedió a que Meiwes siguiera con el resto, porque hay cosas que no se pueden hacer de a dos: entonces fue degollado, congelado, y se convirtió en el alimento principal del experto en computación durante las semanas siguientes. Tal vez hasta llegó a ser un menú de primavera, porque esta es una historia que ocurrió en el hemisferio norte. El día en que el tribunal de Kassel dictaminó que a

Meiwes le correspondían ocho años y medio de cárcel por homicidio no premeditado, este afirmó que, por sobre cualquier otro tipo de deseo, primaba en él la necesidad de establecer una relación cercana y permanente con alguien. Algo que le brindara “seguridad y protección”.

Lo mismo dijo, en inglés, Jeffrey Dahmer, apodado “el carnicero de Milwaukee”. Que lo que más hubiera querido era tener a alguien cerca, en el mejor de los casos un hombre blanco de buenas proporciones y complaciente, que estuviera siempre esperándolo cuando él volviera del trabajo, que no hiciera ninguna otra cosa que estar ahí para él, sin ver a nadie ni dedicarse a nada más. Un cautivo, una compañía permanente, alguien que no lo hubiera hecho sentir tan solo. Fue por eso que, cuando vio que sus amantes de una noche siempre tenían una vida que retomar a la mañana siguiente, empezó a matarlos. Pasada la excitación momentánea que le produjo tener a su primera víctima bajo control, se dio cuenta de que muertos tampoco lograban satisfacerlo. Entonces empezó a llevarse hombres a su casa con los que practicaba un mismo experimento: primero los drogaba y después, con un taladro, les hacía agujeros en la cabeza en los que les inyectaba, con una jeringa de cocina, un ácido que debía penetrar en las cavidades del cerebro. De esa forma, esperaba, podría mantenerles el cuerpo vivo y la mente muerta, obediente. Pero el experimento no funcionó, así que al séptimo lo mató, le cortó el corazón en pedacitos y lo guardó en la heladera: ir comiéndolo así, de a poquito, le daba la sensación de que el otro formaba parte de él. Eran uno y el control le correspondía, casi no podía pedir nada más. Lo mismo hizo con varias de sus víctimas siguientes. Cuando lo atraparon, quedó en la heladera, sin probar, el corazón perfectamente trozado de su decimoséptima víctima.

Esos detalles de primera mano y muchísimos más le da Jeffrey Dahmer a Robert K. Ressler, quien lo entrevista hasta la exasperación en su libro *Dentro del monstruo*. Ressler, que desde chico sintió curiosidad por ver qué es lo que pasa por la mente de los asesinos, trabajó veinte años en el FBI y se convirtió con el tiempo en un criminólogo experto en homicidios cometidos por personas a las que él mismo bautizó como *serial killers*. Después de varios años de contemplar la mente criminal, dice en ese libro, puede hacer suyo el verso de José Martí: “Viví en el monstruo”. Robert Ressler es también quien asesoró a Thomas Harris para escribir esta novela que me tiene acá, todavía despierta, a las cuatro de la mañana. Thomas Harris, antes de dedicarse por completo a la escritura, fue durante casi diez años redactor de Policiales para Associated Press en New York. Todo indica que a los dos les sobran elementos para crear a un monstruo de estos tiempos como Hannibal Lecter. A medida que *El Dragón Rojo* avanza, me voy dando cuenta de que Dolarhyde no puede ser el personaje central de la novela justamente porque carece de las aptitudes para ser un monstruo de estos tiempos: es frágil, acomplejado, tiene problemas psicológicos que lo atormentan y un terror infinito que por momentos lo lleva a perder el control y a terminar dominado por un doble —el Dragón Rojo— que él mismo crea sin saberlo. En Dolarhyde hay algo de monstruo decimonónico: de Dr. Jekyll y de Mr. Hyde. De hecho, su propio apellido invoca al par. Ese Dragón que al principio le parecía su aliado, incluso producto de su arte —igual que en un principio Hyde le pareció a Jekyll producto de su ciencia—, finalmente termina dominándolo, dándole órdenes desde lo alto de la escalera de la gran casa, como hacía su abuela dientuda. Transitamos el fin del siglo veinte, parece decir Harris, y hay que crear otro perfil: los monstruos de inspiración decimonónica encuentran sus propios límites, han perdido su fuerza. Harris, que cubría Policiales y por ende estaba en contacto permanente con hombres atormentados y vencidos, tal vez se dio cuenta un día, caminando por la redacción, que no era en su sector en el que debía inspirarse para crear a su personaje más importante sino en otro: en Política o en Internacionales. Ahí, en esas páginas, es donde aparecen, con trajes diseñados y discursos asesorados, los verdaderos monstruos de este siglo. Hannibal, salvo por su poder de ironizar, se les parece: nunca pierde el control ni se atormenta. Haga lo que haga. Lecter reconoce que hay un gran placer en matar, un placer que supone que el propio Dios también debe sentir, a juzgar únicamente por las noticias que a veces le permiten leer desde la cárcel. El hecho de que lo hayan encerrado por entregarse a dicho placer no habla sino del error, mejor dicho del terror de los otros. Sus interpretaciones de psiquiatra avezado lo protegen, lo convencen de que son los hombres y sus temores, sus eufemismos, los que están entendiendo todo mal y actuando en consecuencia. ¿Cómo podría él sentir remordimientos? Tampoco pierde ni por un segundo el control: es capaz de matar a sus víctimas y, en paralelo, describirles al oído exactamente qué es lo que está pasando con las arterias, la sangre, el corazón y la resistencia pulmonar justo en ese instante en el que la punta del cuchillo pasa a cinco centímetros de la columna vertebral. Una vez apresado, es capaz de soportar sin la menor alteración las humillaciones y las privaciones (especialmente la de sus libros) a las que lo somete el doctor Chilton, director del Hospital Estatal de Chesapeake para Criminales Insanos, en el que está encerrado. Maniatado y privado de sus mínimas posesiones, es también capaz de sacar de quicio a ese mismo director con solo uno de sus comentarios mordaces. Y ha sido, incluso, capaz de evitar la cárcel, que es lo que el derecho legal tiene previsto para aquellos que no pierden el control de sus actos en el momento del crimen. Algo que no lograron ni “el caníbal de Rotemburgo” ni “el carnicero de Milwaukee”. En Alemania determinaron que Meiwes no podía ir a un neuropsiquiátrico porque “si bien padece una anomalía psíquica grave, es plenamente responsable de sus actos”. En Winsconsin, pese a los esfuerzos de la defensa asesorada por el propio Robert Ressler para demostrar que Dahmer había perdido el juicio cuando cometió algunos de sus últimos asesinatos, el jurado determinó que “una persona, para ser considerada enferma mental, tiene que comportarse como tal la mayor parte del tiempo [...] por consiguiente Dahmer estaba en su sano juicio al cometer los crímenes”. Después lo condenaron a quince cadenas perpetuas, lo que equivale a unos 936 años de prisión, pero todo se resolvió mucho antes porque en marzo de 1994 murió por la cantidad de golpes que le dio, en el baño de la cárcel, otro condenado a prisión perpetua llamado Cristopher Scarver. “En mi opinión —dice

Ressler en *Dentro del monstruo*— ni Dahmer ni Scarver tendrían que haber sido encarcelados sino recluidos de por vida en una institución psiquiátrica". Pienso en preguntarle a Carmen, mañana, qué piensa ella al respecto, y sigo leyendo el libro de Harris.

Will Graham, el exagente del FBI, no puede resistirse a la propuesta de colaborar en el caso que le hace su colega. La acepta, aunque eso ponga en peligro la estabilidad de su pareja y el equilibrio de su vida reconstruida con alfileres, y aunque implique volvérselas a ver con olor a cadáver descompuesto, con autopsias, con los conflictos entre el FBI y las policías locales, con cafés recalentados servidos en vasitos de plástico, con noches sin dormir frente a una pila de datos que no terminan de proporcionarle la clave. Pero todo eso no es lo que realmente lo preocupa; lo que lo aterra es saber de antemano que, para dar con esa clave y atrapar a este nuevo criminal que ha aparecido en escena, en algún momento tendrá que recurrir a Hannibal. Y que Hannibal le dirá no solo la clave sino también eso que él nunca quiso escuchar: lo parecidos que son. Los dos han pasado un tiempo en un instituto psiquiátrico, un tiempo en una cama de hospital, los dos sienten placer por matar aunque lo reconozcan en distintos grados y lo practiquen de distintas maneras y, fundamentalmente, los dos son capaces de ejercer un control absoluto sobre los otros. ¿Por qué? Porque, le dice Hannibal en cuanto tiene la oportunidad, ambos tienen una imaginación que los hace capaces de asumir cualquier punto de vista, y porque saben soportar el miedo que eso acarrea. La acechanza de la descomposición, la pérdida del eje. Por eso el gran Hannibal respeta a Graham, porque es capaz de meterse en la cabeza de los otros y, a la vez, de impedir que cualquiera haga lo mismo con él. No es como tantos otros, como el propio doctor Chilton, que cuando cree que lo está analizando en realidad está escudriñando en su mente con la misma habilidad con la que un adolescente tironea para sacarle la bombacha a una chica. Ya que no podrá del todo con la mente de Will Graham, lo que Hannibal quiere, dice, es que aquel al menos entienda que la diferencia entre deglutir el corazón de otro e internarse en el núcleo de su ser es ínfima, lo que quiere que Graham entienda es que el hecho de tener al otro dentro de uno —ya sea su carne, ya sea su punto de vista— es lo que verdaderamente cuenta.

Ya entra el sol por la ventana y cierro el libro. Alcanzo a dormir solo un par de horas, aunque las suficientes como para soñar que estoy en la cama de un hospital idéntica a esta en la que duermo, y que la cama está en un cuarto rectangular largo, todo pintado de blanco y lleno de una luz que entra por una fila de ventanales descomunales. Alguien viene hacia mi cama —todas las otras, alineadas a mi izquierda y a mi derecha, están vacías—, caminando lento, con un guardapolvo blanco y las dos manos tomadas apoyadas en la espalda, como sobreactuando una actitud de inspección. Es Hannibal, que se me acerca a la oreja y me dice: Caliban has a good claim to Patagonian ancestry. La frase exhala un vapor que me inunda la cabeza. Después se queda parado al lado de la cabecera, como un guardián que no tiene orden de moverse. La combinación de blanco y de luz que hay a mi alrededor me enceguece y ese vapor que me ocupa toda la cavidad del cráneo me aturde. Caliban has a good claim to Patagonian ancestry. Miro a la cama de al lado, de donde viene ahora la voz, y compruebo que no estaba vacía como creí: hay un hombre escuálido, con pelo rubio y ralo. Es Chatwin, o el espectro de Chatwin, que entrecierra los ojos y habla sin parar, en un tono monocorde pero a la vez urgente: que Shakespeare se inspiró en un indio patagón para crear al Calibán de *La tempestad*, dice; que Shakespeare leyó a Pigafetta, el primer cronista de la Patagonia, y que de ahí sacó a su monstruo Calibán; que él sabe cómo demostrarlo, dice, y enumera: los dos monstruos vociferan clamando por el dios Setebos, los dos son semihumanos, los dos aprenden una lengua extranjera, los dos tienen la furia y la impotencia del Nuevo Mundo y los dos esconden para el mundo civilizado una especie de amenaza, el balbuceo incomprensible de una civilización que se pudre en los confines. Chat, chat, Chatwin, pienso yo en mi cama. ¿Quién fue que acuñó esa frase? El murmullo chatwiniano sigue, siempre en tono monocorde. Chatwin, que se encargó de contar su propia muerte como efecto de un hongo que había comido en la China. Chatwin y las versiones que sostienen que en realidad pudo haberse contagiado el sida en la Patagonia. Chat, chat, Chatwin. Calibán, caníbal, Hannibal. Cada lugar genera sus propios monstruos, y no veo dónde, en la Patagonia, podría caber el monstruo desorbitado de Shakespeare ni tampoco este monstruo bien vestido y de buenos modales que no se despega de mi cama. Chatwin sigue hablando y me señala que no debo olvidar que, en la última novela de la saga, Hannibal escapa con la detective Sterling a Buenos Aires y que tampoco debo olvidar cuánto su libro, el de Chatwin, contribuyó para que no haya extranjero que llegue a Buenos Aires sin hacerse una escapadita hasta la Patagonia. Chatwin es entonces el que ha importado a Calibán y a Hannibal a la Patagonia: le habrá resultado muy remoto o tedioso internarse en los monstruos de las mitologías indígenas. El monólogo interminable de Chatwin contrasta con el silencio de Hannibal, que ahora vuelve a inclinarse hacia mí. Esta vez directamente me roza la oreja para hablarme, lo que me genera un escalofrío culposo: que yo soy igual a él, me dice. Que lo que hago metiéndome en la vida, en los cuentos y en la cabeza de la gente es igual a lo que él hace. Que lo que yo llamo una voz bifronte es en realidad canibalismo. Me despierto atormentada y con dolor de cabeza.

Seis

Susana, gorda como una vaca, me recibió en todas estas casas en las que el lujo se demuestra y la armonía se sostiene comprando televisores. Rondando por estas dos mesetas —la de El Cuy y la de Somuncurá— he escuchado historias de personas que perdieron a sus padres en la infancia, que fueron arrancadas inmediatamente del campo en el que habían nacido y llevadas a vivir a cualquier otro lado en condiciones de esclavitud encubierta; historias de chicos de ocho años que todos los días hacen quince kilómetros en una bicicleta enclenque para llegar a la escuela rural con los mocos a la altura de la pera; historias de niñitas a las que los padres quisieron canjear por una punta de cabras, hartos de que el tío las violara. Todo eso he escuchado en estas casas con Susana Giménez de fondo. Una Susana cada vez más sexy, más desopilante: enfundada en pieles y con el glaciar Perito Moreno cubriéndole las espaldas, como dejando claro que solo un coloso de la naturaleza está en condiciones de cumplir la función de guardaespaldas de un mito nacional. Susana Giménez, definitivamente, está en la Patagonia. En el glaciar al que llegan los hombres de Estado y los turistas con divisas, y también en El Cuy, este pueblo al que apenas llegan algunas cosas básicas.

Y en la omnipresente tele están también Tinelli, con su melena pseudohippie, y Ranni en una del canal Retro, y los periodistas que creen que la seriedad en el trabajo debe acompañarse de sobreactuada expresión ídem —para qué nombrarlos, son tantos— y, por cierto, los partidos de fútbol. Y dicen que hubo una vez, hace unos diez años, en que lo único que hubo fue una porno. Ocurre que en El Cuy todos están obligados a ver el mismo canal: como nadie puede darse el lujo de pagar la tevé por cable en forma privada, la Comisión de Fomento está suscripta a DirecTV y se encarga —vía una pantalla o algo que me sonó a argumento de ciencia ficción de la década del setenta— de retransmitir la señal a todos los televisores del pueblo. Este sistema hace que los encargados de decidir qué ve ese día todo el mundo son el comisionado de Fomento, sus hijos o alguien de su órbita. Si ellos deciden Susana va Susana, si ellos deciden *Polémica en el bar* va *Polémica en el bar*. A veces algún vecino les acerca una sugerencia, pero parece que el comisionado y su órbita son impermeables a toda sugerencia. Así fue, dicen, que una noche el comisionado o alguien de su órbita se distrajo y dejó a todo el pueblo en manos de una porno. Las vecinas le fueron a golpear las puertas de chapa con los puños cerrados. En el corral de la hermana del comisionado, que es también su vecina y su secretaria, los pavos cloqueaban desesperados y los ñandúes corrían en círculos despavoridos. Alguna de las treinta personas que figuran en la guía telefónica de El Cuy hasta lo llamó por teléfono, porque acá el teléfono se usa solo en casos de urgencia.

El comisionado me habla, si es que por eso se entiende un balbuceo monocorde, y a la vez mira la tele. Su mujer y sus hijos también miran la tele. Uno de sus hijos acaba de volver de Junín de los Andes. Se había ido a estudiar al industrial, del que se sale con un título de técnico agrónomo, pero dejó antes de terminar. Todos en esta casa tienen mofletes carnosos y la mandíbula un tanto caída, como si, desde el primer día en que la pantalla se presentó ante sus ojos, hubieran quedado congelados en ese gesto para siempre.

¿Qué color buscamos?
Grita si ves algo, algo que sea blanco
Algo que sea…
¡Blanco!
¿Qué color buscamos?
¿La cabra es blanca?

Nooooooo
¿Qué color buscamos?
¿El heno es blanco?

Noooooooo
¿Qué color buscamos?
¿El tractor es blanco?

Noooooooo
Hemos encontrado el color…
¡Es un conejo!
¡Blanco es un color!
¿Qué color buscamos?
Busca arriba, busca abajo
Grita si ves algo que sea café, que sea café ¿Qué color buscamos?
¿La carretilla es café?

Noooooooooo
¿Qué color buscamos?
¿El conejo es café?

Nooooooooo
¿Qué color buscamos?
¿El pony es café?

Noooooooooo
Hemos encontrado el color…
¡Es la cabra!
¡Café es un color!

¿Qué color buscamos?
¿Algo que sea gris?
¿La gallina es gris?

Nooooooooo
¿El tractor es gris?
Nooooooooo.

(Fragmento de *Boo*, programa en Discovery Kids).

El padre de este comisionado de Fomento, que a su vez fue el anterior comisionado de Fomento, dice que el problema es que ahora los chicos ni subirse a un caballo saben. Ni idea de lo que es el campo. Van a la escuela, donde les enseñan vaya a saber qué cosa, y después, gracias a eso, no pueden ni trabajar en el campo ni tampoco ir a la universidad. A gatas alguno va a Maquinchao a terminar la secundaria o a la escuela técnica de Junín. Así están, merodeando en las esquinas, inútiles para todo. En un limbo. Él, en cambio, se encargó bien de llevar a su hijo desde chiquito al campo, dos veces por semana como mínimo. Para que supiera de qué se trataba, aunque lo hubiera criado ahí en El Cuy. Y pensar que ahora igual él se las tiene que arreglar prácticamente solo con el campo: a esta edad y solo. Los peones son una carga social que él no se puede permitir. Antes, cuando los hijos trabajaban en el campo, la familia podía seguir manteniendo sus cabras, sus ovejas. Podía seguir unida. Ahora está todo despanzurrado, sin sentido. Y él, que se armó todo solo, ahora al final también tiene que arreglárselas solo. Será que hay gente con un destino para eso. A él ya a los ocho el padre lo había abandonado y la madre se le había muerto. De un día para el otro no vio más a sus dos hermanas y se las tuvo que ingeniar para sobrevivir trabajando de peón. De ahí pasó a capataz, después a administrador y después a mediero —lo que quiere decir que compartía los gastos y las ganancias con el dueño del campo en el que trabajó más de treinta años—, después a comisionado de Fomento y después de vuelta al campo, ya como propietario. Y eso que cuando llegó para acá ni la castilla hablaba, me dice, solamente la lengua. Así, elidiendo, los descendientes de mapuches llaman a la lengua mapudungún, más popularmente conocida como mapuche. Eso era antes, ahora ya no la hablan más. O solamente muy muy de vez en cuando; si se encuentra con alguna de sus hermanas, por ejemplo. A una, la que tenía nomás unos meses cuando los sacaron del campo, la volvió a reencontrar recién hace unos años. En la terminal de colectivos de Bahía Blanca. No, no fue casual: la encontró por medio del comisario de ahí, de El Cuy, que era amigo suyo. Ya eran amigos hacía años cuando salió esa conversación. La que derivó en el encuentro en la terminal. El comisario venía siempre: tomaban mate, comían asado. Hablaban del campo, de la cosecha, de las cosas del pueblo. Qué se iban a poner a hablar de la familia. Estaban los hijos ahí dando vueltas y la mujer haciendo las cosas, ya bastaba. ¿Qué se puede decir al respecto? Conversando de vecinos y de gente, una noche, no sabe cómo, salió el tema de la enfermera esta que el comisario conocía. De por allá, de Bahía, de donde venía el comisario. Ella había conservado el apellido, y así fue que en una noche que parecía igual a todas las otras él se enteró, después de cincuenta años, qué era lo que había sido de su hermanita. Aquel día a la estación de Bahía fue con su otra hermana, porque con ella sí estuvo siempre en contacto. Qué cosa aquel día en la estación. Él y su hermana se codeaban: ¿será esta, será aquella? Y cuando se dieron cuenta de cuál era, ninguno de los dos sabía qué hacer ni decir. Y la pobre menos: ella se había enterado recién hacía una semana no solo de que tenía dos hermanos ahí en Río Negro sino también de que era adoptada. Qué linda estaba en la estación, con un trajecito todo del mismo color. Con ella sí, cada tanto, cuando se encuentran, hablan la lengua.

> En este momento me dicen hable la lengua, no sé… pero pa’ qué le voy a hablar a la gente si no lo entienden, bueno entonces, eso es lo que uno piensa enseguida… pa’ qué le voy a hablar si no saben lo que uno habla… y bueno entonces… El otro día me pasó… me pasó un caso. Allá en el campo llegan dos camionetas con norteamericanos que andaban buscando minas… Querían explicarme algunas cosas, pero yo no sabía qué lo que decían… y tenía ganas porque e’medio parecido la lengua… medio… tenía ganas de atropellarlos con la lengua y darles y ellos que me den pero tampoco me van a entender. Entonces… bueno, por ahí, sale uno más que parecía que algo podía éste entenderle… Sí, le

> entendí un poco más porque nosotros estábamos acostumbrados con una hermana (monja) que siempre venía acá, que ésa es norteamericana y ya ella habla bastante clarito, una hermana de la iglesia que venía mucho acá a la casa, ha estado días y días en el campo, se hizo muy amiga de las chicas, se hizo… Era muy buena porque salía a recorrer y misionar por ahí… pero a éstos no les entendía nada, yo… no había caso, no, me daban ganas de salirles y hablarles la lengua…

(Testimonio del padre del comisionado de Fomento
publicado en el libro *La meseta patagónica de El Cuy.*
Una vasta soledad, compilado por Freddy Masera).

Cruzo la ruta 6, que divide el pueblo en dos y que es también la única calle asfaltada de El Cuy, y me voy al único hospedaje de El Cuy, donde soy la única huésped. Goyo, el dueño, mira la tele. A su hospedaje tiene anexados un almacén en el que hay mandarinas y esmalte para uñas, un bazar en el que su mujer vende “artículos para regalos” que trae desde General Roca, y este bar en el cual Goyo mira la tele mientras su único cliente lucha contra el nivel de alcohol en sangre como si enfrentara al demonio. Goyo es de los primeros que vinieron a instalarse a este pueblo y no necesita más que un ojo para ver todo lo que hay que ver. Así deja claro que es tuerto pero no tonto. Cuando yo llego, deja el box en la tele, su fernet en la mesa y accede a venir hasta el almacén para venderme las cosas que justo ahora se me ocurre comprar. Este termo no se rompe con nada, me asegura, y lo estampa contra el suelo. Después lo levanta y me dice que puedo pasar a la cocina a hacerme un té, que agarre todo lo que quiera de ahí pero que deje de malcriarle al perro. Desde la ventana del almacén veo pasar a una mujer que camina con paso firme, acompañada de una nena que ha sido peinada como si su cabeza fuera un campo de deportes: una línea blanca y derecha divide dos sectores en los que dos hebillas ubicadas con una simetría infalible sostienen un pelo previamente rastrillado con un peine mojado. O como si fuera el tablero de algún juego de mesa que desconozco, perfectamente desplegado, al que solo falta que lleguen los jugadores. Cuando paso por el bar para ir a la cocina veo que ambas están increpando al hombre que, por más que ellas le insistan, no puede despegarse de su silla. Y aunque casi tampoco puede hablar se las arregla para preguntarme, con una pronunciación que demuestra lo incómoda que a veces puede resultarnos la lengua adentro de nuestra propia boca: —¿Usted no será otra de esas seminaristas que siempre andan dando vueltas por acá?

Milka viene a ser, por una de esas extrañas confluencias de la vida, una especie de catalizadora de los tres credos que tienen su influencia en el pueblo y alrededores: las congregaciones evangélicas que continuamente mandan pastores a difundir el mensaje que les corresponda; el catolicismo, que hace lo que puede, y el Maruchito, un chico que a principios de siglo fue asesinado brutalmente en un paraje cercano y al que la fe popular consagró como santo. Milka, como es de suponer, tiene sus fans y sus detractores. Cuando llego a su casa para entrevistarla, me ofrece asiento y lo primero que me dice, antes de que yo module, es que seguro que quiero una seven up, porque en esos días todo el mundo me debe estar convidando mate y mi estómago debe estar a punto de estallar. Va a ser difícil, pensé, en esos días en los que tanto mate aceptado me venía recordando que cuando tenía diez años el estómago casi me estalla por una úlcera, que alguien me convenza de que Milka no tiene sus poderes.

En el living de su casa la tele está prendida, pero sin sonido. Milka me cuenta que la idea del Taller Milikilin Huitral, que ella puso en marcha y que hoy sigue coordinando, surgió en realidad como una iniciativa de la Iglesia católica. Que a fines de los ochenta el cura la vino a ver y le dijo que, frente al cisma —valga la hipérbole— que se estaba produciendo en el pueblo entre los católicos y los evangélicos, sería importante reunir a las mujeres de la comunidad —mujeres de origen mapuche, excluidas del mundo del trabajo— en una actividad común —la recuperación de los tejidos que hacían sus antepasados— a la que se agregara también una dosis de formación religiosa —de cuño católico, por cierto—. Esta suerte de catequesis *sui generis* quedaría —le dijo el cura y así se cumplió— en manos de Milka, que hasta entonces se había dedicado a atender el negocio que funciona en la parte delantera de su casa: una mezcla de almacén y boutique que nadie duda en categorizar como el más sofisticado del pueblo. Ella aceptó. Fundamentalmente la atrajo eso del hilado: era algo que había aprendido de una tía y que durante la infancia practicaba a escondidas de sus padres. Hilar era cosa de indios. Lo del taller de hilado se convirtió en el cuarto propio de Milka: desde allí volvería legítimo lo que había tenido que hacer a escondidas, como una clandestina, y no solo eso, también lo diseminaría. Milka le dijo al cura que sí, que se encargaría del catecismo y pensó para sus adentros que, sobre todo, se encargaría de que las mujeres salieran de sus casas, aprendieran a ganarse la vida, a oponerse a sus maridos, a ir y venir cuantas veces quisieran. Y eso que de chica no se animaba ni a levantar la cabeza del suelo cuando le hablaba a la gente, dice.

No fue fácil. Ni por los hombres que se oponían, ni por las mujeres que se asustaban, ni por los materiales que escaseaban. Sin embargo, la dureza con que la crisis había golpeado a todos por acá —que en su mayoría son peones o dueños de apenas unas cien, doscientas ovejas con una lana que entonces, a fines de los ochenta, no servía para nada — hizo que los maridos aflojaran los ánimos y algunas mujeres pudieran juntarse tres veces por semana a recuperar, la mayor parte de las veces a aprender, las técnicas del hilado, del teñido, del armado del telar. Al principio, que no tenían nada, ella les enseñaba a tejer con la lana de pulóveres viejos que destejían previamente. Milka intercalaba los hilos y les decía que esto mismo que había dejado a sus madres o a sus abuelas con el lomo doblado, allá en el campo, podía ser ahora su propia forma de encontrarse un sustento propio, de generar un dinero para ayudar en la casa. Muchas desertaron. A veces no es fácil volver a hacer lo que ya hicieron los abuelos. O no, ni siquiera cree que sea eso. Más bien es abulia, una especie de autismo que les agarra. Cuando se ponen así logran que pierda la paciencia.

¡Acá todo es muy artesanal: la lana, las tinturas, hasta el cerebro de ustedes es artesanal!, les grita cuando las ve tan sumisas, como idas. Pero eso pasa muy de vez en cuando. Lo que sí, siempre hace, es decirles que hay un solo Dios.

Milka nunca les inculcó ni el desprecio o el rencor hacia los maridos ni ningún afán independentista. Cómo habría de hacerlo, además, si los números no cierran. Hay que organizarse bien en esta vida: saber dónde están los límites y las fortalezas. Ella siempre supo cómo hacerlo. Cómo ponerse la vida al hombro; callarse cuando hay dolor y seguir adelante. Milka tiene la cabeza cubierta por un pañuelo de seda de colores que a su vez le cubre los ruleros —esta noche ella y la gente de la asociación organizan el bingo anual con el que recaudan fondos para todos los gastos extras que puedan tener en el taller— y ni siquiera toda esa superposición de cosas sobre su cabeza le quita la dureza a su cara o la vira hacia el ridículo. Entran una mujer escuálida y dos chicas. La mujer es su madre, dice Milka, que la obligó a casarse a los quince años con el primer novio que tuvo. El mismo que hoy es su marido. Por el qué dirán no le dieron tiempo ni a ver de qué se trataba el chico y hoy ya pasaron más de veinte años. La madre mira desde el otro lado de la mesa y asiente con una semisonrisa ausente. Es completamente sorda y ya está vestida para el bingo de esta noche, con un collar de doble vuelta que no se parece en nada a los que usaban sus antepasados evidentemente indígenas. Las dos chicas cuchichean, cambian de canal y suben el volumen de la tele.

Al día de hoy son veintitrés mujeres que trabajan en forma estable, levanta la voz Milka y sigue, y el taller funciona como una asociación civil sin fines de lucro. Hace unos pocos años, cuando pudieron empezar a poner en práctica el teñido natural, una técnica ancestral que ya estaba casi perdida, recibieron un fondo del Proinder, el Programa de Desarrollo para Pequeños Productores Agropecuarios, que depende de la Secretaría de Agricultura de la Nación. Los de la Iglesia católica, que fueron los que en principio impulsaron el proyecto, le dicen que esto cada vez se parece más a un negocio que a una misión catequizadora. Esto es un emprendimiento, me remarca Milka, esto es un acto de concientización que estas mujeres estaban necesitando. No se trata de una liberación ni de una revelación ni de ninguna de esas paparruchadas: cuando ella dice concientización se refiere a lograr que esas mujeres sean capaces de pensar en sí mismas, de asumir sus orígenes mapuches, de quejarse si algo no les convence, de dar su opinión, de tener alguna iniciativa. Milka me muestra una carpeta oficio en la que figuran también la historia del taller, los testimonios, los artículos de diarios ligados al tema. La carpeta, me aclara, la hizo el año pasado, cuando pensó que por el aneurisma que tenían que sacarle de la cabeza se podía morir y que entonces todo eso iba a quedar desbandado por ahí. Me señala un diagrama que está pensado, dice, para que las mujeres aprendan a plantear un tema y a discutirlo, para que puedan desarrollar habilidades de expresión, de reacción. Ahí, en la carpeta, va archivando lo que sucede mes a mes, cuáles son las respuestas que obtiene y cuáles las actitudes que cada una de las integrantes del taller debería tener para superarse:

Programación mensual de tareas/conflictos/cosas a resolver

1) Problema o polémica	Hay falta de artesanías
2) ¿Por qué?	Falta hilado
	Falta teñido
	Faltan ganas de trabajar
	No cobramos
	No se justifica el sacrificio
3) Actitudes	María: hablar las cosas de frente
	Luisa: corregir desgano
	Nora: ser más disciplinada
	Antonia: callar para no tener problemas

(En simultáneo, por la puerta de la izquierda entra una mujer petisa y simpática y, por la puerta de la derecha, la que da a la calle, entra un hombre de unos cuarenta con aspecto jovial. La mujer se sienta en un sillón que está a la izquierda de la mesa en la que Milka y yo conversamos. El hombre saluda y pasa de largo, seguido de otro hombre. Se sientan en una mesa alejada y quedan ocultos detrás de una de esas puertas corredizas de falsa madera que parecen un acordeón).

Él siempre está así, haciendo muchas cosas a la vez, dice la señora que se sentó en el sillón. De chiquito ya era así. Había que andar buscándolo en los árboles, en los fondos de los pozos, esperando que volviera a la medianoche en un caballo extenuado. Debe ser por toda la energía que le dejaron los otros tres hermanos mayores que tuvo, sus tres hijos anteriores, todos muertos de chiquitos. La señora aprovecha que Milka está hablando con una de las chicas para hacerme ese comentario. Es, parece, su forma de presentarse como madre. Cuando yo le pregunto por los otros tres, los chicos muertos, me contesta como si estuviera hablándome de los corderos que esta primavera murieron porque no llovió durante todo el invierno y entonces pasa esto: nacen los corderitos chicos y no tienen pasto para alimentarse. Tiene algo alegre en la mirada, como si fuera alguien que no gastó ni una pizca de energía en cuestionar las leyes de la naturaleza. Las miro ahí, a las dos madres: la de Fabián y la de Milka. Una está tirada en este sillón, hablando cuando ve que se puede, y la otra está tiesa en su silla, inmune a lo que se dice a su alrededor gracias a un par de tímpanos en mal estado, erguida para que el vestido azul y el collar de dos vueltas estén en su lugar todavía cinco horas más tarde, cuando el bingo y el baile empiecen. Aunque Milka no me lo hubiera aclarado antes, no habría sido difícil deducir de dónde vino la exigencia del casamiento prematuro.

Milka me dice que el hombre que entró con su marido es el dueño de una barraca al que ellos le venden regularmente la lana. Con sus dos mil, tres mil ovejas, Fabián es una especie de terrateniente en estas mesetas centrales rionegrinas. No creo que las cosas allá, detrás de la cortina, sean excesivamente sencillas para el comprador de lana: Fabián empezó vendiendo ropa que traía desde Roca y que acarreaba en un bolsito de pueblo en pueblo. Haciendo dedo, porque ni auto tenía. Y hay que ver de qué pueblo en qué pueblo, dice Fabián, que ya despachó al comprador con sonrisa de grandes amigos. Ahora todo ese deambular lo reserva para ir y venir al campo, donde vive a medias, y para su caminata anual hasta el Maruchito. Hace siete años que va hasta allá todos los octubres; ocho hubieran sido si este último no hubiese surgido esta cuestión del aneurisma de Milka, que lo tuvo en Buenos Aires, en el hospital.

*

La ermita del Maruchito está a unos cincuenta kilómetros de El Cuy, rodeada de pura meseta y antecedida por un cartel en el que se lo llama “Hacedor de milagros en la meseta patagónica”. Al costado de la ermita hay una carreta de madera y, en el asiento del conductor, un muñeco de plástico erguido, con los ojos fijos en el desierto que tiene enfrente. Miro esos ojos de muñeco y pienso que nos hemos pasado la infancia durmiendo en cuartos oscuros, vigilados por vaya a saber qué cantidad de esos ojos fijos, estáticos, incansables. A mí llegaron a aterrarme tanto que dormía con todos mis muñecos metidos en la cama, entreverados entre mis piernas, tratando de que esos ojos no se cruzaran en ningún momento con los míos, insomnes. A mí no me molestaba eso de dormir con el enemigo. Éramos como treinta muñecos y yo, que apenas cabía en la cama. Yo decía que era por el amor que les tenía que me tomaba ese trabajo de cobijarlos cada noche, pero en realidad era por el terror.

Un muñeco con esos mismos ojos, sentado en el asiento de esta carreta que no avanza a ningún lado en un camino desierto, cumple la función de recordar al niño que dio origen a la leyenda del Maruchito. Pedro Frías se llamaba y trabajaba de marucho, es decir, de peón en las carretas que transportaban lana, pieles de guanaco, plumas de avestruces y algún alimento desde los puntos interiores de la Patagonia hasta una ciudad o un puerto. Entre las distintas versiones que circulan acerca de su muerte, la que elige contar Elías Chucair dice que, una noche del verano de 1916, la tropa de carretas en la que iba Pedro Frías se detuvo en un punto de la meseta de El Cuy, entre los parajes de Aguada Guzmán y Cerro Policía, donde hoy está la ermita. Mientras se hacía el fuego para el mate de rigor, el Marucho se animó a contradecir la prohibición del capataz y agarró la guitarra que estaba parada ahí junto a una rueda. Se puso a tocar, y aunque nunca en su vida había tocado ni este ni ningún otro instrumento, algo parecía guiarle los dedos. Le salían unos acordes armónicos, atrayentes. Los demás seguían haciendo sus tareas, preparándose para descansar un poco hasta que amainara el sol, agradecidos porque por una vez se les agregaba una música de fondo, y el Maruchito, ahí, tocaba la guitarra como si fuera lo único que había hecho desde el instante de su nacimiento. Con gracia, como si supiera. Lo cual, parece, generó un acceso de ira en el capataz de la tropa, que le clavó dos puñaladas en el estómago y lo mató. El Maruchito no murió de inmediato sino peor: parece que el chico se fue desangrando de a poco en la casa de una curandera donde lo dejaron al pasar. La leyenda del Maruchito la instaló, en principio, su propio verdugo, porque al poco tiempo de ese hecho el capataz enloqueció, abandonó a su familia y todo lo que tenía y se pasó el resto de sus días deambulando solo por el campo, asediado por el espanto. A partir de su actitud se infirió que el Maruchito vigilaba toda la extensión de las mesetas desde donde estuviera y que, desde allí, todos los días, podría castigar al que se lo mereciera y ayudar a las almas buenas que lo necesitaran. Así lo atestigua la infinidad de ofrendas que hay en su ermita: placas con frases de agradecimiento que cubren los temas más variados *flores de plástico y naturales* fotos de gente que se abraza en una fiesta, en un casamiento, en un nacimiento *guitarras en miniatura* patentes de autos o de camiones *una gorra yanqui con visera* un banderín de Racing *una imagen de la Virgen María con Jesús en brazos* tres rosarios *más muñecos* una milonga firmada por Horacio Vargas que dice:

> Tranqueando desde temprano, recibimos el nuevo día *Atrás quedaba imponente aquel Cerro Policía* En mi moro cabalgando sin descanso, despacito *Me preguntaba a mí mismo quién sería el Maruchito* Pues le hacen tantas promesas, porque realiza milagros *Hicimos un viaje largo, pa' visitarte santito* Maruchito, Maruchito, rey del valle y del sendero *Sueño truncado de un niño, que quiso ser guitarrero* Maruchito, Maruchito, rey del valle y del sendero /

Sueño que truncó la mano de un asesino carrero.

Hasta acá los testimonios de su espíritu providencial. Otros hechos testimonian que, intacto desde que lo aplicó a su capataz, también sigue actuando su espíritu de venganza. Solo que ahora ha mutado su forma a la ecuación exactamente contraria: en vez de obligar a vagar por los camino a quienes lo ofenden, les interrumpe la marcha, los obliga a detenerse. Ni bien llegué a la zona varias personas me aseguraron que si uno pasa por su ermita sin parar a saludarlo, está condenado a sufrir algún accidente en el camino. En El Cuy, en Aguada Guzmán y en todos los parajes de los alrededores no hay quien no lo asegure. Elías Chucair cuenta que un periodista y un fotógrafo de Buenos Aires llegaron a verlo a su casa de Jacobacci una tarde, atónitos con lo que acababa de pasarles. Tenían que cubrir una nota en otro lado, pero como lo conocían a Chucair de antes se habían desviado para ver si él les podía aclarar las cosas. Venían desde Buenos Aires con un auto que hasta allá había marchado perfecto, le contaron, pero en un lugar de la ruta que debía estar a unos ciento treinta, ciento cincuenta kilómetros de Jacobacci, el auto perdió una rueda delantera y se descontroló por completo. Estaban todavía viendo qué podía haberlo provocado, mirándose entre ellos a ver si era cierto que estaban vivos, cuando se les acercó un hombre a caballo. Escuchó todo lo que ellos tenían para contarle y después les preguntó si habían parado allá.

—¿Allá dónde?

—Allá, en lo del Maruchito.

Les señaló la ermita con el rebenque y entonces les explicó que eso les había pasado porque ahí, a unos doscientos metros nomás, estaba la ermita del Maruchito, y que todo el que pasa sin parar finalmente sufre alguna clase de accidente. Y les siguió contando todos los otros casos iguales a los de ellos que él conocía. Contaba y señalaba con el rebenque sin bajarse en ningún momento del caballo, como el Aballay de Di Benedetto. ¿Estaría este gaucho también emulando a los eremitas que no bajaban nunca a tierra para estar más cerca de Dios? ¿Estaría él también perseguido por una culpa? ¿Sería el fantasma del capataz?

Aunque su ermita indique que al Maruchito se le agradecen únicamente sus actos de bien, pienso que tal vez lo que los fieles reivindican en él más profundamente es esa capacidad de venganza subyacente, su posibilidad de ejercer el castigo. Después de todo, la mayoría de ellos desciende de un pueblo que fue diezmado y ha tenido que aprender a sobrevivir en una cultura en la que la venganza es vista, desde el discurso religioso pero también desde las infinitas variantes del laico, como algo negativo, punible. Aunque lo más seguro es que no sea ya la reivindicación de los orígenes lo que alimente en ellos ese deseo de venganza sino la ausencia de derechos básicos, que, como ciudadanos de este país, la mayoría de los fieles del muñeco guitarrero padece. Un foco de tensión al que tal vez los ojos fríos del Maruchito apunten secretamente mientras nos distrae a todos con estas parodias de venganza en medio de la ruta.

*

Fabián me cuenta que ahí, en El Cuy, hace unos años había un cura católico que se llamaba Marcelino, que era bastante amigo de él y que siempre se mofaba de su peregrinación al Maruchito. Un día Marcelino pasó frente a la ermita y a los pocos minutos su camioneta se paró. No había manera de volver a arrancarla. Después de más de una hora de dar vueltas y de tocar cables en un motor que le parecía el misterio más insondable, se subió otra vez a la camioneta, muerto de frío y, con el cebador puesto y el acelerador a fondo, hizo la promesa de organizar una peregrinación al supuesto santo si salía de esa. Como la camioneta arrancó, fue él mismo el que empezó a gestionar el acercamiento entre la Iglesia católica y los fieles del Maruchito que hoy se evidencia todos los octubres. En la peregrinación anual, cuando se hace el acto frente a la ermita, los curas católicos dicen que en el Maruchito hay que ver a los chicos de los parajes cercanos que viven “en condiciones de maltrato, sin atención médica, sin recibir amor de los padres”. En el video filmado por Fabián, que vemos en el televisor que logramos arrebatarles a las niñas, a todos esos chicos el cura los llama “nuestros maruchitos”.

En el mismo video, los curas hablan al lado de la carroza comandada por el muñeco que mira al desierto. Los evangelistas, que han sabido capitalizar sus movimientos y ganarles a los católicos muchos terrenos, no tienen sin embargo acá ninguna llegada. Para ellos el Maruchito es un muerto, me dijo el día antes la pastora de una de las tres congregaciones que funcionan en El Cuy, y ellos no tienen en su legado adorar a un muerto sino a un Dios que está vivo y los protege. Por algo parecido tampoco los fieles evangélicos de la zona quieren hurgar en sus antepasados, en sus raíces indígenas. Eso sería como volver al pasado, a los muertos, a un tiempo en el que a todos los de su pueblos los diezmaron, los aniquilaron. Aquellos dioses no los protegían demasiado a nuestros antepasados mapuches, parece, me dice la pastora, que debe tener menos de cuarenta y que de chica fue criada en el catolicismo. Ya su padre no quería saber nada con los cultos de antes, todo eso que ahora alguna gente —sobre todo gente de la ciudad, que no sufre ni ve lo que acá se sufre— quiere reivindicar como gran reencuentro con las raíces y vaya a saber qué cosa. Para ella y para los fieles de su iglesia, que son prácticamente todos descendientes de mapuches, hay un Dios clarito que esta vez no los va a abandonar.

El video sigue: las chicas se quedan calladas y miran, y yo pienso que estoy viendo por primera vez, en un televisor de El Cuy, algo que me interesa. Y tomando seven up. Fabián filmó este video en la peregrinación que hizo en 2002. No, peregrinación él no la llamaría: prefiere caminata. Para él es eso, una caminata. No en el sentido deportivo, sino en algún otro que no sabe cómo definir. Pero sí detallar: se trata de una cosa que él hace solo y por él mismo, una cosa que no le traerá rédito ni a él ni a su familia, algo que se le cruzó un día, así, como un raye. Mañana me voy caminando hasta el Maruchito, dijo, y salió. Y a partir de entonces todos los años hace lo mismo: cruza el descampado, camina más o menos unas quince horas, y llega hasta la ermita. Y todo eso porque sí. Eso es lo que le gusta. Y la soledad: esa sensación de estar perdido en medio del campo, de repensar las cosas, de planificarlas. No es que se lo proponga: le vienen solas a la cabeza y es como si se le fueran acomodando con cada paso que da, sin esfuerzo, sin sentir que dan vueltas y vueltas sin llegar a nada, como le pasa cuando se propone resolver un problema. Todo le pasa solito, fluido, sin hacer fuerza. Tiene conversaciones: se pelea con un peón del campo que últimamente no le trabaja bien, con sus hijos que no le hacen caso, con Milka, claro, se pelea y después se reconcilia. Todo ahí, en el camino. Qué cosa extraña, ni siquiera se acuerda cómo fue que se le dio el raye la primera vez. Y después se le convirtió en algo impostergable, llueva o truene. Solamente este último octubre no fue, por esta cuestión de Milka. Aunque ella le decía andá, andá, si ella iba a estar bien cuidada ahí en el hospital de Buenos Aires, con los médicos y las enfermeras. Fue el hijo de ellos en su reemplazo. Hizo exactamente el mismo camino, atravesando el campo derechito desde El Cuy hasta Bajada Colorada, donde está el Maruchito. Lo hizo por su padre y resulta que ahora le picó a él, a su hijo, el bicho.

¿Y Milka qué opina? Que cada uno crea en lo que pueda.

No es tanto una cuestión de creer en el Maruchito, me aclara Fabián, porque en realidad no le haría esa visita al Maruchito si la cuestión fuera ir en auto. No lo sentiría, le parecería falso. Es esa caminata lo que cuenta. Él, por ejemplo, ni reza ni rezó nunca. Ahora mismo tampoco reza, ni pide, pero lo que sí tiene que reconocer que le pasa es que en momentos duros, como con la enfermedad de Milka, se le aparecía el Maruchito. No en el aire, con aureola, como en las películas: se le aparecían imágenes concretas. Abría un cuaderno de cuentas, por ejemplo, y estaba el folleto que le habían entregado en la última reunión de octubre. O estaba buscando un talonario de facturas en un cajón y encontraba alguna imagen del Marucho. Es más bien como que el Maruchito viene a él cuando sabe que la cosa aprieta. Es un poco así que se da. Es como si el Maruchito también estuviera contento con esa caminata campo traviesa que él hace; tal vez lo de la primera vez no fue un raye sino una llamada, vaya uno a saber. A él ya en ese aspecto las cosas se le van de las manos, no sabría definir ni tampoco comulgar como hacen las personas que encuentra allá en octubre, que cada vez son más. Él va porque sí, la verdad.

> En el curso de mi vida me he encontrado sólo con una o dos personas que comprendiesen el arte de Caminar, es decir, de andar a pie: que tuvieran el don, por expresarlo así, del *sauntering*: término de hermosa etimología, que proviene de “persona ociosa que vagaba en la Edad Media por el campo y pedía limosna con el pretexto de encaminarse *à la Sainte Terre*”, a Tierra Santa. De tanto oírlo, los niños gritaban: ¡Va a *Saint Terre*!, de donde se deriva *saunterer*, peregrino… Hay, sin embargo, quienes suponen que la palabra procede de *sans terre*, sin tierra u hogar, lo que, en una interpretación positiva, querría decir que no tiene un hogar concreto, pero que se siente en casa en todas partes por igual. Porque ése es el secreto de un deambular logrado… Aunque la verdad es que hoy en día no somos, incluidos los caminantes, sino cruzados de corazón débil que acometen sin perseverancia empresas inacabables. Nuestras expediciones consisten sólo en dar una vuelta, y al atardecer volvemos otra vez al lugar familiar del que salimos, donde tenemos el corazón. La mitad del camino no es otra cosa que desandar lo andado. Tal vez tuviéramos que prolongar el más breve de los paseos, con imperecedero espíritu de aventura, para no volver nunca, dispuestos a que sólo regresasen a nuestros afligidos reinos, como reliquias, nuestros corazones embalsamados.
>
> (*Caminar*, H. D. Thoreau).

Siempre fue igual, desde chiquito, dice su madre desde el sillón.

En esa cinta en la que Fabián grabó el encuentro de todos los fieles en la ermita y los discursos de los curas, grabó también su propia caminata. Minutos y minutos de meseta en los que inesperadamente brota una columna de rocas o un primer plano de una culebra o de una uña de gato. A veces, más inesperado aun que las rocas, aparece él mismo. Ponía la cámara en algún lugar elevado, volvía unos pasos para atrás y se registraba a sí mismo, me explica. También hay escenas de interiores: un cuarto en una casa de adobe en la que Fabián se tira a dormir en el suelo, con su bolsa de dormir. Es un puesto que está a unas seis horas de caminata desde El Cuy, adonde él siempre calcula llegar para pasar la noche y seguir viaje al otro día, bien temprano a la mañana. Como esas casas del Camino a Santiago, que están abiertas durante todo el mes que dura la peregrinación, listas para darle de comer y de tomar al que llegue, solo que acá Fabián es el único peregrino. Caminante, me corrige. Él quiere hacer *fast forward* pero yo le digo que no, que quiero ver todo con detalle, aunque en realidad lo que más me interesa es quedar absorta ahí frente a la pantalla, enfrascada en este *Gran Hermano* que se proyecta para mí en exclusiva, mientras el tiempo pasa, las chicas también miran, Milka me ofrece más seven up, las madres callan, el tiempo pasa. Me atiborro de tele mientras afuera, muy de vez en cuando, una camioneta pasa rauda por la ruta que parte El Cuy en dos.

*

También acá en Río Negro vivió otro personaje que tenía un virtuosismo con la guitarra que nunca nadie terminó de explicarse del todo. Bernabé Lucero se llamaba, y vivía en un lugar por el que todos pasan pero en el que nadie se queda: el Bajo del Gualicho, en el extremo oriental de la provincia. Bernabé Lucero era ágrafo, dormía en una cueva y se alimentaba de lo que encontraba. Era huidizo y enigmático, pero aun así de él se sabían claramente tres cosas: le gustaba mucho estar solo, le gustaba mucho el vino tinto y tocaba la guitarra como los dioses. Cuando tocaba en los bares de los pueblos, dejaba a todos con la boca abierta. Su padre era mestizo y su madre tehuelche pura. Un hermano de Lucero por parte de padre que hoy tiene unos ochenta años cuenta que a veces iba a pasarse una temporadita en Valcheta, donde él vive, y que en esos casos dormía en una especie de galpón trasero, fuera de la casa. Se quedaba unos días ahí, y de pronto desaparecía sin que nadie pudiera averiguar adónde se había ido. A él le consta, dice el medio hermano: había noches en las que volvía tarde de la casa de unos vecinos de por allá, adonde solía ir a jugar a las cartas, y alumbraba con la linterna el galponcito para ver en qué andaba Bernabé y no lo encontraba ni aunque revolviera hasta la última bolsa de arpillera. Al día siguiente, cuando tomaban el mate, le preguntaba dónde había estado a la noche, y el otro le decía que durmiendo en el galpón, que dónde más iba a estar. Era raro, muy raro. Ni palabra decía. Y mucho menos cuando él le preguntaba cómo es que había aprendido a tocar la guitarra. Ni mu. Hasta que una noche lo agarró con unos vinos de más. Ahí sí le gustaba hablar. Y entonces le contó de su madre, la tehuelche, y de la vez que lo llevó a Conesa. Bernabé tendría unos doce años, creía, y en ese viaje escuchó por primera vez a un hombre que tocaba la guitarra. Fue en el hotelito donde se quedaban o en la casa de unos amigos de la familia, su medio hermano no se acuerda bien. Lo que sí se acuerda es que Bernabé le aseguró que desde entonces no pudo pensar en ninguna otra cosa. Los acordes de la guitarra le generaban una emoción y unas ganas de vivir que no había sentido antes. A partir de esa noche, le contó, se le empezó a aparecer en sueños el guitarrero ese. Hasta que una noche el guitarrero le dijo que si quería tocar como él lo que tenía que hacer era ir a la Cueva del Gualicho. Si tenés coraje vas a salir tocando la guitarra —le dijo—, si no te vas a enloquecer. Todo el que es de por allá sabe que no le estaba pidiendo nada sencillo, porque desde chicos ya habían oído hablar de ese lugar, de la cueva. Su propio padre le contaba que estaba ubicada al lado de un camino que hacía muchos años habían hecho los indios y que siempre que él pasaba por ahí dejaba algo —una moneda, un cigarrillo— para no perderse al volver y para evitar que le pasara algo malo en el trayecto. Porque había muchos que se habían perdido y habían empezado a dar vueltas sobre sí mismos hasta que se habían muerto de sed, de hambre, de cansancio o de bronca. Pero, según le contó Bernabé esa noche que estaba de lengua larga, él ni miedo ni duda había tenido. Había hecho lo que le dictaba el hombre de los sueños, se había metido en la cueva esa donde todos dicen que habita el Diablo. Y ahí, parece, había tenido que pasar por varias pruebas: primero un nido de víboras, y después unos toros que se enfrentaban entre sí hasta matarse y a los que hay que saber sortear por el medio justo en el momento en que se separan para tomar envión y trenzarse nuevamente, y así otra serie de cosas. Y como parece que pudo con todo eso fue que pudo también con la guitarra. Había veces en las que Bernabé venía desaliñado y decía que en el bosque se había estado peleando con el Demonio, que se le había aparecido en forma de toro. Otras veces, en cambio, se empezaba a preparar despacito para tocar algo ahí, tranquilo, algo íntimo se diría, y Bernabé le decía que esa noche su guitarra iba a tocar divinamente, como sola, porque venía su amigo a acompañarlo. O sea que con el Diablo a veces se llevaba mal pero otras resulta que era su amigo. Un poco como nos pasa con todo el mundo.

> … tenía una particularidad Lucero, no le gustaba que le pidiesen la música… él tocaba lo que a él le venía, o sea si le decían “Don Bernabé, por qué no se toca una milonga”… ah, ni escuchaba, él salía con una ranchera… no le gustaba nada que lo molestaran… estaba profundamente… como poseído por la guitarra… eso es lo que yo siempre noté.

(Testimonio de Floriano López en *El Bajo del Gualicho*, compilado por Freddy Masera).

Esa noche me voy de El Cuy. Tomo uno de esos colectivos que en toda esta región me han obligado a levantarme en medio de la noche o a llegar a un pueblo desierto a las cuatro de la mañana, porque son los únicos que con suerte pasan. En el asiento pegado al mío hay una mujer de aspecto hombruno que me dice que es misionera y que me pregunta algo. Le contesto con un monosílabo y me enfrasco en la oscuridad que aparece detrás del vidrio cuando corro una cortina endurecida por la tierra que entra por las hendijas. Exactamente a las cuatro menos diez de la mañana el colectivo para. Se para, en realidad. El conductor revisa todo y relata los inconvenientes técnicos con los que se va encontrando como si se tratara de un partido de fútbol: con minucia y urgencia. Espera, creo, que alguien reaccione. Que alguien le diga algo, que haga algún aporte técnico o le diga alguna palabra de aliento o incluso de desaliento. Qué frío hace aunque sea noviembre. Tal vez sea la correa. Habría que revisar el radiador. Pero nadie dice nada. El chofer sube y baja murmurando algo acerca de una manguera que no tiene o que sí tiene pero mide menos o más de lo que debería. Deja la puerta abierta y entra más frío. Cierro los ojos a ver si así toda esa molestia que me rodea desaparece. Recurro a la estrategia del avestruz: tengo la coartada de lo autóctono. ¿O debería decir la estrategia del ñandú para eso? En el asiento de adelante, escucho cuchichear a una pareja que subió en un paraje, unos pocos kilómetros antes de este intervalo no programado: un hombre esmirriado con un sombrero que sostiene un equilibrio difuso sobre una mata de pelo terso, y una mujer robusta, mucho más joven, con las mejillas curtidas. Se los veía exultantes cuando subieron al colectivo, como entusiasmados por la idea de salir de ahí alguna vez, y muy cariñosos: él la besaba continuamente con una especie de candor infantil, como si fuera un chico agradecido que, con los años, vuelve a encontrarse con su madre y descubre que ella está tal como cuando era joven, intacta a pesar del tiempo. Entonces se me cruza por la cabeza un hecho: después de haber pasado días en El Cuy caminando de acá para allá, esta es la primera vez en días en que me subo a algo con ruedas. Salgo de mi impasibilidad forzada y le pregunto algo acerca del Maruchito a la pareja de adelante. Él está por contestar pero ella me dice que no me meta en lo que no me importa. Está enojada en serio. La misionera me aclara que, aunque ella es católica, ha oído hablar de eso que yo pregunto.

¡Pero qué le tiene que importar!, se escucha desde el asiento de adelante.

Que no se habla así a la gente que uno no conoce. Él no le contesta nada, o al menos yo no lo escucho. Lo que pasa, dice la misionera, es que la gente del lugar sostiene que no solamente hay que parar frente al Maruchito: hay que parar y también dejarle algo. Algo como una flor, una vela, un pañuelo, lo que sea, pero algo. Ah, también había que dejarle algo. Me hundo en el asiento, cierro otra vez los ojos y se me aparecen los ojos del muñeco, allá en la carreta. Esos ojos vidriosos, fijos en el desierto. No puedo pensar en el Maruchito con forma de peón sufrido: lo veo exactamente igual a ese muñeco que ahora, en la oscuridad, debe tener una semisonrisa en los labios pensando en lo que me está pasando por no haberle dejado algo. Una especie de Chucky, el muñeco maldito. Durito, sentado en su carruaje, aparentemente inanimado pero en realidad alerta, esperando el momento en el que algún humano pague por toda la escoria de la especie a la que pertenece. O también lo veo, en esta larga noche varada en la ruta, como un santo con carácter, que no está dispuesto a poner la otra mejilla. Nada de Nuevo Testamento y nuevas conciliaciones y nuevas prácticas políticamente correctas: volvamos al ojo por ojo, del que nunca deberíamos habernos apartado.

Siete

Evita, Gardel, Kirchner, Ginóbili, Pérez Esquivel, Favaloro, Fangio, Borges, Maradona, Coria, Sabato: en este póster todos ellos rodean, en fotitos, la imagen central de Sarmiento y su frase: “Hombre, Pueblo, Nación, Estado, todo: todo está en los humildes bancos de esta escuela”. El póster, que evidentemente fue pensado para ser impreso en colores estridentes aunque el presupuesto solo alcanzó para esta cosa amarillenta y desvaída, está pegado en la puerta de la escuela donde me alojo. En El Caín, el único pueblo de la mítica meseta de Somuncurá, no existe ningún tipo de hospedaje, pero en la escuela me dejan usar una de las camas cuchetas donde duermen las chicas pupilas y también, cuando todos se van, el baño de la dirección para darme una ducha. Mientras me baño, desde la ventana se filtran las voces de los chicos y las chicas que a esa hora juegan al fútbol en el descampado de atrás. Estar en una escuela cuando todos se han ido tiene algo de voyerismo, como si los ámbitos públicos solo pudieran recorrerse con público alrededor. En los pizarrones hay restos de lo que se enseñó en el día y en el suelo, de lo que se comió, y nada de eso me incluye en absoluto: me siento un poco como el detective que recorre la escena del crimen, aunque en este caso no se puede esperar de mí ninguna resolución.

Una de esas tardes, en mi horario de ducha, me di cuenta de que no había ningún ruido alrededor. Los chicos habrían cambiado de programa, pensé en principio, pero rápidamente me acordé de que las escuelas han dejado de ser lo que eran. ¿Y si todos estaban muertos y en alguna de esas aulas me esperaba un Junior agazapado? ¿Alguna de estas criaturitas a las que ahora se les ha dado por ir a la escuela con el revólver que ahora a los padres se les ha dado por guardar en la mesa de luz, junto con los anteojos y las aspirinas? Todas esas aulas ahí vacías y yo en la ducha: el lugar donde siempre, en las películas, les pasa algo a las mujeres. Salí con la cabeza enjabonada, y cerré la puerta de la dirección con llave. El silencio seguía y la escuela me pareció súbitamente enorme. Me quedé ahí, esperando escuchar algún ruido, pero nada. Para entretenerme tenía una computadora vieja y una vitrina de madera con puertas de vidrio y cortinas de tela. La abrí y encontré un cuaderno forrado en papel araña azul en el cual un Raúl Dolores García, que parece haber sido director de esta escuela durante más de veinte años, fue tomando unas notas. “El Caín: su fecha oficial de creación es el 11 de marzo de 1915. Situado en el Valle o Bajo de las Mesetas escalonadas, terreno rocoso, clima seco, temperaturas máximas entre 35º y mínimas de -14º. Suele nevar durante el invierno: una de las más terribles fue en el 48, cuando la nieve llegó a dos metros de altura”. Después me enteré de que esas anotaciones son el único registro de la historia de este pueblo.

*

—¡En casa, por supuesto!

Me gritan las chicas desde sus camas a la noche, cuando les pregunto, yo desde mi cama, si prefieren estar acá, en el pueblo, o en sus casas. Ni aunque acá haya electricidad y calefacción cambian de idea. Ni aunque les varíen las comidas en vez de darles tanta carne. Ni aunque algunos padres vengan a visitarlas hasta una vez por semana o cada quince días. Ni aunque después puedan irse a Maquinchao y seguir el secundario y el día de mañana ser maestras o vaya a saber qué. Ni locas. No cambian sus casas por nada. Por qué les resulta tan obvio no saben, ni viene al caso. Son diez y tienen entre seis y doce años. A la noche me esperan despiertas, no importa la hora en que yo llegue. Se asoman desde sus cuchetas y charlamos —yo, bajo el escrutinio de esos pares de ojos que se reproducen hasta el infinito— hasta que nos dejan: en cualquier momento viene un maestro que parece un malvado de los hermanos Grimm, que apaga la luz y exige silencio. El maestro hace las rondas nocturnas para cerciorarse de que todo esté en orden. Su presencia, como la de toda forma de vigilancia, provoca más alarma que seguridad.

De día circulo por los alrededores del pueblo, sin parar. La única cosa que podría retenerme en El Caín es la posibilidad de leer, pero no encuentro dónde: la cucheta que me tocó es de las de abajo, esas que lo hacen sentir a uno como el jamón del sándwich, con lo cual la evito hasta que no me queda otro remedio, y a la noche están los diálogos con las chicas. Tampoco hay ningún lugar público en el que me pueda instalar con mis libros; o mejor dicho hay un bar, sí, pero no tiene nada parecido a un rincón donde alguien pueda sentarse a leer.

Circulación I: salgo del pueblo por el camino en el que, bastantes kilómetros más allá, está Maquinchao. Salgo de caminata, digo, aunque en realidad huyo despavorida de una sobremesa larga y ruidosa. Lo último que alcancé a escuchar, cuando salía, fue una combinación de la que participaban: el zumbido de dos *spin blades* lanzados a una palangana roja de plástico para competir como gallos de riña de la era tecnológica + la tele de fondo + una zamba acerca de El Caín interpretada en vivo: "En el Cerrito de la Cruz *En una tarde serena* Pensando yo me quedé *Sobre un peñasco de piedra* Al costado del camino *A los pies de la montaña* Encontrarás la laguna *Testigo fiel de batallas* Mirá a los lejos verás *Pujante bella esperanza* Al pueblito que está en pie / Luchando por un mañana". Cuánto más tranquila es la vida en una gran ciudad, concluyo. Voy caminando y, sin querer, empiezo una tarea de confirmación de la zamba que todavía me late en la cabeza: el Cerrito está, los peñascos están, el pueblito está, y también la laguna. Lo único ausente es el tinte épico de la zamba, que cuando habla de batallas se refiere a la muerte de dos habitantes del pueblo, Abraham y Mustafá, en manos de dos bandoleros que circularon por la zona entre los años veinte y treinta, Patiño y Troncoso. Los dos primeros, dicen, estaban una tarde en el bar y, llevados por la ginebra y los desafíos de los otros parroquianos, decidieron lanzarse a la captura de Patiño y Troncoso. Los encontraron pronto pero se asustaron pronto también: en su huida, Mustafá y Abraham no encontraron los peñascos a tiempo y decidieron entonces zambullirse en la laguna. En cuanto alzaron la cabeza para tomar un poco de aire, los otros los mataron sin gastar más que una bala para cada uno. Cuando alguien del pueblo me cuenta, después, que en aquel entonces Troncoso le comentó a su abuelo que él y Patiño "habían matado a dos patos en la laguna" no puedo dejar de imaginarme la escena con la música y la lógica de los dibujitos animados que yo miraba de chica, en los que las torpezas se castigaban con una crueldad que por alguna razón me parecía, a la vez, justa e hilarante.

Circulación II: salgo del pueblo con Atilio Namuncurá, que es pariente de Ceferino y que es capaz de ver, aun yendo a más de ciento cuarenta, matices de toda índole ahí donde yo solo veo la masa compacta de la Meseta de Somuncurá. Atilio nació en Chubut pero se considera rionegrino, recalca. Vive y trabaja en Viedma, aunque pasa bastante tiempo en el camino, recorriendo para ver en qué estado están las cosas en los parajes y en los lugares más perdidos de la provincia. Las horas de oficina, evidentemente, son el precio que paga por estas recorridas. Oficialmente integra la Dirección de Comisiones de Fomento pero secretamente, compruebo, su oficio es el de lenguaraz: conoce a cada una de las personas que vive en esta meseta donde cualquiera, a simple vista, diría que no vive nadie, y es capaz de entablar con ellos los diálogos que a otros nos están vedados. Sabe qué temas sacar y cuáles evitar, puede regular cuál es el momento exacto para el chiste o para quedarse callado un rato, sabe cómo enterarse de qué van sus vidas sin hacer ni una sola pregunta. Muchas veces fracasa, sin embargo, me cuenta. El año anterior, cuando vino con un profesor de la Universidad de Bolonia, el hombre que vive en la casa donde vamos a parar primero en nuestro recorrido de hoy no dijo ni una palabra, se quedó absolutamente mudo durante la hora o más que estuvieron ahí. Y eso que se trata de gente que pasa meses sin hablar con nadie, gente que podría estar desesperada por intercambiar algunas palabras con cualquiera. Nada, mudo absoluto. Ni siquiera abrió la boca para agradecerle las bolsas de harina, aceite y demás que el gobierno reparte una vez al año entre los pequeños productores. Lo del profesor era un detalle al cual él ni siquiera hizo referencia, porque qué interés puede causarle a cualquiera que vive acá el nombre de una universidad o de un diario o de lo que fuera. Nada, no hubo caso. Aquel día el hombre —Lorenzo se llama— se sentó en un tronco cortado que tiene ahí afuera, en la puerta del rancho —yo ya lo voy a ver cuando lleguemos— y los miraba como si fueran un par de títeres que alguien le había puesto enfrente para entretenerlo un rato, un espectáculo al que él no tenía nada que agregar. Otras veces directamente ni aparece. Un año Atilio se preocupó mucho porque le golpeaba las puertas del rancho, de la tapera esa donde vive, y Lorenzo no contestaba. Las ventanas también, y tampoco, nada. Apoyó la cabeza en una ventanita que tiene en la parte de atrás del rancho y no vio a nadie adentro. Hacía frío: ese año se habían retrasado un poco en la distribución de los módulos de alimentos y el invierno ya estaba más cerca. Empezó a buscarlo por los alrededores: Lorenzo vive solo y si algún día se queda duro por ahí vaya a saber quién y cuándo lo encuentra. Tampoco estaban sus seis cabras, que es lo único que tiene. Capaz, pensó Atilio ese día, se murió por ahí y las cabras se desperdigaron sin rumbo, perdieron toda costumbre de volver al pago. Lo buscó por todos lados: primero a pie, después en su camioneta, y nada. Se estaba haciendo de noche, con lo cual decidió bajarle igual las bolsas de harina y todas las otras y dejárselas al lado de la puerta, por si se daba que en algún momento apareciera. Arrancó de lo más apesadumbrado, pensando que tendría que haberle insistido más la última vez que había ido a verlo —estaba tan flaco, pura piel y huesos— en que fuera a visitar al médico de Viedma, pero era como insistirle a uno en que vaya a ver a un buen dentista en Alaska. Cuando había hecho unos tres kilómetros lo vio ahí, sentado sobre una roca, rodeado de sus seis cabras, tirando piedritas a otras rocas que estaban más abajo, en dirección a la casa. Era obvio que desde ahí se veía lo que pasaba en su rancho, que lo había visto a él dando vueltas inútiles de un lado para el otro, golpeando puertas y ventanas. Cuando Atilio se estaba acercando Lorenzo le levantó una mano y le hizo una semisonrisa, como diciéndole que no era necesario que frenara.

Circulación III: salgo del pueblo caminando hacia el norte, para el lado donde dicen que hay una roca gigante que parece una mujer acostada boca arriba, vista de perfil. No hay ningún camino trazado, con lo cual avanzo un poco a tientas. Hay un sol pleno y la meseta, interrumpida cada tanto por formaciones rocosas que parecen el humo producido por alguna combustión densa, se parece al desierto de Wadi

Rum, que cautivó a T. E. Lawrence. Al rato me cruzo con dos hombres que van a caballo. Nadie saluda a nadie. El silencio es espeluznante. Hay algo liberador y a la vez aterrador en esto de caminar sin rumbo. Paso al lado de una tapera abandonada, de la que solamente quedan en pie dos paredes de barro que forman una especie de ángulo recto de finales imprecisos. Me tiro a descansar —también boca arriba como la mujer tallada que por ahí debe andar— sobre una roca aplastada que tiene al menos tres veces mi tamaño. Entonces es cuando aparecen por primera vez los teros. Los simples y omnipresentes teros, a los que parece que no hay formación geográfica que se les resista. Rondan, sobrevuelan. Al rato sigo caminando y me parece que bastante más allá hay una laguna. Decido convertirla en un rumbo, en una dirección definida hacia la cual avanzar, aunque camino y la laguna me resulta cada vez más remota. ¿Cuándo, en qué momento del caminar, llegará ese punto al que describen como algo deseable, como la entrada en otro tipo de estado? ¿Después del primer día, de la primera semana? ¿Cuál será ese mecanismo por el cual el pulso de la caminata se entrelaza con el de la escritura? ¿Cómo fue que les pasó a Monod, a Sebald, a Thoreau, a Lawrence, a Patrick Leigh Fermor? Empiezan a aparecer surcos en el terreno; supongo que son las huellas que deja el agua de los deshielos cuando va hacia la laguna. Ahora están secos y entonces los convierto en mis senderos. Algunos, que deben ser los que llevan más caudal de agua, han socavado tanto el terreno que logran generarme, a medida que avanzo, la sensación de que me voy hundiendo entre dos paredes de tierra seca cada vez más altas. Cambio de sendero. Se me acerca una tropilla de caballos que no parecen tener dueño. Vuelven los teros, esta vez en actitud francamente expulsiva. Miro alrededor a ver si encuentro alguna rama que me sirva de defensa en esos momentos en los que los teros apuntan un vuelo rasante hacia mi cabeza. Ellos gritan, yo grito. La laguna sigue remota. Me cruzo con muchas chupasangres, esas cactáceas que aparecen como comestibles en las calificaciones de los científicos y en la memoria de las comunidades indígenas, pero nunca la idiosincrasia contemporánea. Cuando cae el sol creo haber llegado, pero una mezcla de pastos acuosos me disuade de pisar el borde de la laguna propiamente dicha. Vuelvo muy tarde a mi cama cucheta, pero igual las chicas me están esperando. ¡Máistra, máistra!, me dicen siempre, porque para ellas los que escriben libros están todos muertos. Quieren que les cuente. Invento casi todo, salvo cuando me preguntan si en algún momento de la caminata tuve miedo: les digo que sí, que sí, que tuve un terror infinito a los teros. Y todas, al unísono, se ríen. Se ríen tanto y tan desaforadamente que cada tanto tienen que tomar aire para seguir riéndose y que yo esa noche me duermo entre carcajadas antes de que puedan hacerme la próxima pregunta.

Circulación IV: salgo del pueblo otra vez con Atilio Namuncurá. Tomamos un camino de tierra, cruzamos una tranquera y estacionamos la camioneta a no más de dos metros del lugar donde hay un hombre trabajando. A la izquierda está la casa y hacia la derecha, al final de un barranco —si es que en una meseta se puede hablar de barrancos—, hay una gran laguna límpida. Es un puesto definitivamente privilegiado, con árboles que indican que ya hace mucho que alguien se ocupa de él. Nos quedamos adentro de la camioneta: Atilio quiere demostrar que se va a cumplir su pronóstico de que el hombre no nos va a prestar la más mínima atención. Que podríamos pasar la tarde entera ahí y él seguiría armando sus ladrillos de barro sin siquiera levantar los ojos para mirarnos. Los ladrillos esos que está haciendo son los que se usan más habitualmente en esta zona, y consisten en una mezcla de tierra de la meseta + arcilla roja + agua + bosta de caballo, que cumple la función del aserrín. Una vez que los ingredientes están listos, los extienden sobre una superficie plana, traen un caballo y lo ponen a caminar en círculos arriba de esos materiales hasta que se forma la mezcla. El hombre, en este momento, carga esa mezcla en un balde y lo vuelca sobre otra superficie donde, me dice Atilio, dibujará los ladrillos y los dejará secar. Después de descargar cada balde, el hombre alisa las capas de mezcla con la paciencia y la dedicación de un repostero. En efecto, en ningún momento desvía la vista hacia nosotros. Pero no parece una de esas indiferencias fingidas que al final terminan costándonos más caras que cualquier saludo; se lo ve definitivamente enfrascado en su mundo. Supongo que, por el tiempo que pasa sin nadie alrededor, esta gente comprueba lo innecesarias que son tantas de las conversaciones que entablamos. Un rato —una hora, dos horas— más tarde nos rendimos y lo vamos a interrumpir. Incluso logramos una invitación a entrar a la casa. Atilio le pone unas maderas a la cocina a leña para reavivar el fuego. El hombre dice que se llama Gregorio y que está como tantero. Traducción de Atilio: que no es un empleado fijo en este puesto sino que trabaja a porcentaje, al tanto por ciento. En cada una de las pausas, donde cualquiera hubiera supuesto que se hace un silencio, Gregorio silba. Quedamos los tres ahí, al lado de la cocina, y él, con las piernas estiradas hacia delante y las manos en los bolsillos, silba mirando el techo. Atilio dice que acá, en este paraje, solía estar un hombre que se llamaba Humberto. Gregorio dice que no hace mucho que él está acá, que antes trabajaba allá por la zona de Río Chico, al norte de Chubut. (Silbidos). Que a él no le gustó nunca eso de andar quedándose en los lugares, aquerenciándose; él va, hace lo suyo, y después sigue otro camino. (Silbidos). Que desde que está en este campo, al pueblo no va nunca, apenas cuando necesita el vicio. Traducción: no se refiere solo a cigarrillos y alcohol sino también a yerba, azúcar, las cosas para consumir que no se encuentran en el campo. (Silbidos). Ya la mezcla la tiene hecha, ahora está armando los bloques. Traducción: los ladrillos. (Silbidos). El problema con los bloques es que uno los está armando, preocupado porque queden bien derechitos, todos bien igualitos, y de pronto se larga una lluvia y hay que empezar todo de cero. Traducción: no llueve nunca acá, pero por el campo, por las ovejas, por el pasto que nunca crece, la lluvia es el deseo de todos y por eso están siempre pensando en la lluvia, aunque a veces se olviden, como en este caso, de que el deseo puede tener la forma de la desgracia.

Circulación V: salgo del pueblo caminando hacia el sur, hacia donde me dijeron que está la casa de Antonina. Hay que recorrer unos cinco kilómetros de camino bien trazado y allá, donde el terreno se eleva un poco, está su casa. Me lo dijo ella el día anterior, cuando la encontré en el pueblo. Se paró en medio de la calle y me gritó que qué andaba haciendo yo por ahí. Llevaba unas bolsas en la mano: va al pueblo a truequear la carne de sus ovejas por lo que le haga falta del mercado.

O por lo que sea. Al primer postor le truequea, al primero nomás. Tenía unas bombachas de campo que eran al menos el triple de su talle y un gorro forrado con lana de oveja de esos con aletas que tapan el frío de las orejas, como el que usan los expedicionarios en la Antártida. ¿Qué gorro usará en invierno si este es su gorro en noviembre? El mismo, querida, el mismo. Un gorro es un gorro. Ahora que llego a su casa no lo tiene puesto, lo cual me genera la misma ráfaga de extrañeza que me provocan las personas que eternamente usan anteojos en el instante en que se los sacan para limpiarles los cristales. Pasá, querida, pasá. La casa de Antonina es de adobe y tiene los pisos de tierra. Arriba de la mesa cubierta con mantel de hule descolorido está ubicado lo que es su gran tema del día: un pavito que acaba de nacer y que los perros quieren comerse. El pavito está encerrado en una caja de cartón a la que Antonina le cortó una abertura en el techo para que le entre aire. El problema es que por esa misma abertura puede escaparse, me dice, y es para impedir que termine en las fauces de esos hambrientos que le ha puesto ese repasador encima. En el rato en que yo estuve en esa cocina, de todas formas, el pavito debe haberse escapado aproximadamente veinte veces de su jaula de cartón, el repasador flameando encima de su cabeza como la capa de un justiciero. Son cosas de la vida, querida, cosas de la vida. Hay que saber guarecerse, defenderse. Si habrá sacado corriendo, cuchillo en mano, a esos desgraciados que le querían quitar la casa. Exactamente con este cuchillo que me muestra. Antonina vive dentro de lo que es la reserva fiscal del pueblo, donde se puede tener un número restringido de animales y donde no es necesario pagar la renta que es obligatoria fuera de esos límites. Que ella era muy bruta le dijeron y que la iban a llevar a hablar con el juez para arreglar todo ese asunto. Ja, a ella no la lleva nadie a ningún lado. Solita fue. Se presentó ante el juez y le dejó la cabeza como un zapallo de todo lo que le dijo y le contó. Nada se guardó. Hasta lo del cuchillo asumió. ¿De qué otra forma se va a defender una mujer sola a la que le quieren sacar lo único que tiene y que tanto le costó conseguir? ¿Eh? ¿Señor juez? El sistema que Antonina ideó para mantener el agua del mate siempre caliente implica una serie de pasos y de recipientes distintos, como si fuera el de un alquimista, lo cual no le permite sentarse ni por un segundo durante la conversación. Pero eso no le impide desconcentrarse de lo que está diciendo, a ella sí le gusta hablar. El único que nos interrumpe es el pavito, pero como yo fui designada responsable de volverlo a su caja cada vez que sale, eso es problema mío y tampoco la distrae. Y sí, a los hombres también los ha sacado más o menos igual que a esos usurpadores. Todos unos inútiles. ¿Para qué quiere ella un hombre? ¿Para que alguien la mire con cara de zángano porque no cocinó? ¿Para que se la lleve a la cama de vez en cuando y resulta que justo está borracho? ¿Para que la ayude con las ovejas? No, querida, no. Lo de la cama lo resuelve eligiendo ella el momento y el sujeto, nada de borrachos ni de ronquidos conocidos. Y de las ovejas, mejor ni hablar. Pocos podrían hacer el trabajo como ella lo hace. Esta temporada no andan las cosas del todo bien: el carnero se le escapó y los perros le mataron a varias. Perros muertos de hambre. Pero como se ve no son cosas que ningún hombre pueda arreglar. Qué va. Ella las ve ahí en el pueblo a las mujeres que tienen maridos, todas con los hombritos para abajo, hablando en voz baja mientras los otros hacen lo que quieren. No, querida, no. Ella no sabe cómo serán los hombres en la ciudad pero ahí se creen que una está para servirlos. Ja. Ella al único hombre que ha servido es a su hijo, que es una maravillla de persona y que ahora trabaja de policía en Maquinchao. Siempre que puede la viene a visitar, es un buen hijo. Antonina me pregunta si no puedo acunar un poco a ese pavito, a ver si así se deja de saltar. Lo agarro con las dos manos cerradas en forma de cuenco y le siento el corazón que late en ese cuerpo frágil, de huesitos a medio formar. El pavito sigue chillando y pienso qué fácil sería simplemente cerrar los puños y hacerlo callar.

Circulación VI: salgo del pueblo en la ambulancia que esta vez, por milagro, puede salir del pueblo. Otras veces no hay gasoil, o se le rompió algo y no hay repuesto, o los caminos están nevados y entonces las rondas no se hacen. Así enumera la agente sanitaria de El Caín, que es nueva y que no solo tiene que lidiar con estas complicaciones sino también con la imagen de su antecesora en el puesto, una tal Rosa que parece que era capaz de subirse a una bicicleta desvencijada o a un guanaco con tal de llegar hasta donde hubiera que llegar. En este viaje viene un médico, lo cual, me entero, es otra especie de milagro porque en El Caín no hay médico sino enfermero y porque todos los médicos que trabajan en Maquinchao no se quieren mover de ahí. Este médico es bastante nuevo en Maquinchao y está interesadísimo en saber qué pasa en los parajes y en los puestos desperdigados por la meseta. Se notan en él la timidez y el gusto por los lugares recónditos, dos rasgos que suelen venir juntos, como un combo que uno no pidió pero que igual le tocó en suerte. En la ambulancia, mientras ellos repasan la lista de gente a la que van a visitar, termino de clarificar que los parajes son lugares que podrían considerarse la antesala del pueblo, en los que incluso puede haber una escuela y hasta una centena de habitantes, y que los puestos son casas aisladas en las que vive una familia o una persona sola. A veces esos puestos están próximos, como pasa acá en la zona de Vaca Leufquen, donde hay unos siete ubicados alrededor de la laguna homónima. En este primero viven Martín Roque y su familia. En realidad parte de su familia, porque dos de sus hijos están haciendo el colegio en Maquinchao y su mujer está allá para acompañarlos. Muy de vez en cuando vienen. Acá quedaron Martín con su madre y sus otros tres hijos. Uno de estos tres fue al colegio, pero cuando terminó la primaria se volvió para el campo. El otro, que acarrea una cabrita guacha en brazos, es medio trastornado, dice el padre. Algo tiene. Nos reciben en la cocina. Son de lo más hospitalarios y contestan sin remilgos las preguntas que les hace la agente sanitaria. Si se han aplicado las vacunas, si hay alguna mujer en edad reproductiva en la casa, si usan anticonceptivos, si están seguros de que los perros no tienen hidatidosis, si no han visto vinchucas en la casa. Después la agente cumple con su función de dejarles vitaminas, un par de remedios básicos, leche y una serie de instrucciones. Nadie anota las instrucciones en ningún lado, con lo cual supongo que se las olvidarán como me las olvidé yo en cuanto pasamos al siguiente tema. Las vitaminas y los remedios, supongo también, quedarán inútiles en algún rincón. Llegan a la cocina unos ruidos que parecen gorjeos. Son de la discapacitada, dice Martín, que está en el cuarto del fondo. La abuela va a verla y nosotros nos sumamos. La chica tiene dieciocho años y no puede caminar ni estar erguida ni hablar. Pasa la vida tirada en este cuarto de paredes de adobe en el que hay un póster de Evita de la década del cincuenta. La agente trata de convencerlos de que la saquen al aire libre en estos días lindos, que la dejen participar de las actividades cotidianas de todos ellos. La abuela le agarra la mano, la chica deja de gorjear y la mira como si para ella en ese contacto se resumiera la totalidad del mundo. Es evidente que morirán al unísono. Por la ventana se ve una huerta de verduras varias, todas alineadas y rodeadas por un cerco muy cuidado. Es la abuela la que la lleva, dice uno de los chicos. La abuela tiene ochenta y cinco años, es de una flacura que contrasta visiblemente con la energía que irradia, y lleva puestos un par de aros de piedras verdes que parecen ser para ella una cuestión cotidiana, porque nuestra visita no era anunciada.

Circulación VII: salgo del pueblo con Melivilo, el comisionado de Fomento de El Caín. Vamos a Barril Niyeu, el paraje donde él nació y donde esta vez se hace la reunión mensual de parajes que siempre le toca presidir. Llegamos a la escuela, que es la sede de la reunión y el eje alrededor del cual gira toda la vida comunitaria. Los puntos a tratar, dice Melivilo frente a un grupo de quince hombres y mujeres que han venido de los alrededores, son: 1) salud 2) comedor escolar 3) viaje de los chicos a Las Grutas 4) informes varios 5) cambios de días y horarios para las reuniones mensuales de parajes. Entre los quince concurrentes hay solo uno que opina, discute y propone. Los demás están tirados en las sillas con expresión ausente, como si todo eso no tuviera absolutamente nada que ver con sus intereses. Yo también me tiro en el pupitre que me han dado. En el banco al lado del mío alcanzo a leer, en el acta que va redactando el marido de la directora: necesidad de asfaltar la ruta 23 para evitar que se acreciente el aislamiento de estos parajes… la línea sur de Río Negro se ha convertido, según el último documento elaborado por el Ente para el Desarrollo de la Región Sur, en una región expulsora de población… revisar condiciones de los pequeños productores frente a la AFIP… novedades en cuanto a las retenciones a las exportaciones… rondas que hacen los agentes sanitarios por los parajes han declinado en los últimos meses… problemas con la ambulancia, que está vieja y no tiene repuestos… necesidad de recurrir directamente a Salud Pública para exponer falencias… el problema de la distancia con respecto a las autoridades que podrían escuchar estos reclamos… permiso para que los chicos viajen en diciembre a las Grutas… se designa a los policías de El Caín como encargados de llevarlos desde Barril Niyeu hasta Maquinchao para que tomen el micro. Estuve especialmente atenta a ese punto, al del viaje de los chicos, porque estaba convencida de que ahí escucharía hablar a las mujeres. La directora, un policía y Melivilo trataban de fijar el día y la hora de salida, hablaban de lo que los chicos iban a hacer, de lo importante que era que vieran el mar, que tomaran un tren por primera vez en su vida; pero ellas no agregaron ni una sola palabra. En estos lugares no son raros los chicos que sufren abuso laboral y sexual, me susurra una psicopedagoga que justo está haciendo una recorrida por acá, y me asegura que ella conoce más de un caso en el que un hombre ha cambiado una hija por un grupo de chivos. Y yo que pensaba que eso pasaba únicamente en el desierto de Medio Oriente, al que esta meseta me hace acordar. En esta reunión está Rosa, la asistente sanitaria de la que me hablaron hace un par de días, que se para enfervorizada en su silla y dice que no puede ser que siga pasando lo del otro día, que les llegó un chico de un paraje de por ahí con convulsiones y que entonces tuvieron que ir hasta El Caín para llamar por radio a Maquinchao y ver cómo hacían para llevarlo al hospital, porque todos saben que es el único hospital que hay, y que respondían todas —todas, dice, mientras hace una pausa para recorrer con la mirada a los que están sentados a su alrededor, girando la cabeza en redondo como si fuera el lente de un submarino que asoma a la superficie— absolutamente todas las radios respondían menos la de Maquinchao, y que entonces Defensa Civil de Choele Choel tuvo que llamar a la Policía de Los Menucos para que ellos se acercaran en una camioneta hasta Maquinchao, y así sucesivamente. Y que, bueno, no le consta, pero no le extrañaría que hubiera sido un caso más en que los de Maquinchao habían apagado el aparato de radiollamada porque el zumbido les molestaba para mirar el partido. Salgo a tomar un poco de aire. Deambulando por los alrededores, no me cuesta mucho dar con lo que todos por acá llaman “el cementerio indígena”. Se trata de una serie de tumbas rodeadas de una muralla de barro baja, que me llega hasta la cintura. Todo el pasto está crecido, como si no hubiera descendiente ni ente público que se encargara más del tema. Algunas de las tumbas —las de quienes murieron en la década del veinte y del treinta— tienen una cruz de hierro forjado en un diseño austero, sutil. Me pregunto qué habrá sido de la vida de la persona que las hizo, cómo fue que tuvo ese sentido estético y si habrá tenido la precaución de asegurarse de que su tumba tuviera también una de estas cruces, aunque su muerte haya ocurrido décadas después. Como suele ocurrir siempre con los cementerios abandonados o de bajo presupuesto, el suelo es irregular, está lleno de esos montículos que dan la impresión de que alguien se está removiendo en esas tumbas. Por eso, supongo, la gente paga esas fortunas en los cementerios privados: para que esos suelos alisados a la perfección les generen la fantasía de que sus muertos descansan en paz. Una liebre brota desde los pastos crecidos pero no me sobresalta.

El almacén, la enfermería, el juzgado, la comisaría, la cabina telefónica, la oficina del comisionado y el bar son los lugares a los que se puede ir dentro de El Caín. Voy al bar. Son cerca de las ocho, la hora en que las mujeres cocinan y los hombres se juntan para hacerse un truquito. Los hombres, hoy, no son cualquier grupo, se podría decir que alrededor de esta mesa están todos los representantes de la clase política y de las fuerzas vivas si las dimensiones del pueblo no las convirtiera en denominaciones suntuosas. Me siento en una silla, al costado de la mesa donde todos juegan de pie. Al rato miro hacia la puerta y veo el vidrio todo plagado de caras de chicos: un vidrio tupido y movedizo como un enjambre. Alguien me dice que miran porque las mujeres no vienen al bar. Ellos, los jugadores, no se asombraron cuando entré porque a esta altura ya los entrevisté a todos, ya me conocen. No pasa lo mismo con el dueño del bar, a quien su sordera extrema lo vuelve casi una fortaleza impenetrable. A todos ellos, me explica el director de la escuela, los entiende por señas o por la fuerza de la costumbre. Levantan una mano y sale una ginebra, mueven la cabeza y vienen los maníes. Yo cometo el error de pedir una coca con fernet: donde la síntesis me hubiera dado más chances de acercarme al objeto de deseo, pido un trago compuesto del cual el cantinero solo escucha la parte de la coca. El hombre no tiene dientes y sospecho que debajo de la boina tampoco tiene pelo. Mira cómo juegan los otros con una atención casi infantil y se pierde lo más interesante del truco: lo que se dice.

Estaba dulce el bombón y estaba chupando un caldito Knorr / ¿Y ahora truco? *Quiero* Lo llevan como chico a mear *Vamos para allá* El finado no se ahoga *Y el que no se ahoga pierde* Puros patitos *Quiero* Pateando, pateando *A mí no me gusta jugar a esto porque no me gusta mentir* Flor, che *Disparé lindo* …… *Andááá!* Paso segundo, quiero primero si no hay cantor *Flor* Otra vez va a morir el cantor *Un chico* Un chico tuvo la Bolocco *Venga, venga, por cien ovejas* Bueno, ¿vamos a jugar al truco o qué? *De punto y hacha dijo la vizcacha* Venga, venga, escucho ofertas *Pa' qué se ponen de novios si después no tiran un tanto* Envido / ¿Me llamaste?

*

Es imposible: definitivamente es imposible para mí leer en El Caín. No puedo dejar, entonces, de andar de acá para allá, de rondar, ya expliqué la ecuación. Si me quedo quieta y sin libro, temo ser capturada por la cama cucheta de arriba o por el maestro que ronda o por el locutor desinhibido de algún programa televisivo o por alguna ama de casa que me quiera contar su vida. Por eso me levanto temprano y salgo. Adonde sea. Hace años me fui de acá, del Sur, en gran parte por la falta de libros, ya lo dije también. Y después, con el tiempo, he podido resistir todos y cada uno de mis retornos gracias a los libros que me traigo para leer —o los que encuentro, porque resulta que no era tan cierto que no había libros, pero ese es otro tema —. Los libros funcionan para mí como un vale que me dan a la entrada: la contraseña que indica que puedo salir de ahí en cualquier momento. Este pueblo en el que no puedo leer está reflotando en mí aquella antigua inquietud, el miedo al encierro. O quizá, me digo, no se trata de un mal antiguo sino de una adquisición reciente: por venir al Caín he sido víctima del topónimo, y estoy ahora condenada a andar errante de por vida. “Errante y en perpetuo miedo”. Como el Caín de Vigeland: rodeado de personas y hasta de un perro de los que sin embargo está completamente desconectado, desoyendo su función de cuidarlos, espantado, pura piel y huesos, los ojos desorbitados que nunca parpadean porque en ellos ha puesto todas sus esperanzas de saber por dónde vendrá el golpe fatal que lo acecha. Desde las hojas del cuaderno forrado de papel araña azul que registra la historia del pueblo, la caligrafía ornamentada del director-cronista intenta disuadirme: “El Caín”, dice, es una deformación de *iëlkaiên*, el nombre que en el tehuelche septentrional se le daba a una variedad de piedras usadas para moler. Y agrega: “Es necesario, pues, eliminar las explicaciones por vía del araucano y aun del castellano, estas últimas de tipo bíblico”. Justo cuando el comentario está por sosegarme pienso en Melivilo, ese nombre que viene a recordarme la otra cara de las ballenas: no la del animalito dócil que sostiene a gran parte de la Patagonia turística sino la otra, la de Melville, ese monstruo que exige un estado de persecución constante.

Ocho

Te termina convirtiendo en un solitario, ese es el problema de este trabajo. Si se compara con lo que él mismo era cuando empezó, hasta en un ermitaño diría. Eso podría decir que es él ahora. Pensar que viene de una familia enorme, de siete hermanos, más los primos, más los amigos. En su casa había siempre ruido, gente hablando, música. A su padre le encantaba la música, la clásica sobre todo. Schubert, Wagner, no se acuerda bien qué otros. A él, la verdad, nunca se le dio por ahí. Como ellos —él y sus hermanos— eran muy de invitar a otros, su padre a veces se agotaba y directamente escuchaba con los auriculares puestos. Tirado ahí, en un sillón, mientras todos le pasaban por encima, por el costado. Y él con esa sonrisa plácida, inmune, protegido por el par de auriculares que parecían esos pompones que se ponen en las orejas las esquiadoras norteamericanas, de colores vistosos y polleritas acampanadas. Nunca entendió él bien cómo era que el simple hecho de escuchar música pudiera transformar a alguien de esa manera. Pero son tantas las cosas que uno no entiende de los otros, y sobre todo de los padres. Si él habrá pensado en eso, en él mejor dicho, en su padre, andando ahí, por el campo, tantas noches. Todo lo que nunca entendió y, a la vez, nunca se le ocurrió preguntarle. Ese es el tema con este trabajo, vuelve Federico: uno tiene que pasarse ocho, hasta diez horas seguidas recorriendo los pozos de petróleo, solo —muchas veces solo, la mayor parte de las veces solo—, y hay veces en las que todo va perfecto, uno está haciendo exactamente lo que tiene que hacer, verificar que todo esté en orden, que no haya ningún derrame, que los pernos estén ajustados, pero hay otras veces en las que la mente se distrae, se niega a ver que un perno es un perno y en cambio empieza con ese tipo de cuestiones. Por qué será que su padre lograba esa placidez solamente con la música o por qué será que era alcohólico. Simplemente, me dice, hay días en que las preguntas vienen a su cabeza y como no hay nadie que se las pueda responder ahí, dando vueltas entre los pozos, termina contestándoselas él mismo, o algo parecido. Y así es que, cuando después se encuentra con alguien, no tiene sentido volverlo a preguntar. A eso se refería con lo de solitario: es un trabajo que lo obliga a uno a arreglárselas solo permanentemente, y entonces, cuando aparecen los otros, uno ya no tiene nada que decirles, ni preguntarles ni contarles, se va dando cuenta, paulatinamente, de que cada vez es menos lo que necesita de ellos.

Al principio, cuando empezó con esto, era más habitual salir al campo con un grupo de compañeros. Y hasta se divertía con eso. Él recién había salido de su casa, como ya me dijo, y venía acostumbrado a hacer todo en malón. Pensar que fue el primer trabajo que tuvo, y ahora ya van a hacer como diez años que está en esto. A veces, cuando se acuerda cómo fue que llegó acá, piensa si no será una especie de venganza hacia su familia lo que lo hace seguir; otras veces piensa que la verdad es que no puede haber ningún trabajo que lo pueda hacer más feliz que este de andar todo el día, o toda la noche, recorriendo el campo. Allá en su casa ahora se acostumbraron, pero al principio fue un escándalo. El único que nunca se inmutó fue su padre, pero igual ahora está muerto. Todavía se acuerda del día en que se lo dijo. De hecho, es lo único que se acuerda nítidamente: la reacción del resto de su familia es como un cacareo uniforme que ya el tiempo dejó atrás, que no se le aparece ni en sus pesadillas más remotas. Pero lo de su padre está intacto. Debe ser por el miedo que en el fondo él le tenía, aunque su padre nunca levantara la voz ni le dijera nada ofensivo. Tenía miedo de decepcionarlo, no de él. Eso es lo que pasa. Era un día de verano, se acuerda, con lo cual al calor que venía de afuera se sumaba el de la cocina en la que estaban charlando. Eran las siete de la tarde, algo así, la hora en que su padre siempre empezaba a cocinar. Para todos, todas las noches. Venía de su estudio, se sacaba el saco y la corbata, se ponía un delantal que muy de vez en cuando permitía que alguien le lavara y empezaba a cocinar para todos. Se servía su whisky, también. Ese día él se ofreció a servírselo, se acuerda. Su padre lo miró raro: si bien sabía que Federico era el único que no se ponía nervioso cuando él caminaba por la casa con su vaso en la mano, con esa pose de control sobreactuado que en algunos momentos genera el alcohol, también sabía que jamás se le había ocurrido servirle el whisky. Pero igual siguió, como si nada, cortando las verduras, la panceta, el chorizo. Le dijo gracias y punto. Ese día estaba preparando un guiso que había aprendido de su madre y que, él insistía, era típico de la zona de Alemania de donde su familia venía. Nadie en su casa le creía, pero él insistía en que tal noche comerían el guiso del bosque de Turingia. Él decía que su familia venía del bosque y que por eso él, después de recibirse, se había radicado ahí, en Esquel, pero al respecto hay varias teorías familiares que no siempre coinciden. Es cierto que él había elegido radicarse en Esquel, pero no que venía de los bosques, porque hasta su abuela había nacido acá, en la Argentina, en Catamarca. Estaba el calor, entonces, en la cocina, y por alguna confabulación benéfica ese día no estaba ahí ninguno de sus hermanos ni primos ni amigos. No estaban ahí en la cocina, aunque Federico se acuerda bien de las voces como ruido de fondo. Sus tres hermanos más chicos, que eran los únicos que para entonces quedaban en la casa: los otros dos estaban en la universidad, en Buenos Aires, y la otra, la hermana, ya estaba casada con el hombre más rico del pueblo. Federico se lo dijo como un hecho consumado: como un plan, como algo organizado. Le dijo que la semana próxima se iba a Santa Cruz, a trabajar como obrero del petróleo. Que hacía dos días había recibido la confirmación de que lo tomaban. El padre no alteró ninguno de sus movimientos: Federico se acuerda de que para hacer ese guiso cortaba las verduras increíblemente finitas, y de que ese día específico pensó que era extraño que ni el alcohol ni su frase hubieran sido capaces de hacerle temblar el pulso. Su padre terminó de cortarlas y después las puso todas juntas, cosa que no solía hacer, adentro de la cacerola, y aprovechó ese momento, cuando estaba de espaldas, para decirle: “Un buen plan. Lástima que no hay árboles ahí, en el norte de Santa Cruz”. Fue lo único que le dijo. Y Federico se fue, después, al otro lunes, como le había dicho, con la diferencia de que no tenía ningún contrato ni nada. Y después, con los años, con cada viaje de visita que hizo a su casa, su padre no agregó nada más al respecto. Le hacía las preguntas habituales, casi las mismas que les hacía a los otros hijos que venían de Buenos Aires y que hoy ya son todos abogados y médicos. Federico cree que, sinceramente, es todo lo que tenía para decirle.

Al principio, como me contaba, salían en grupos a recorrer el campo. Era otra época: él necesitaba eso. Ahora es muy distinto: si él ve que un pozo, por ejemplo, no está dando el flujo que tiene que dar, va y hace los ajustes que tiene que hacer en las varillas, en la bomba, donde sea, y punto, se terminó el problema. En cambio antes, cuando esto era la YPF que él no llegó a ver, un recorredor como él andaba por ahí y lo único que hacía era llevar su planilla de control y después transmitirle la información al supervisor, que a su vez se la transmitía al jefe de área. Ahora, en cambio, las compañías, fundamentalmente las norteamericanas, lo que hacen es preparar a una persona para que pueda arreglárselas con todo lo que pasa: arriba y abajo del pozo. Alguien que sea capaz de ver que los cojinetes de la cigüeña no hagan ruido, que el estrobo esté en condiciones, pero también que sea capaz de arreglárselas con ese mundo subterráneo: ahí, debajo de esa bomba que me señala con el dedo, puede haber un pozo que llegue hasta los dos mil quinientos metros. Dos mil quinientos. Más de veinte cuadras hacia abajo por las que van subiendo, como transeúntes codiciados, el petróleo, el gas. Hay que vérselas ahí con la varilla, el *casing*, el *tubing*. Federico ni siquiera intenta una pronunciación sajona. Es una modalidad que se va extendiendo. Y a él le parece bien, la verdad. Menos burocracia, menos teléfono descompuesto. Pero claro, después está eso otro a lo que él se refería al principio, al tema este de arreglárselas solo con todo. Tiene sus pros y sus contras.

Los recorridos nocturnos siempre fueron sus favoritos. Eso de estar dando vueltas por el campo, en una F100, con el chiflete del viento que entra por las ventanas; los viejos con gorros y guantes, cansados, esperando que se haga el momento de parar en la carpa. Acá en Santa Cruz le dicen “carpa” a las casillas de madera que YPF instalaba en los campamentos y “viejo” a los hombres que tienen más de veinte años. Dicen “viejo” en lugar de “tipo”, como una forma coloquial de referirse a alguien. Ahí siempre había un viejo que estaba preparando algo para comer, pero preparando en serio. Nada de calentar una sopita. El favorito de todos era el Gordo Martínez, que todas las semanas tenía una receta nueva. Al Gordo se le había muerto la mujer cuando parió al segundo hijo, y desde entonces él los había criado como los dioses. Y para eso hay que saber cocinar, les decía siempre. Y a ellos los trataba un poco como a hijos también. El Gordo ya no salía más al campo, cuando Federico lo conoció le faltaban dos años para jubilarse. A veces se demoraban porque había habido un problema en el pozo —un perno desajustado, un oleoducto pinchado, una de esas cosas que no se pueden dejar para más tarde— y cuando llegaban el Gordo estaba ahí, firme, con la comida lista y ninguna cara de preocupación o fastidio. Para Federico eso era algo invalorable: saber que en ese lugar donde parece que lo único que uno va a encontrar es un aparato de bombeo, otra laguna de petróleo derramado, otra mata seca, en realidad hay alguien que lo está esperando a uno con la comida lista. Y con algo fuerte para tomar, para devolverle a uno la energía, la fe. Estaba prohibido, claro, pero ellos siempre se las arreglaban para camuflar algo en la camioneta, o para tener una especie de stock permanente en algún rincón de la carpa. Uno de los del grupo había encontrado un escondite perfecto para las botellas entre las dos láminas de madera con las que estaban construidas las paredes de las carpas para atajar mejor el viento. Había dado con un rincón en el que había una lámina de madera que se podía desempotrar y volver a poner sin que nadie lo notara. Al menos el Gordo hacía como que no lo notaba: casi nunca decía nada de lo que tomaban y, si decía, hablaba de “esas cosas que ellos llevaban”. Federico cree que desde que vive en Santa Cruz nunca tuvo nada más parecido a un hogar que esa carpa en medio del campo. Estar a la intemperie con la certeza de que en algún lado alguien espera, eso es para él un hogar. Y eso que muchas veces las demoras no eran de minutos, eran de horas: dos, tres, cinco horas. Al principio pensó que esa capacidad de esperar tanto era algo propio de Martínez, único, pero con los años se dio cuenta de que este trabajo te va inculcando una noción del tiempo muy particular. Entrar en el campo es como entrar en otra dimensión. Al rato de andar se apodera de uno una especie de aturdimiento, un estupor ante nada en particular. Una especie de beatitud, aunque yo crea que él exagera. Lo que no me impide reconocer que hace solamente dos horas que damos vueltas por la meseta y que sin embargo ya puedo intuir cómo las cosas que van pasando por mi cabeza tienen algo de remoto. Me acuerdo de que eso me pasa también, a veces, cuando viajo en el 60 en Buenos Aires, pero acá percibo alguna diferencia. Como si estuviera frente a la cualidad de lo remoto en estado puro, aplicada a nada ni a nadie en particular. Debe tener que ver con esto de dar vueltas y vueltas mirando bombas que suben y bajan. La cabeza se va despojando de lo que traía y de a poco va prestándole atención solo a eso: a la combinación de movimientos circulares y pendulares. Se va generando una especie de hipnosis.

Otras veces se divertían buscando gente que estuviera cogiendo por el campo. Los iluminaban con los faros de la F100 y hasta que no asomaban la cabeza no los dejaban en paz. Ahora no puede creer que se haya divertido haciendo eso. Es otra de las cosas que le debe a este trabajo: el hecho de que cada vez le importe menos la vida de los otros. Debe haber influido, también, lo que le pasó una vez en la casa de uno de los ganaderos de por acá, uno de los dueños de los tantos campos de los que se saca el petróleo. La mayoría no vive acá, en estas casas. Cobran a las empresas una buena servidumbre por el terreno y viven en Río Gallegos, o en Comodoro, o incluso en Buenos Aires. Dejan a los cuidadores acá en las casas del campo y ellos se van. Sobre todo en los últimos años. Es comprensible: se pasaron décadas tratando de sobrevivir con la esquila y de pronto, con los noventa, su condición empezó a mejorar mucho por las cifras que reciben de las empresas petroleras que perforan sus campos. Pero esta gente, esta familia de la que Federico habla, no dejó nunca su casa del campo. A lo sumo, a veces, van hasta Comodoro y se quedan un par de días, nunca ni siquiera una semana. Les gusta estar acá. Vinieron hace años de España, hicieron plata en el comercio, en la zona de Comodoro, y después se compraron un campo de mil hectáreas en Santa Cruz. La que sí se fue ni bien pudo fue la única hija que tuvieron. Primero se fue a Buenos Aires y después a Europa, a Francia. Cuando ella se fue a estudiar a la universidad, los padres vendieron los locales que tenían y se instalaron a vivir casi tiempo completo en el campo, con lo cual ya haría más de diez años que estaban instalados cuando pasó lo que pasó. La hija vino de vacaciones. No es para nada habitual que los obreros del petróleo entren en contacto con los dueños de los campos arrendados, pero el caso de Federico es distinto también en eso. En aquella época, cuando todavía necesitaba estar con gente alrededor, se le daba por parar en algunas casas. En esta especialmente: los dueños estaban siempre ahí y de alguna forma lo habían adoptado. Cuando Federico andaba solo recorriendo el campo los iba a visitar y no importaba la hora a la que llegara: ellos estaban siempre felices de recibirlo. Era casi como el hijo que no habían tenido. Hasta se había quedado a dormir ahí, en la casa, alguna vez. Ellos le contaban de España, de cómo habían empezado en Comodoro, en la década del cincuenta, y él les contaba de sus compañeros en el petróleo, de su familia, de sus hermanos. Era un poco como volver a Esquel, aunque bastante más silencioso, claro. Y en un punto más cálido, lo que fue duro de reconocer. A través de esa pareja, de las noches que se quedó charlando con ellos, se dio cuenta de que la gran familia unida que siempre había estado seguro de tener mostraba sus fisuras. Un día, se acuerda, volvía manejando de noche, después de haber estado en la casa de ellos, y sin querer pensó que su madre había estado siempre demasiado preocupada por medir cuántos centímetros más le hacía caer las tetas la llegada de un nuevo hijo, y que su padre, en definitiva, escondido detrás de los auriculares o del vaso o de sus recetas reconcentradas, estaba siempre ausente. Le pareció, esa noche, que por primera vez alguien lo había escuchado. No está queriendo decirme con esto, aclara Federico, que le achaca nada a sus padres: quiere demostrarme la dimensión del afecto que tenía por esta gente. Hasta que llegó esa noche en la que estaba la hija, a la que él no había visto nunca antes. Salvo en fotos, claro: fotos del baile de egresados, de la entrega del diploma, fotos en la escalerilla de un avión, fotos en playas con palmeras, fotos haciendo ski, todo tipo de fotos. Él no sabía que ella estaría ahí esa noche: hacía como un mes que Federico no pasaba por ese campo, y parece que la chica se había presentado un tanto intempestivamente incluso para sus padres. Era linda también en vivo y en directo, pero no sonreía tanto como en las fotos. Tenía las piernas muy bien formadas y las manos largas. Pero no fue por eso que se acercó a ella, por nada parecido al deseo. Él está convencido —y eso que este tema es uno de los que más vueltas le han dado en su cabeza con los años, en sus largas recorridas por el campo—, él ahora está convencido de que se acercó a ella, en principio, para darle una lección, para ubicarla. Para castigarla, puede ser. Por el deseo de castigarla. Siempre le sorprende que en tan poco tiempo hayan pasado tantas cosas. Aunque tal vez no fue tan poco tiempo, no está seguro. Lo que esa primera noche le molestó de ella fue que su presencia incorporaba una tensión a la mesa, que lo que solía ser una conversación familiar y espontánea parecía de pronto una reunión en la oficina. Él nunca pudo tolerar esas cosas, mucho menos en un lugar que le parecía su casa. Ella era una intrusa.

Un par de noches después, Federico volvió porque, como nunca, lo habían invitado formalmente a cenar. La atmósfera de tensión era idéntica a la de la primera vez, o hasta acentuada. Como si el avance de los días, en vez de relajar las cosas, las hubiera densificado todavía más. Lo notó en el alivio con el que la madre le abrió la puerta cuando él golpeó. Porque esa noche golpeó: otras daba unas palmadas y directamente entraba. En un momento se sintió como si fuera un contratado para animar la velada, para quitarles a ellos el peso de no saber qué hacer, qué decir, para mitigar la presencia de la intrusa. Él no tenía pensado intervenir de ninguna manera en lo que sucedía ahí; después de todo no era su historia por mucho que los quisiera. Hasta que vio ese gesto de ella, de la hija: fue un segundo, ínfimo, pero vaya a saber por qué lo enervó tanto. Le ha pasado de ir por el campo, después, con los años, y cerrar los ojos para encontrarse con esa escena nítida, intacta, una basurita que se le metió en el ojo y que no se le fue nunca más. Ya habían comido y las dos mujeres insistieron en pasar a tomar el café a una especie de living al que él no había entrado nunca. Él dijo que antes iría al baño, y cuando volvió las vio a las dos, a la madre y a la hija, pero ellas no lo vieron a él. El padre no estaba, se habría quedado un rato más en la cocina para demostrar de alguna forma su resistencia a este cambio de ritual. La madre, en ese instante en el que él entraba al living helado, estaba apoyando la bandeja con las tazas de café sobre una mesita ratona y ella, la hija, que estaba sentada en uno de los sillones, casi no esperó a que terminara de apoyarla para empezar a sacar las cucharitas que la madre había puesto adentro de las tazas. Las sacaba, las secaba con una servilleta y las volvía a poner sobre el platito, al lado de la taza. Lo hacía como un trámite más, si uno prestaba atención a sus manos, que eran tan largas y tan lindas, pero el tema eran sus ojos: miraba a la madre por lo que había hecho con las cucharitas con un desprecio definitivo. Después miró hacia los costados, como a un auditorio invisible, y después recién lo vio a él, que miraba atónito. La madre se quedó quieta, parada al lado de la bandeja, como un chico recién retado, como si estuviera convencida de que su cuerpo era demasiado tosco para moverse entre esos sillones y esas tacitas. Ninguna de las dos decía nada. Él se fue lo más pronto que pudo pensando que no volvería por un buen tiempo, cuando estuviera seguro de que ella ya estaba lejos. Pero volvió al otro día y al siguiente y después cree que hubo tres más, también, hasta que pasó lo que pasó y no volvió más. Ni cuando estaba ella ni tampoco cuando ya se había ido. Se perdió a esa gente que lo trataba como a un hijo. Y todo por alguien así. Otra de las cosas que tantas veces se ha preguntado dando vueltas por ahí, en estas camionetas que maneja ahora, con amortiguadores y sin viento que se cuela por las ventanillas: cómo pudo atraerlo una persona tan mezquina, tan superficial como ella. Era una de esas clásicas personas que cuando se va de su pueblo vuelve con algún complejo de superioridad; se da mucho por acá, por el Sur. Él, incluso, notó algunos rasgos así en sus hermanos, cuando volvían de vacaciones, pero mucho más tenues. Ni punto de comparación. Ese día, el día del café, lo que él no pudo soportar fue el contraste. El contraste entre lo que sus padres le contaban y le mostraban de ella, y lo que después efectivamente ocurría cuando estaban juntos. Fue mucho para él, tal vez porque él, a su modo, también había abandonado a su familia y vaya a saber qué dirían ellos de él y qué es lo que pasaba, efectivamente, cada vez que los visitaba. Cada vez los visita menos, de todas formas. Es parte, también, de los efectos de este trabajo. Cuando recién empezó le parecía que tenía tantas cosas para contarles. Las novedades del trabajo, la nueva gente que se iba encontrando. Había, además, una casa familiar adonde volver. Ahora, desde que su padre murió, cada hermano vive en su casa y cada vez que vuelve se arma una especie de revuelo por determinar quién lo va alojar, cuántos días, quién primero, quién después. Lo peor es que, con los años, ya no es capaz de adivinar si en ese revuelo hay unas ganas desesperadas de apropiárselo, de tenerlo todo para él una vez que vuelve, o al contrario, si ya es para ellos la oveja negra que nadie sabe dónde ocultar cada vez que asoma.

*

Todo fue ocurriendo de a poco. En las primeras visitas a sus hermanos empezaba a contar algo y a la tercera frase sentía una especie de dispersión, de cansancio diría. Como si lo hubieran mandado a cargar unas bolsas de cemento y él tuviera que ir recitando el padre nuestro, que ya ni se lo acuerda, mientras camina con las bolsas al hombro. Es eso: es una mezcla de esfuerzo, obligación y desmemoria. Porque al día de hoy tiene que reconocer que no se acuerda, la verdad, de qué tipo de información se intercambia en una mesa donde están sentadas quince, veinte personas que vienen a ser, cada una a su manera, familia de uno. No se acuerda. En aquellas visitas en las que esa amnesia empezó a asomar era como si su familia hablara la misma lengua que él había aprendido, junto con ellos, y fuera él solamente el que la hubiera olvidado. Por eso hacía tantos esfuerzos. Porque le parecía que era su culpa, su memoria frágil. De alguna forma, la verdad, le parecía que era su traición. Pero era inevitable: empezaba algún tema y, aunque en el arranque sentía que había conectado el carril adecuado, que esa anécdota podía interesarles, de pronto los miraba a todos ahí, en la mesa, y notaba que algunos hacían un esfuerzo por sostener la atención mientras otros, fundamentalmente las mujeres, se daban vuelta para darle alguna indicación a algún hijo o se levantaban para traer o llevar platos, postres, bebidas. No encontraba la manera, la verdad. Ni de concentrarse él mismo ni de atraer la atención de los otros. Ni siquiera la de su madre, que en la mitad de las frases lo interrumpía y le preguntaba si finalmente había encontrado alguna chica más o menos digna de él por ahí, a ver cuándo le daba su décimo nieto.

En alguna de esas visitas decidió resignarse, dejar de esforzarse. Pensó que si no lograba hablar, al menos se encargaría de escuchar. Pero se sintió inmediatamente aturdido, la víctima de una avalancha. Como le pasaba cuando era chico y su madre lo obligaba a ordenar el placard: él iba arrastrando los pies, resignado, y cinco minutos más tarde estaba furioso e impotente, tratando de esquivar todo lo que se le venía encima cuando tomaba el valor necesario para abrir esas puertas. Eran enormes y blancas, se acuerda. Las referencias al colegio, a la oficina, a los vecinos, los gritos de los chicos, las preguntas a las que nadie esperaba respuesta, las repeticiones, las indicaciones, las pequeñas y antiguas agresiones, intactas, los detalles superfluos que conducen a una anécdota central banal, las inquisiciones, las rivalidades, las autorreferencias constantes, los logros de los chicos, las agresiones de los chicos, las críticas a las mucamas, la dependencia hacia las mucamas, los rencores maritales, los tonos de voz, las alteraciones innecesarias, la sensación de que en el fondo todos estaban hablando solos. Para eso prefiere esto: el campo, los pozos, la camioneta, la tranquilidad de saber que está solo, sin tener que inventarse tanta historia para ocultarlo. No es que a él le haya dejado de interesar la gente, para nada. Simplemente, se da cuenta de que cada vez es menos lo que tiene para decir. O será tal vez que lo sintetiza mejor. Pide lo que necesita, lo agradece, aporta algún dato. Punto: el resto lo resuelve en su cabeza, dando vueltas por el campo. Las largas conversaciones, digamos. Por eso me puede contar estas cosas a mí, porque yo accedí a dar vueltas con él por el campo y porque, la verdad, de hecho, es que para él es como si hablara solo, con la diferencia de que esta vez es en voz alta. Sin ánimo de ofenderme. Esto para él no es muy distinto de lo que usualmente pasa por su cabeza. A veces se acuerda patente de la pelea que tuvo con aquella mujer, la de las manos largas. Después de lo que pasó se dijeron de todo y él aprovechó para decirle lo que había visto ese día del café, para detallarle exactamente lo superficial y mezquina que era. Ella le dijo que veía visiones y que era un desubicado. Y él después, con los años, ha tenido que reconocer que en esa frase había algo de profético. Que al día de hoy, a veces, ve visiones y se siente un completo desubicado.

Nueve

Martina dice que ella sabe lo que tiene que sufrir un chico para llegar a eso. Sufrimiento en estado puro, eso es. Porque a esa edad la vida es algo que se vive, no que se piensa. Mucho menos que se cuestiona. Lo mismo pasa con la muerte. Para matarte a esa edad tenés que haber conocido una dimensión del sufrimiento que nadie imagina. Una dimensión que te hace obsesionarte con la idea de terminar con todo, absolutamente con todo, y nada más. No te da para pensar en nada más. Después, de grande, ya es distinto: creés saber lo que es la muerte, te hiciste tus propias fantasías, y también tenés alguna idea ya formada acerca de qué es aquello a lo que te exponés si te matás. Pero a esa edad es distinto, el suicidio es como un acto sin efecto: terminar con el sufrimiento no se asocia a terminar con todo. Es distinto, muy distinto, la gente no lo entiende ni lo imagina. Ella sí, más que imaginar, en realidad conoce: antes de sus propios doce años ya se había intentado matar tres veces. Martina ha tenido una vida dura, muy dura. A ella no le van a venir con moralinas y discursitos. Ella les diría a esos que andan cuestionando a los chicos, a esos que por poco los tratan de vagos porque se matan, les diría que sientan alguna vez esa desesperación que es un como un silbido agudo que te mina por dentro. Que lo sientan bien a fondo y que después hablen, si es que les queda resto para andar criticando. Martina ya escribió dos novelas para sacarse un poco de encima todo lo que le tocó vivir, y una de las dos me la va a regalar para que me la lleve. Sí, sí, aunque esté sin publicar. Ella no es muy amiga de andar guardándose cosas.

> La vida real la armamos al propio modo, a veces puede ser un verso, una poesía, un poema, o simplemente lo que uno quiere que sea… Yo sé tanto de perder, y nada de ganar. El riesgo es el mismo que si hubiera elegido el alpinismo. Me gustan los riesgos audaces, con mucho sentido, vivir en peligro, pelearla a las

trampas de la vida.

(Fragmento de la novela inédita de Martina).

Como diez frascos de veneno: eso se tomó la primera de las tres veces. Tenía nueve años y trabajaba en la casa de un juez de paz, allá en Sarmiento. Martina nació en el campo, en el área de Facundo, de madre tehuelche y padre alemán. Judío alemán. Pero ella se sintió siempre tehuelche, a pesar de todas las trastadas que le hizo su madre. Tehuelche pura, que si no jamás hubiera sobrevivido a lo que le tocó. Allá a lo del juez de paz había ido a parar cuando sus padres se separaron. El padre voló, después no lo vio durante años, y la madre también. Aunque a ella desgraciadamente la volvió a ver, después, en varias oportunidades. Es más, la sigue viendo. Pero madre, madre, en realidad, para ella solo existe la Madre Teresa. Entra el sol por la ventana al cuarto donde Martina tiene su cama, la tele, y la mesa sobre la que hace las esculturas que aprendió a hacer sola, sola. El sol da directo sobre el brazo desproporcionado que una Madre Teresa modelada en yeso levanta en gesto triunfal. La cosa es que cuando los padres volaron, uno para el norte y el otro para el sur, ella tuvo que ir a parar siempre a la casa de familias extrañas. Estuvo primero ese juez de paz, después la casa de un policía, después la de un militar, y así sucesivamente. La contrataban para trabajar. Aquella vez, la de los frascos de veneno, fue la primera.

El juez la dejaba ir al colegio siempre y cuando ella cumpliera antes con todas las tareas de la casa. Se tenía que levantar entonces a las cinco de la mañana, cuando todavía estaba de noche, para que le dé el tiempo para limpiar todo y para poder tomar el colectivo que pasaba a las siete y media y llevaba a los chicos a la escuela que quedaba bastante más allá. La de veces que se acuerda de haber estado ahí, corriendo desde hacía rato, pensando que llegaría a tiempo, cuando de pronto veía pasar el colectivo y estaba todavía con el escobillón en la mano. Muchas veces era por poquito nomás que no llegaba: había limpiado, digamos, el baño, la cocina con esas fuentes pegadas de grasa de la noche anterior, había hecho las camas, y le quedaba solamente pasar el trapo para darle lustre al pasillo de entrada, por donde circulaban las pocas visitas pero visitas al fin. Pero nada, ni siquiera así podía ir. No había nada que hacer ni que rogar. El juez era inflexible. Todo terminado significa todo terminado le dijo una vez y ella entendió rapidito. Todavía se acuerda clarito de esas situaciones; más que acordarse se ve a sí misma como si estuviera en una foto instantánea de esas que se sacan ahora. Ella secando los vasos, contando que le quedaban solo siete, y el colectivo que pasaba por la ventana, o ella retorciendo el trapo para darle la mano final al piso y el colectivo que pasaba por la ventana. Y así. El colectivo, con el tiempo, le empezó a dar una entidad distinta a sus actos. Lo que estaba haciendo automáticamente, sin pensar, como una cosa más de la mañana, de pronto tomaba un peso propio. Retorcer el trapo había dejado de ser eso solo para convertirse en el motivo de su demora y por ende de un día más de sufrimiento: un acto de tales efectos que merecía, entonces, ser observado en sus detalles. Las señales, por ejemplo, que le indicaban que había llegado el momento de retorcerlo —que el agua que despedía ya saliera transparente o que no quedaran más pelos adheridos— o las distintas formas de retorcerlo —plegado en dos o tomándolo de las dos puntas como un acordeón—. No era poco. Por un lado, entonces, la entristecía el hecho de perder el colectivo, la posibilidad de estar ahí con la maestra, que era buenísima, y con los otros chicos, que la hacían reír todo el tiempo, y la idea de tomar esos tazones de leche caliente, recién ordeñada. Cómo no la iba a entristecer perderse eso. Pero más que la tristeza, que siempre con alguna alegría se va, le preocupaba el terror de volverse loca de tanto ver pasar ese colectivo. La idea de que el colectivo hiciera que cada acto, cada cosa, empezara a desmenuzarse ante su conciencia hasta el infinito, sin que ella pudiera hacer nada para impedirlo. Que el mundo a su alrededor se convirtiera en una de esas cajas chinas en las que una cosa lleva a la otra, y así indefinidamente.

El tema es que en eso estaba cuando un día el juez de paz le pide que limpie bien el galpón que tenía allá atrás de la casa, donde guardaba el auto, las herramientas, esas cosas que a los hombres les encanta acumular. Y le dice: Martina, ojo con estos frascos que están acá, que son veneno. Fijate que cuando los saques para limpiar no los agarren los perros. Los perros. En cuanto el tipo se subió al auto con su familia —era un domingo, se iban de paseo, así que ese día ni siquiera tenía que estar atenta al paso del colectivo— ella se abalanzó sobre los frascos y se tomó todo lo que había. Lo último que se acuerda es que todavía estaba tomando; después nada. Nada, blanco total. Se despertó en una cama del hospital de Sarmiento. Era bueno este juez, a su manera. Se encontró con su cara de espanto cuando abrió los ojos, como si al menos en un momento se hubiera preocupado por ella. Pero después no la quiso tener más en la casa, le dijo que no le gustaba eso de irse y no saber con qué se iba a encontrar al volver. La mujer ni opinaba. Los chicos menos. Así fue después, de casa en casa. Del colegio ni hablar, por supuesto. Siempre trabajando, en el medio intentando matarse.

> … Que es la fábula de la mesa servida, donde decís, mamá alcanzame el pan, o papá, quiero un vaso de gaseosa, simple y dulce. Tan dulce que hace reflexionar.
>
> (Otro fragmento de la misma novela inédita).

Con lo cual a los dieciséis, al primero que le ofreció casamiento le dijo que sí. Por fin se iba a liberar de trabajar en casas extrañas. Y al principio se sentía la más feliz de todas: el que le había propuesto matrimonio era nada más y nada menos que el cantante del grupo Frutilla de Cristal, que estaba de moda por todo el Sur. Una pinturita era; ella estaba orgullosa y si hubiera tenido alguna amiga seguro que le habría envidiado el maridito que se había conseguido. Era moderno, y se vestía con pantalones que terminaban en botamangas anchas. Las chicas de por ahí tenían esos novios que andaban todo el día con el mameluco, trabajando en los pozos, con las manos engrasadas, llenas de petróleo, y en cambio ella se había agenciado uno que usaba pantalones de colores y tenía las manos perfectas. Fumaba y cuando estaba arriba del escenario las chicas gritaban de emoción. Ella mucho no iba a verlo cantar —él decía que una mujer debe estar en su casa— pero se acordaba de la vez que fue, al principio. Al principio: la sola frase le da escalofríos. Para ella, casarse significaba no limpiar más en casas extrañas. Punto. Nunca había pensado en ninguna otra cosa, nunca había imaginado ninguna otra consecuencia. La madre —su propia madre— todavía no había reaparecido en su vida, amigas ya me dijo que no tenía, y la gente para la que trabajaba no hablaba con ella. Ni siquiera las mujeres de las casas le explicaban las cosas de la vida. Nada. Bah, esas mujeres tampoco hablaban mucho con sus maridos ni nada. Y además, qué podían saber ellas de la vida. Martina tiene la impresión de que ahora se habla más en general, será por la tele, tal vez, pero en aquella época no. O será porque ahora vive acá, en Las Heras, que es una ciudad, y entonces a la gente se le da por hablar. Hablar, sobre todo mal de los otros, pero hablar al fin. Pero antes, cuando ella vivía en el campo, campo, ahí la gente ni abría la boca. Esas mujeres de los pueblos chicos tampoco hablaban. El tema del principio, decía, es que todo le cayó de zopetón, y ella sin preparación alguna. Como si te mandan de pronto a vivir al Japón y te dicen: invitate a unos amigos a cenar, preparales algo típico, y contales bien cómo fue que se vivió en tu pueblito de Osokama —o como se llame— aquello de la guerra. Así, así fue el principio del matrimonio para Martina. Todavía se acuerda del momento exacto. Era de noche, hacía frío. Ella lo había conocido una semana antes de casarse al marido del cual ahora prefiere ni decir ni recordar el nombre, y la cuestión es que siempre se habían visto de día. Entonces, esa era la primera noche que pasaban en lo que sería el nidito de los dos. Tenían una casita —bah, un cuarto alquilado con baño y cocina— y ahí estaban esa primera noche. Hacía frío afuera y también adentro. Un frío que te calaba los huesos. Se acuerda de que habían comido algo en el boliche, porque era un día especial, y se acuerda de que cuando entraron a la casita de ellos lo primero que sintió fue una oleada que le devolvió la entrada a todas las otras casas en las que había pasado su vida: la del juez de paz, la del policía, la del militar. En fin, las casas extrañas. ¿No se suponía que el matrimonio la iba a liberar de eso? Apoyó en el suelo la bolsita en la que llevaba toda su ropa y se sentó en una silla, una especie de sillón viejo que había en el cuarto. Se estaba por poner a ordenar la ropa cuando de pronto vio que el marido, el mismo que hacía gritar a las chicas cuando cantaba, de un saque nomás se quedó desnudo. Sin nada de nada. Ella lo miraba desde su sillón, atónita. Qué desubicado este tipo, pensó.

Desnudarse así delante de ella, mirá que habiendo un baño ahí en el cuarto; para eso habían pagado extra. Ya le empezó a caer mal. Él esa noche se rio mucho de ella, mejor dicho fue la primera noche que se rio mucho de ella, porque esa fue después la constante de su matrimonio. Se reía sin parar. Se reía de que ella estuviera ofuscada ahí, en el sillón, se reía pero tampoco le explicaba. Esa noche, cuando se cansó de reírse, se enojó. Y ella durmió en el sillón, donde seguía haciendo frío.

> No soy nada inocente, ni quisiera que así se piense o se crea, porque mis ojos sé clavar en los de un individuo como si fueran un puñal.
>
> (Otro fragmento).

Cuatro hijos tuvieron después con este, el cantante pop. Todos, toditos con él, y no porque ella estuviera enamorada —quererlo, la verdad, no lo quiso nunca— sino porque no quería que a sus hijos les pasara lo que a ella, que había tenido una madre que se había puesto a tener hijos con cada uno que andaba por ahí. Al poquito nomás que entendió que lo que él quería esa noche, la primera noche de su casamiento, era que ella se metiera con él en la cama y pasara todo eso que tiene que pasar, al poquito se empezó a sentir mal, mal, mal. Le dolía la cabeza, vomitaba, mal. Se fue a la guardia de Sarmiento, donde vivía entonces, y el médico le dijo que estaba embarazada. Él no se rio, porque era un doctor, pero Martina se dio cuenta de que cuando vio que ella no entendía la relación que había entre lo que pasaba en la cama con la estrella pop y esta situación de tener un bebé en la panza hizo un gesto más o menos parecido al de su marido aquella primera noche. Martina no se lo dijo enseguida al marido, tenía miedo de que le cayera mal. Él seguía con su vida de siempre. Las cosas no cambiaban. Cuando se metían en la cama, ella sufría el doble, porque ahora al desagrado y al dolor se le agregaba esta cosa del vómito. Mil veces tuvo que apretar bien la boca para no vomitarle encima a los rulos de la estrella pop. El escándalo que se hubiera armado, él que se hacía traer el shampoo de Comodoro, con olor a almendras o a no se acuerda qué. A ella no se lo dejaba usar, decía que con ese pelo de tehuelche no tenía remedio. Que se siguiera lavando con el pan de jabón blanco. De ahí debe ser que se le puso rubio. O tal vez siempre lo tuvo, la verdad que aunque tiene cuarenta recién cumplidos ya se olvidó de qué color tenía el pelo cuando era joven. El tema es que así seguían las cosas, ella atendía la casa, que de eso sabía mucho, él cantaba y así pasaban los días. Se veían poco, porque ella trabajaba de día y él de noche. Había veces, incluso, en que él la despertaba a las tres, cuatro de la mañana, y le decía que cocinara para esta amiga que había traído, una mujer importante a la que había que tratar bien. A Martina le parecían mujeres con elegancia, vestidas con corsets brillantes y medias de seda, o caladas, con pelo teñido y labios pintados. Esas cosas no las usaban las mujeres como ella, que habían nacido en el campo. Ella se levantaba, les preparaba de comer y después se volvía a la cama, porque ya había comido más temprano. Una noche se demoró más tiempo porque se le dio por preparar algo más complicado, un guiso de mondongo, cree, y entonces estuvo ahí un rato más con ellos. Se acuerda de que ella estaba de espaldas, trabajando en la mesada, y que escuchaba cómo se reían los dos, la estrella pop y la mujer que había venido esa noche. Por momentos se reían los dos y por otros, ella sola. Cuando era ella sola era una risita más contenida, como más infantil diría. Ji, ji, ji, hacía, como un ratoncito. La verdad es que, ahora que lo piensa, él era una persona optimista, se reía todo el tiempo, pasara lo que pasara. Pero ni eso alcanza para sacarle el odio que le tiene. Se reían y tomaban, él y la mujer. El tema es que esa noche Martina estaba demorada por el tema del guiso —pelar las verduras, cortarlas chiquito, picar bien la cebolla, sacarles las fibras a las chauchas, los granos a los choclos; eran guisos en serio, bien completos— y para cuando terminó de poner todo en la cacerola eran como las cinco de la mañana. Puso el fuego medio y, cuando se dio vuelta, vio que sobre la mesa había tres botellas vacías y que él, su marido, no estaba. Ni se había dado cuenta, tan compenetrada estaba en el guiso, de que ya no los escuchaba hablar. Ella, la mujer que se reía como un ratoncito, sí estaba. Le dijo que él se había ido al baño, hacía rato ya. Le contó que se llamaba Mariela, pero que se hacía llamar Ángela. Le iba mejor para su trabajo. Parecía simpática, incluso cuando no se reía. Fumaba pero no se le iba la pintura de los labios. Martina le preguntó cómo hacía, ella nunca se había pintado. La otra sacó un espejito de una cartera brillosa, un lápiz rojo, y le mostró cómo era la técnica. La primera vez la pintó ella, Ángela. Cuando Martina se miró en el espejito no lo podía creer. Las dos se reían a carcajadas limpias. Martina se reía y se miraba: su boca le parecía la boca de otra persona. La cocina estaba calentita por el guiso que se iba haciendo, y de la olla empezaban a salir unos olores tan ricos. Martina pensó que esa noche iba a comer dos veces. Aunque él no quisiera, en todo caso se llevaba el plato a la cama y punto. Comería sola, mirando la pared, pero con los labios pintados. El tema es que el guiso estaba listo y él seguía sin salir del baño. Martina sirvió unos platos para ellas dos, cosa que no se enfriara, metió a calentar un pan que estaba medio duro y se pusieron a comer. Ella se preguntaba de qué cosas se podía hablar con una mujer importante, qué se le podía decir. Le preguntó si tenía hijos. La otra dijo que sí, que tenía una hija de quince pero que vivía allá en Santiago con la abuela. Se puso a hablar del Norte y de todos los amigos que tenía en el pueblito ese en el que había nacido. Acá en Las Heras también tenía amigos, de hecho la mayoría de sus compañeras de trabajo venían de allá, pero no era lo mismo. Para ella, en cuanto la gente cambia de lugar pierde algo, se vuelve distinta. Por eso prefiere ir haciéndose amiga de las personas de acá, aunque claro, nadie es de acá en Las Heras. Después le contó del viaje en colectivo que se había hecho para venir desde el Norte hasta Santa Cruz. Eterno, más de un día mirando por una ventanilla mugrienta que en realidad no la dejaba ver nada y, en el fondo, una fiaca, unas pocas ganas de mirar nada, la verdad. Le contó también de los tipos que se tenía que bancar todas las noches, del olor a mugre que había en la pensión en la que dormía. Después empezó con la suerte que tenía ella, Martina, de tener un marido y un hogar. Y se puso a llorar, a moco tendido. Llorar y llorar. Se le corría la pintura de los ojos y no comía el guiso: Martina sintió que todo era un verdadero fracaso. Incluso, esta Ángela, con esos ojos que parecían un pantano negro, le recordó a ella misma esas veces en las que la estrella pop volvía medio violento y se la agarraba con ella. No sabía qué hacer, la verdad. Martina le quería levantar el ánimo, hacer algo por Ángela. Pero ella solo sabía hacer las cosas de la casa, y eso había hecho, le había hecho ese guiso especial y así y todo la otra no paraba de llorar. Revisaba su mente y no se le ocurría nada para decirle, no le venía nada a la cabeza. Se acordó de las épocas del juez de paz, del policía, del militar, del armario con todos los frascos de veneno: en fin, nada parecía muy adecuado para levantarle el ánimo a nadie. Mucho menos a una mujer importante. Entonces se acordó de lo que le había dicho el médico unos días atrás. Tenía un bebé en la panza, le contó. Le pareció que lo mejor que tenía para darle a Ángela era un secreto, algo que no sabía si era bueno o malo pero que al menos no se lo había dicho a nadie hasta entonces. Nadie más lo sabía, ella era la primera en enterarse: eso también se lo dijo. Ángela se quedó un minuto en silencio y Martina pensó que había logrado meter la pata una vez más, a veces la estrella pop tenía razón cuando la criticaba. Pero Ángela le pidió un pañuelo y después siguió llorando, aunque esta vez era de alegría, le aseguró, y también le dijo que quería ser la madrina de esa criatura. Por favor, le dijo. Siempre le impresionó a Martina que lo hubiera dicho así como ella le habla a la Madre Teresa, como si fuera un ruego.

*

Esa criatura, ahijada de Ángela, es su hija mayor, que es una preciosura y trabaja como secretaria en Repsol. Una reina, igual que los otros hijos que tuvo con aquel desgraciado. Increíble cómo uno puede tener hijos a medias con un ser espantoso y después igual quererlos hasta la locura, como si no quedara en ellos rastro del mal, como si todo el ingrediente del otro se hubiera evaporado. Menos mal, si no, hubieran salido vagos y egoístas como la estrella pop. Yo no voy a creer, me dice Martina, si ella me cuenta quién fue finalmente la que la liberó de ese monstruo: su propia madre, la mismísima que la había abandonado cuando ella era chica. Otro monstruo, sí, pero que al menos una vez en la vida sirvió para algo. Su madre, después de que la abandonó de chica, se le dio mucho por eso de ir y volver. Es decir, aparecer y desaparecer de su vida. Todo dependía; si andaba con algún nuevo novio de turno que la entretenía, se acovachaba por ahí y ni señales. Si andaba medio abandonada y maltrecha, ahí sí se le daba por aparecer por la vida de Martina. Sobre todo cuando empezaron a nacer los chicos. Ahí se le dio por acercarse más; ella está segura de que es porque los quería realmente, le gustaba verlos crecer, jugar con ellos. La atención que nunca le prestó a ella sí que se la prestó a los chicos, incluso al día de hoy, que los chicos ya la hicieron bisabuela. La verdad es que eso es como para alegrar a cualquier mujer. Hasta a su madre, no hay nada que hacerle. La cuestión es que cuando empezaron a nacer las criaturas Martina tuvo que salir a trabajar porque había que alimentar tantas bocas, y entonces la madre se quedaba cuidándoselos. Y ya que estaba cuidaba también a la estrella pop, que por entonces iba quedando cada vez menos pop y menos estrella, y se la pasaba vagando por la casa. A veces hacía una changuita, pero al final había quedado establecido que la que traía la plata segura a la casa era ella, Martina. No sabe cómo se fue dando, no sabe cómo se fue animando: tal vez los hijos, la necesidad, el ver que tampoco podía esperar mucho de ninguna otra persona a su alrededor. La estrella pop ya ni mujeres traía a la casa. Estaba ahí, medio abandonado. Pero ella igual lo quería ahí, ella quería que sus hijos tuvieran siempre a su padre cerca, que le pudieran preguntar algo si les hacía falta. O no, pero que tuvieran un padre que anduviera por ahí. Y, sobre todo, que fuera el genuino padre de todos ellos. Un mismo padre para los cuatro. Acá en Las Heras eso no es sencillo. A la gente se le da por alternar: cualquiera con cualquiera. Adolescentes con tíos, vecinos con vecinos, con quien sea. La gente está muy aburrida, o muy confundida, ella no sabe. Por ejemplo, el otro día escuchó en la radio un llamado urgente a la comunidad por una nenita que había nacido con una malformación pulmonar, o algo por el estilo. La cosa es que los médicos de ahí, del hospital zonal, le habían dicho a la madre, una chiquita que no llegaba ni a los veinte, que su hijita estaba completamente desahuciada, que no había nada que hacer, que mejor se olvide. La beba tenía un mes, algo así, y chau, ya estaba obligada a despedirse de la vida. La gente de esta radio de ahí, de Las Heras, siempre pasa música y deja algún espacio para ayudar a la comunidad, y por eso entre canción y canción el locutor contaba la situación y pedía si alguien podía colaborar con un pasaje para que llevaran a la bebita a Buenos Aires, a ver qué se podía hacer allá. Y así fue que consiguieron esa donación del pasaje, y en Buenos Aires la bebita se salvó. Cuando llegó de vuelta a Las Heras, el abuelo de la madre andaba tan contento contándolo de acá para allá, y ahí se enteraron todos de que, además de ser el abuelo de la madre, era también el padre de la criaturita. Que está bien, se salvó, pero menudo lío va a tener cuando crezca y no sepa si llamarlo papá o bisabuelo.

Pero Martina no quiere distraerse del tema de la bisabuela de la que venía hablando, su madre. La cuestión, entonces, es que de tanto estar y estar en la casa, su madre se volvió como dueña, como la señora de la casa. Pasa mucho cuando las mujeres trabajan afuera. A ella nunca le gustó, pero por sus hijos todo. Todo. Y menos mal: ahora son estas pinturitas que le alegran la vida. El tema es que un día de esos ella llegó agotada —en esa época, cree, trabajaba en una verdulería— y se encontró con que su marido estaba con peor ánimo que de costumbre. Con el conjunto musical en decadencia, eso le ocurría cada vez más a menudo. Y empezó a pelearla, a decirle que criaba mal a sus hijos, que no estaba nunca en la casa, que vaya a saber qué cantidad de cosas más. Y su madre, su propia madre, por primera vez en la vida, empezó a defenderla. A defenderla a Martina, su madre: ella no lo podía creer. Eso le daba tanto orgullo que casi no podía prestar atención a las cosas que la estrella pop tenía para tirarle en la cara, o quizá ni le prestaba atención porque, la verdad, ya conocía esa cantilena y sabía que no había ahí nada nuevo ni solucionable. El tema es que su madre empezó a decir que no era que Martina criaba mal a sus hijos sino que lo que pasaba era que tenía que trabajar mucho, que todo recaía sobre sus espaldas y que por eso a veces cuando llegaba estaba cansada o distraída, como si pensara en otra cosa. Martina me lo cuenta y siente todavía, intacta, esa ráfaga de alegría que la atravesó porque por primera vez su madre era su madre. Que estaba de su lado. La estrella pop, que ese día había tomado incluso más que de costumbre, la empezó a atacar también a ella, a su madre. Le dijo —se acuerda clarito la frase—: vos callate que sos la primera en estar feliz con que tu hija está todo el día fuera de la casa. Martina al principio pensó que se refería a esta cosa de ser la señora, de que su madre estaba feliz de usufructuar su lugar, qué se yo, puede pasarles a las mujeres cuando se ponen viejas, ¿no? Tantas cosas pueden pasarnos cuando nos pongamos viejas. Pero no, no se trataba de eso para nada. Se trataba de que ellos dos cogían cuando Martina estaba trabajando en la verdulería. Sí, la estrella pop y la bisabuela. Cuando su madre escuchó que este salía con ese cuento, dice Martina, puso el grito en el cielo, dijo que lo iba a demandar, a denunciar, que lo iba a matar, que le iba a echar una maldición tehuelche. Él ni se mosqueó, por supuesto. Simplemente empezó a enumerar ocasiones —cuándo, dónde habían sido— pero como si eso no fuera suficiente, se puso después a enumerar detalles del cuerpo de la madre de Martina: uno por uno. Que tenía un lunar en la ingle derecha, que tenía el pezón izquierdo más caído que el derecho, que tenía una herida —como si fuera que la hubieran quemado con una plancha, dijo— en la parte posterior del muslo. Hablaba como si estuviera frente a un tribunal, haciendo un esfuerzo por no olvidar ningún detalle que pudiera jugarle a favor. Martina y su madre lo miraban: cuando empezó la enumeración ninguna pudo decir más nada. Incluso, no querían interrumpirlo: había algo atractivo en esa manera tan cuidadosa de registrar un cuerpo. Martina dice que fue eso lo que a ella le resultó definitivamente imperdonable, lo que la decidió a abandonarlo para siempre, por más que eso implicara que los hijos no tuvieran más al padre cerca: la atención que él le había prestado al cuerpo de su madre y que nunca le había prestado al suyo. Hasta hacía aparecer todo como un acto amoroso. En comparación a eso, el resto era un tema menor: que cogieran, que se la pasaran calentitos en la cama mientras ella pesaba bolsas de papas a las que nadie les había sacado el barro antes.

> Suena extraño hijita que a vos eso te preocupe, si lo que menos te ha interesado siempre es el amor.
>
> (Otro fragmento).

Martina es alta y estilizada. Ella se identifica más, dice, con su traza tehuelche, pero su estampa responde más a su parte alemana. Las dos veces que salimos a la calle, ese día que pasamos juntas, se puso un saco corto que, a pesar del forro de piel de cordero auténtica, le marcaba una cintura estrecha. Y cuando camina, tiene un paso elástico, una agilidad que no le quita elegancia. Martina, sin embargo, se pregunta qué será lo que hace que algunas mujeres resulten atractivas para los hombres. Da por sentado que ella no pertenece a ese grupo y se refiere, en cambio, a su madre. Habla de la cantidad de novios que tuvo su madre. Será una cuestión de actitud, se pregunta. Se acuerda cómo solía ser cuando estaban todos en el campo, en la época de la señalada. Porque ella, a pesar de haberse venido para acá, para Las Heras, no se desligó nunca del campo. Tiene ahí todavía alguna familia, y siempre los va a ver. Generalmente en la época de la señalada, que es una fiesta. Ahí, por ejemplo, que hay miles de hombres dispuestos a tomar y a divertirse, Martina ve que su madre y alguna de sus hermanas están atentas, muy atentas. Miran a este, le sonríen al otro, le traen un vasito de vino al de más allá, les festejan los chistes. En fin, van tendiendo las redes para ver con cuáles ligan. A veces son más de dos o tres por señalada. A veces, más de dos o tres por noche. Para su madre, por ejemplo, que es infalible. ¿Será lo del lunar? Ella, en cambio, en esas señaladas se la pasa en otra: está buscando al mejor contrincante. Porque ahí, en esas fiestas que duran días, se juega mucho. Al rumi, al pase inglés, a la taba. A ella siempre le gustó, y después de que se desligó de la estrella pop, todavía más. No sabe si fue porque no estaba él ya para controlarla o porque se acrecentó su necesidad eterna de conseguir plata. La gente tiende a ver esos juegos como algo condenable, la perdición de alguien, pero para ella eran un modo de abnegación, una forma de darles de comer a sus criaturas. Mira de reojo a la Madre Teresa, que a su vez nos sigue mirando con el brazo en alto. Yo, en cambio, trato de no desviar nunca la mirada hacia ese brazo. No sabe, pero le consta que si de chica era buena en esos juegos, una vez separada se convirtió en un as. Fue uno de los tantos efectos positivos de estar sola. Esas primeras señaladas a las que fue después de separada se las acuerda como los mejores momentos de su vida. No está exagerando para nada. Puro brillo, momentos de una felicidad completa. Algo la impulsaba a jugar más, a ganar más. No sabe bien qué era. Tal vez el hecho de ver, por primera vez, que los hombres eran como animalitos indefensos alrededor de esas mesas plagadas de humo. Los medía, les redoblaba las apuestas, y los vencía. Los doblegaba. Tal vez era eso. Era sentarse ahí y olvidarse de todo y a la vez acordarse de todos: de su padre, del juez de paz, del policía, del militar. Y de la estrella pop, más que nada de la estrella pop. Y al rato, nuevamente, concentrarse solo en la carta ganadora, en el número que tenía que ser capaz de poder prever, en la estocada justa para dejar a sus contrincantes patas para arriba. No siempre eran flores, de todas formas. Una vez, de un saque, perdió una pick-up que había logrado ganar hacía poco con una serie de mesas afortunadas. Dio vuelta la carta y ahí nomás la perdió. De nuevo a andar caminando por el frío, a llevar a los chicos al colegio tiritando, colgados de su espalda. Fue la única vez que le tocó algo tan envenenado. La única vez que se lo bancó, mejor dicho. Porque después se dio cuenta de que era algo que simplemente no se podía permitir. Que si perdía demasiado no le quedaba ni una moneda para llevarles la leche a los chicos. Entonces los encaraba a los tipos cuando se estaban yendo y les hablaba franco. Eran de ahí, del pueblo, la mayor parte de las veces le daban algo de lo que le habían ganado, al menos para la leche. Otras veces no era tan fácil; una vez hubo uno que se le intentó hacer el vivo, le intentó cambiar la plata que hasta hace un ratito nomás era de ella por un favor sexual, digamos. Ahí nomás, le dijo. Que se la chupara. Ahí nomás lo que Martina hizo fue darle unos golpes que le dejaron la nariz desfigurada para siempre y el pito ese con el que se quería hacer el vivo hinchado de un rodillazo, si no para siempre, al menos por un buen rato. La anécdota llegó hasta el pueblo y se diseminó. Por una vez había logrado que supieran tratarla con respeto.

> El toro puede ser amo de mil vacas, si se quiere, ahora, si lo castran queda novillo, en medio de tantas vacas.
>
> (Sigue la novela).

Pero claro, cuando terminaba la época de la señalada y tenía que volver a encontrarse con su destino de mujer sola, separada, madre de cuatro hijos, ahí se venía todo abajo. Su madre la seguía ayudando en la casa porque finalmente a una madre siempre se la perdona, pero no le podía dar ni un centavo porque tampoco ella tenía nada. Nada. Entonces se volvía a sentir igual que cuando era una nena y veía, desde la ventana de la casa del juez, que pasaba el colectivo para ir a la escuela y que ella no había terminado de secar los vasos. Era como si se desdoblara en dos personas: cuando estaba ahí, jugando, en las mesas, sentía un poder que no tenía límites; pero cuando tenía que volver a salir a la calle, a buscar trabajos, a buscar un lugar donde vivir, ahí todo se ponía tan difícil otra vez. En esa época en que acababa de separarse de la estrella pop tuvo otro de sus intentos de suicidio. Se tomó todo lo que encontró, pero de vuelta la descubrieron a tiempo. La diferencia, esa vez, fue que al reaccionar se juró que eso no le podía pasar más. No podía hacer eso nunca más. Ahora tenía cuatro hijos y simplemente tenía que descartar de su horizonte la posibilidad de matarse. Lo que pasaba es que en esa época vivía en un garaje que un gordo le había alquilado, atrás de su casa, y a veces no le daba para pagarle. Y el gordo que la perseguía, que le decía que una rubia como ella no había nacido para dormir en un garaje sino en la cama principal de toda casa. Sí, el gordo decía las cosas que a ella le hubiera gustado que alguien le dijera en serio, pero ella, a esa altura, sabía diferenciar bien un sentimiento noble de las palabras de un gordo caliente. Y la verdad, no podía más. Los chicos le miraban las manos cuando llegaba a la casa, a ver si traía algo para comer, así como hacen los perros de campo después de una carneada, pero ella no traía, no tenía nada. Solo agotamiento. Y después estaba el gordo. En fin. Así fue, se hizo internar en una guardia de urgencia diciendo que le dolía mucho el vientre, que sentía un fuego que le quemaba las entrañas, y cuando todos se dieron vuelta para ver con qué podían calmarla, se fue corriendo a la enfermería, mejor dicho a la sala de guardia, donde el día que había ido a vacunar al más chico había visto un botiquín básico, y se tomó todo lo que encontró. Pero fue la última vez. En serio. De hecho, ya pasaron más de diez años de eso.

Cuando salió de ese último intento se dijo que lo que tenía que hacer, si quería conseguir una plata más o menos digna, era hacer un trabajo de hombre. Finalmente, son siempre los que ganan más. Así que se presentó a un puesto que se ofrecía en un aviso del diario local, un puesto de ayudante de albañil. Era una mañana de invierno, se acuerda. Había una cola larguísima de postulantes porque acá, durante estos últimos años, si sale algo que no tiene que ver con el petróleo hay que aprovechar porque se termina enseguida. Se puso un mameluco, le parecía que así estaría protegida de su condición de mujer. Todos la miraban, ella no miraba a nadie. Por suerte, ninguno le dirigió la palabra. Hasta que le llegó el turno de encontrarse con el que iba rellenando unas fichas, ahí, al final de la cola. Señora, le dijo, para tramitar el trabajo tiene que venir su marido directamente. A pesar de todo lo que me ha contado, la cara de Martina no había mostrado hasta ahora ningún signo de rencor, pero cuando me repite esa frase veo que le sube un rojo y se le afila algo en la mirada. Usted no me entiende, le constestó tajante. Usted no tiene ni la menor idea. Y se lo llevó, prácticamente del brazo, a una especie de sucucho de chapa que la empresa constructora había armado ahí, para construir esa obra. Le dijo que quería hablarle en privado. Le explicó, con lujo de detalles, lo que era ser madre de cuatro hijos de un padre díscolo y no tener nada ni nadie más en la vida para que le dé una mano. Nada ni nadie, ¿la entendía? ¿Quería que le dijera lo que ganaba una mujer trabajando como empleada doméstica? ¿Quería que le dijera lo que significaba volver a trabajar como empleada doméstica para alguien que ya a los nueve años había tenido que hacer lo mismo para sobrevivir? ¿Quería que le explicara lo que significaba para una mujer abrir las piernas —en el mejor de los casos, porque si no también podía ser la boca o el culo— para que cualquier desencantado de la vida se la metiera? ¿Quería detalles de las opciones que tenían las mujeres o prefería dejarle hacer un período de prueba como ayudante de albañil? Ella había levantado infinidad de galpones de adobe allá en el campo, esto tan distinto no podía ser. Mudo, el tipo quedó mudo. Le dijo que el único requisito era que se viniera siempre con ese mameluco, si podía ser un talle más grande todavía mejor, con gorro y con antiparras. Que disimulara, que nadie supiera que era una mujer. Cuando salieron de la casilla, los que estaban en la cola la miraron como si, en efecto, ella le hubiera abierto alguno de los agujeros detallados antes. Tienen tanta imaginación. Pero qué iba a importarle a ella. Hacía rato, la verdad, que los hombres no le importaban más que para ganarles al rumi o al pase inglés.

*

En esa época, justo cuando ella estaba más desamparada que nunca, justo ahí vuelve a tener noticias de su padre. Del padre que la había abandonado cuando ella apenas podía hablar y después no había vuelto a aparecer jamás. Nunca, ni por carta ni por cuentos. Que te digan en ese momento, cuando ya tenés más de treinta años, cuatro hijos y muchos más de treinta y cuatro golpes de la vida en tu haber, que hay un padre que te reclama, te parte la cabeza. La verdad, te parte la cabeza. Estaba enfermo, le dijeron, terminal, en el hospital de Sarmiento, no muy lejos de ahí. Muy enfermo, y pedía, reclamaba verla. Era lo que le faltaba, dice Martina. Qué vida linda le había tocado. Martina no me mira a mí cuando empieza con esas imprecaciones, mira a la Madre Teresa, como si en ella encontrara la interlocutora femenina realmente válida. La de veces, pienso, que habrán tenido estas conversaciones. Casi me siento de más. Martina ni pensaba ir a verlo, que se pudra en esa cama de hospital. ¿Acaso había algo que la ligara a él? ¿Acaso tenían algo que ver? O acaso le van a venir a ella con el cuento de que porque alguien un día se eche un polvo con alguien se convierte en padre de la criatura que tuvo la mala suerte de engendrarse ese día. ¡Que le cuenten eso los curas a sus feligreses! La gracia de Dios y todos sus cuentos. Padre es el que te cuida, el que te protege, el que se preocupa por uno. Ella no tuvo padre, sus preciosos cuatro hijos tampoco. Padre en el sentido íntegro de la palabra. Martina estaba bien decidida, realmente bien decidida que no quería saber nada con verlo ni con saber qué enfermedad tenía. Por ella que se pudriera despacito por dentro, bien despacito, mientras la esperaba, mientras miraba el techo —porque seguro que el hospital de Sarmiento no tenía ni ventanas para mirar para afuera— y la esperaba. Pero pasó que por esa época conoció a alguien muy especial. Muy. Un cabo de la Policía, pero un cabo que no tenía nada que ver con el otro, con el policía que la contrató como sirvienta cuando ella era una nena. Que, la verdad, tampoco era mala gente, solo que ella no quiere acordarse nada de esos años. Le dan asco. Este otro, en cambio, era tan apuesto, con ese uniforme y las piernas bien fuertes. Era una pinturita. Y tan dulce, tan comprensivo. Un ser de otro mundo. A veces ella se acostaba y él le acariciaba la cabeza y ella sentía que el peso de las cosas no era tan grande, que había momentos en la vida en los que se podía parar y descansar porque algún ser humano podía hacer algo por uno. Le acariciaba la cabeza, nomás, y era como si todo cambiara de peso, de color. A Martina le parecía increíble, como estar bajo los efectos de una droga. Con él también sintió lo que era ser mujer. Un orgasmo, quiere decir. El primero de su vida. Todavía se acuerda el día, habían ido a dar vueltas por el campo. Acá se da mucho: que la gente salga del pueblo, por ahí, y donde quiere para y bueno, pasa lo que tiene que pasar. Ella se preguntaba cómo sería en este caso. Hacía como diez años ya que se había desligado de la estrella pop, y a partir de entonces de hombres ni hablar. Tanto tenía que hacer con los chicos, que iban creciendo tan divinos y tan demandantes a la vez, que la verdad no podía pensar en otra cosa. En esa época ella ya no trabajaba más como ayudante de albañil, a pesar de que le había resultado un trabajo fantástico, que le había durado como cinco años. Se había terminado haciendo íntima de todos sus compañeros, que por supuesto al ratito nomás adivinaron que ella era una mujer y que únicamente le pidieron un favor: que Martina fuera siempre a trabajar con el mameluco y las antiparras, porque si sus mujeres se llegaban a enterar de que se pasaban el día entero con una rubia de dos metros los mataban. Así la describían ellos, me dice, ¿qué tal? Una rubia de dos metros. Le quedaron muy buenos amigos de esa época, gente muy buena. La verdad es que ahora es una agradecida de la vida, las cosas han cambiado tanto. Tiene a este maridito querido que la acompaña, tiene a sus hijos que ya la han hecho abuela. Pero el tema es que aquel hombre, el cabo de Policía, fue para ella un antes y un después. No me lo dice por lo del orgasmo, aclara, que en definitiva es una linda sensación, pero también son lindas sensaciones andar a caballo por el medio del campo o levantarse temprano a la mañana y tomar mate sola, sin que nadie te hable. No es la sensación sino la consecuencia: ella sintió con eso que por primera vez tenía un derecho, un derecho a pasársela bien con otra persona, algo que le parecía solamente cosa de hombres. Que las mujeres tenían que ser como el receptáculo para que ellos la pasaran bien, pero no partícipes de la cosa. Fue él, con lo bien que la hizo sentir, con el amor que le demostró, el que la convenció de ir a ver a su padre. Si no es por él, por el cabo, no hubiera ido jamás. Pero él le dijo algo muy importante: no le dijo que fuera buena ni ninguna de esas estupideces que le hubieran dicho sus amigas si las hubiera tenido o su madre si no fuera tan bruta y egoísta. Él le dijo que lo hiciera por curiosidad, para ver qué cara tenía, cómo hablaba, para ver por qué ella era tan rubia y tan alta si se la pasaba diciendo que era tehuelche. Qué amorcito, dice Martina, y vuelve a mirar a su Madre Teresa. Qué poco duró todo. A los dos meses lo mataron de un tiro en la frente, justo en el medio de los dos ojos. Iba persiguiendo a un chorro y ¡pum! De un saque quedó muerto ahí nomás. Así fue, así fue y así terminó. Pero ella aprendió mucho de él. Es al día de hoy que le sigue agradeciendo a la Madre Teresa de haberlo conocido, aunque después se lo haya tenido que quitar. Ella sabe; ella entiende. A la semana siguiente, cuando ya estaba un poco recuperada, fue a dejarle flores a su tumba y después, de ahí directo, se fue al hospital a ver a su padre. Sentía que lo tenía que hacer por él, por el cabo. Él estaba tan convencido de que era lo mejor para ella que Martina se lo tomó como una promesa implícita, como algo que se hubieran traspasado de mente a mente uno de esos días en los que él le acariciaba la cabeza. Porque ella, curiosidad, la verdad, no tenía ninguna.

Una mujer vestida con guardapolvo blanco que se encontró a la entrada del hospital le señaló un pasillo por el que tenía que seguir, otro por el que tenía que doblar y finalmente se refirió a una tercera puerta por la que tenía que entrar. Todo sin dejar de hacerle señas a alguien que estaba subido a una escalera, cambiando unas bombitas de luz, cree. Mejor para ella. A Martina el hecho de preguntar por la habitación del señor F. la había puesto terriblemente incómoda, como si no pudiera decir su mismo apellido para referirse a nadie más que no fuera ella. Golpeó la puerta del cuarto y nadie respondió. La empujó despacio, apenas, con cuidado, como si fuera de cartón, y vio que había tres camas paralelas en un cuarto pintado de blanco, o que al menos había sido pintado de blanco en algún momento. Y que, tal cual, no tenía ventanas. En una de las camas había una mujer completamente dormida, seguro que dopada. En las otras dos había hombres. Uno de ellos la miró y le sonrió. Ella esbozó una sonrisa pero no se animó a abrir la boca. Era un hombre de buen físico, de unos sesenta años, que estaba incorporado, apoyado sobre una pila de almohadas, leyendo un diario. Parecía saludable, no debía ser su padre. El otro, el tercer integrante de la habitación, estaba acostado, de espaldas a la puerta, mirando la pared. Martina no podía saber si estaba dormido o no.

Ni siquiera alcanzaba a ver si las frazadas se movían al ritmo de alguna respiración. Por ahí era su padre, y ella tenía la suerte de haber llegado justo un rato después de que se hubiera muerto. Así como se dan esas conexiones raras cuando alguien muere. Ella siempre se acordaba de una mujer que le había contado que cuando su padre se murió, también en una cama de hospital, un reloj de pared que él tenía siempre colgado en el comedor de su casa, que se había traído de Sevilla, se paró justo en el momento en el que él dio el último respiro. Justo, justo. Martina se quedó ahí parada, pero nada se modificaba a su alrededor. El que leía el diario, que era el único que podía decir algo, estaba definitivamente interesado en las noticias. No era, parece, que lo había agarrado para pasar el tiempo, para esperar a que viniera algún familiar o alguna enfermera y él pudiera hablarles. Con él no podía contar. Ella ahora me dice que en ese momento ya sabía que su padre era el de la derecha, el que estaba mirando la pared. No tiene idea cómo es que ese tipo de certezas se instalan en la mente, pero le consta que es así. Dio un par de pasos en dirección a esa cama, entonces. Verificó que estuviera bien tapado, le hubiera dado una incomodidad terrible ver a su padre a medio vestir, con esos calzoncillos blancos que se ponen los viejos y que a veces se olvidan de cerrárselos bien. Asomó la cabeza y vio que el hombre —su padre, digamos, me dice— no estaba dormido: tenía los ojos abiertos, fijos contra la pared. Se estuvo por ir corriendo, tuvo un impulso. Se maldijo por haber ido sola, pero la verdad es que le parecía una crueldad traer a los chicos a presenciar semejante cosa. Hubiera traído a su madre, pero ella se había negado, le dijo que no tenía ninguna gana de volver a ver a ese mugriento. De perfil vio que la nariz de ella, de Martina, larga y con un final filoso, era la misma que tenía este hombre. Trató de acordarse de la última vez que lo había visto, pero no venía a su mente ningún recuerdo. Según calculaba, ella tenía tres años cuando él se fue, porque eso había pasado por lo menos un par de años antes de que se fuera su madre. No había podido retener ni un solo rasgo físico. Tener que venir ahora acá, pensó, con lo ocupada que estaba, para perder el tiempo pensando en esas cosas que habían pasado hace tanto. Lo pasado pisado. Pero se acordó de su cabo, de la promesa. Carraspeó, pero el hombre ni se inmutó. ¿Cómo debería llamarlo? ¿Papá? ¿Señor F.? Se escuchaban algunos ruidos que venían de otras habitaciones, alguien pegó un grito agudo. Ni eso lo hizo inmutarse a este, su supuesto padre. Se acercó más y le tocó un brazo. Hasta eso prefería antes que llamarlo de alguna forma determinada. Ahí sí se dio vuelta. La miró como miraba a la pared, medio ido. Soy Martina, le dijo ella, la que él había mandado a llamar. Cuando se dio vuelta vio que tenía la cara huesuda, grande, y que cuando ella le habló una mueca de dolor contenido le recorrió los rasgos. Ella vio que ni siquiera tenía una mesa de luz al lado de la cama, algún lugar para apoyar las cosas. Igual, no le había traído nada. Hablaron apenas lo necesario. Ella no atinó a sentarse porque eso hubiera implicado hacerlo sobre la cama en la que él estaba. Tampoco había una silla cerca. Él le dijo que tenía un cáncer terminal y que ella era la única hija que había tenido. Tampoco cuando hablaba se le dulcificaban los rasgos. Ella le dijo que había tenido cuatro hijos y que lo odiaba.

Diez

Porque hay que vivir aturdida para saber lo que es eso, lo que se siente. Aturdida: rebasada por los cuentos que te toman la cabeza, que te tratan de dominar la atención, la voluntad. Como ese, el del kurdo cornudo, en el que el tipo cree que le están contando un cuento cuando en realidad le están manipulando la vida. Voces que no te dejan ni un minuto en paz. Sandra deambula por la cocina de su casa mientras habla. Voces que te llenan la cabeza de cuentos, dice, y se sacude el flequillo infantil que coincide con el aire del resto de su cara aunque no con su edad. Su cabeza es chica, esmirriada, como si los cuentos fueran jíbaros que se la van reduciendo día a día.

Ella dijo:

> … y la joven esposa del capitán kurdo quedó subyugada por los encantos del hijo del carnicero, y sucedió entre ellos lo que sucedió.
>
> Y el señor kurdo volvió aquel día más temprano que de costumbre e introdujo la llave en la cerradura para abrir la puerta. Y su esposa, que estaba copulando en aquel momento, oyó rechinar la llave y lo dejó todo para saltar sobre ambos pies. Y se apresuró a ocultar a su amante en un rincón de la habitación, detrás de la cuerda en la que estaban colgados los trajes de su esposo y los suyos propios.
>
> Luego tomó un velo grande, en el cual se envolvía de ordinario, y bajó la escalerilla para salir al encuentro de su marido el capitán, el cual, sólo con subir la mitad de los escalones, había olfateado ya que en su casa pasaba algo que no pasaba de ordinario. Y dijo a su mujer: "¿Quién hay? ¿Y por qué tienes ese velo?". Y ella contestó: "¡La historia de este velo, oh dueño mío, es una historia que, si estuviese escrita con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección a quien la leyera con respeto! ¡Pero empieza a

sentarte en el diván para que te la cuente!”. Y lo llevó al diván, le rogó que se sentara, y continuó así: “Has de saber, en efecto, que en la ciudad de El Cairo había un capitán de policía, hombre terrible y celoso, que vigilaba a su mujer de continuo. Y para estar seguro de su fidelidad la había encerrado en una casa como ésta, con una sola habitación. Pero a pesar de todas sus precauciones, la mujer le ponía los cuernos con todo su corazón, y sobre los cuernos insensibles de él copulaba con el hijo de su vecino el carnicero, de modo y manera que, un día en que había vuelto más temprano que de costumbre, el capitán sospechó algo. Y, en efecto, cuando su mujer le oyó entrar, se apresuró a ocultar a su amante y llevó a su marido a un diván, igual que yo he hecho contigo. ¡Y entonces le echó por la cabeza una tela que tenía en la mano, y le apretó el cuello con todas sus fuerzas, de esta manera!”. Y así diciendo, la joven echó la tela por la cabeza del kurdo, y le apretó el cuello, riendo, y continuando así su historia: “Y cuando el hijo de perra tuvo la cabeza y el cuello bien cogidos con la tela, la joven gritó a su amante, que estaba escondido detrás de las ropas de su marido: ‘¡Ey, querido mío, ponte a salvo! ¡Pronto, pronto!’. Y el joven carnicero se apresuró a salir de su escondite y a precipitarse por la escalera a la calle. ¡Y tal es la historia de la tela que tenía yo en la mano!”.

Y tras contar así esta historia, y al ver que su amante estaba a salvo ya, la joven aflojó la tela que tenía fuertemente enrollada alrededor del cuello de su marido el kurdo, y se echó a reír de tal manera que cayó de trasero.

En cuanto al capitán kurdo, libre ya de la estrangulación, no supo si debía reírse o enfadarse por la historia y la broma de su mujer.

Y aquella noche dijo Schehrazade la historia siguiente, que es un torneo de generosidad entre tres personas de diferente especie, a saber: un marido, un amante y un ladrón.

(De *Las mil y una noches*.
El cuento de la noche 891ª).

Y hay tantos otros cuentos que ellos le meten en la cabeza: el cuento “Ollas negras”, por ejemplo, que tiene un tétrico carácter parricida; o el cuento“Boa ua-ie”, que es la historia de un chico de nueve años; o el cuento del viejo vagabundo. Son como los cuentos de *Las mil y una noches*: siguen y siguen, no terminan nunca. Ella los detalló claramente en la carta que le escribió al gerente de la Quiniela Nacional. Salió publicada en el diario, entera. En el diario de acá, de Las Heras, pero también en el de Comodoro. Hasta de Télam vinieron a entrevistarla. Ahí dice bien de qué se trata. Ahí dice bien clarito quiénes son los que se concentran y emiten esos cuentos para dominar las mentes de los habitantes de Las Heras. Quiénes son y por qué lo hacen. A todos esos los va a denunciar, está llena de pruebas. Ojo que no está hablando de pavaditas. Está hablando de una secta poderosísima, una de las más potentes del mundo. Siete son, ella los tiene bien identificados. Son los dueños de la casa de lotería del pueblo: la familia entera. Son siete, toda la familia. Desde la vieja hasta el nene, el de doce años. Él es el peor, Sandra está convencida. Una verdadera encarnación del demonio. Todos, los siete, se concentran en una cama inmensa. La noche entera. A veces día y noche. Por eso la vieja atiende el kiosco de la casa de quiniela con esa cara ojerosa, cansada. Acechando ahí atrás de la caramelera, con esos ojos que son como bolsas negras de residuos. Como los caramelos media hora con los que nos torturaban en la infancia: una pelota negra, eso son sus ojos. No es una buena señora cansada de un trabajo. No, Sandra sabe que se trata de otra cosa, o al menos de otro tipo de trabajo. Ella los escucha, la aturden. No la dejan ni de día ni de noche.

Sandra sabe que son ellos, toda la familia, los que se concentran, durante la noche, y se inmiscuyen en los sueños de los habitantes de Las Heras. En los sueños de los lashereños. Operan así: concentrados como secta, introducen esos cuentos en la cabeza de la gente y a partir de entonces no paran, les llenan la cabeza y no paran. No paran hasta que el cuento, a través de sus claves oníricas, les revela el número que ganará. Hay que saber de todo eso. Hay que saber inculcar esos cuentos en los sueños y después hay que saber decodificarlos. Ellos saben, porque han hecho cursos de control mental y porque forman parte de la secta más poderosa del mundo. La más poderosa no, la segunda. Pero no es poco decir. Cuando la gente sueña esos cuentos, ellos se concentran, se introducen, y de ahí sacan el número ganador. Porque esos cuentos siempre remiten a un número, siempre, inevitablemente. En esos cuentos, en clave, está el número ganador. Son maléficos. Una vez que tienen esos números, lo que hacen es jugarlos ellos mismos. Aunque tengan su casa de lotería, eso no tiene nada que ver. Los juegan en otros lados, para que nadie los descubra: obtienen los números a la noche, mientras los pobres lashereños tratan de dormir, y al otro día los juegan en Pico Truncado, en Río Gallegos. Por eso ella les pide a las autoridades de la lotería que investiguen, porque así van a ver la cantidad de números ganadores que este grupo ha logrado acumular.

> Combinar las jugadas era difícil; pero hay que recordar que los individuos de la Compañía eran (y son) todopoderosos y astutos. En muchos casos, el conocimiento de que ciertas felicidades eran simple fábrica del azar, hubiera aminorado su virtud; para eludir ese inconveniente, los agentes de la Compañía usaban de las sugestiones y de la magia. Sus pasos, sus manejos, eran secretos. Para indagar las íntimas esperanzas y los íntimos terrores de cada cual, disponían de astrólogos y de espías [...]. El ebrio que improvisa un mandato absurdo, el soñador que se despierta de golpe y ahoga con las manos a la mujer que duerme a su lado ¿no ejecutan, acaso, una secreta decisión de la Compañía? Ese funcionamiento silencioso, comparable al de Dios, provoca toda suerte de conjeturas.
>
> (“La lotería en Babilonia”,
> Jorge Luis Borges).

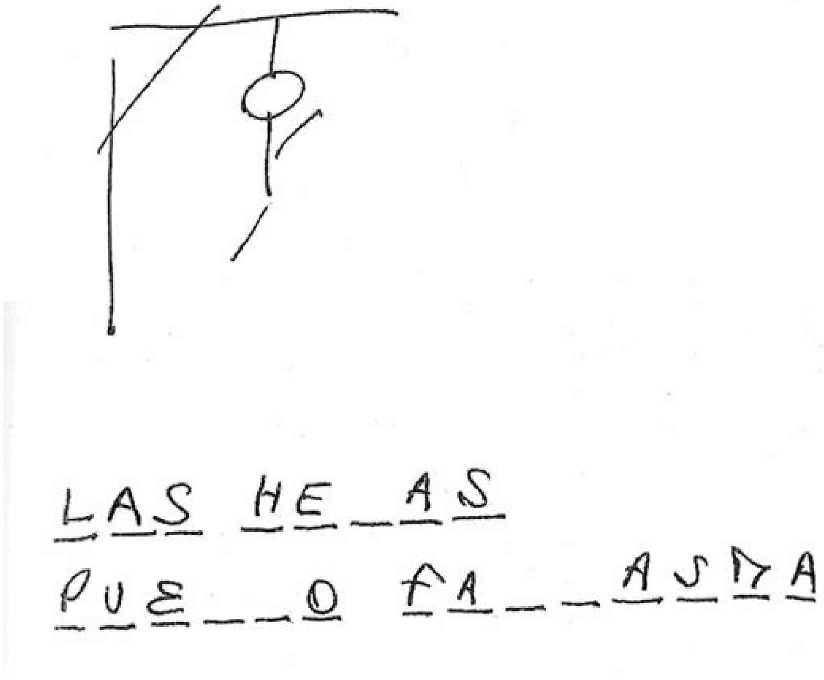
Así se han hecho ricos, dice Sandra, consumiendo las cabezas de la gente. Inculcando cuentos sin fin. Y no todos en Las Heras reaccionan de la misma forma, claro. Pero en todos se ve, a su manera, la marca de la destrucción. La destrucción absoluta que domina este pueblo que parece parido por el mismo demonio. Los cuentos, cualquiera sea la forma en que actúen, desembocan finalmente en destrucción. Hay casos de gente, por ejemplo, a la que la van induciendo a abandonarlo todo, a quedar en la calle. Como le ocurrió a este hombre, dice, y me señala un saco que cuelga sobre el respaldo de una de las sillas de su cocina. Ese hombre era una persona normal, buen padre de familia, con su casa, su trabajo. ¿Y ahora qué? Ahora es un vagabundo, un pobre tipo que vive en la calle. Lo único que tiene son dos perros flacos que lo siguen. Y este saco, que Sandra le prometió coser. Me lo muestra por dentro: a través de los jirones de la tela se ve un relleno apelmazado, como de piel de cordero sintética. El saco parece no tener solución pero Sandra me muestra el sector por donde piensa cortar la tela para rellenar algunos huecos. Como hacen los cirujanos, que sacan piel del muslo para aplicarla sobre la garganta. El caso del vagabundo, sigue Sandra, es clásico. Un tipo de víctima clásica de la secta de los siete. Después hay otros casos: están los que resisten todavía menos los cuentos en su cabeza y directamente se matan. Son los casos de los suicidados, que en su mayoría son adolescentes y jóvenes. Claro, tienen menos resistencia para soportar los cuentos. Les toman la cabeza, esas cabezas todavía frescas, sin tantas estrategias de defensa.

> Entre el año 1996 y fines de 1999, en Las Heras se suicidaron 16 jóvenes de entre 18 y 30 años, incluyendo el suicidio de una persona de edad mayor. Se debe incluir a la fecha —enero del 2003— tres suicidios más dos de jóvenes acaecidos en diciembre del 2000 y en diciembre del 2002 y el suicidio de una persona de entre 40 y 50 años acaecido en la Alcaidía local. El último suicidio citado —diciembre de 2002— fue de un joven de 12 años, el de más corta edad. Además se debe considerar la alta cantidad de suicidios evitados e intentos de suicidios de los cuales no se llevan registros. No obstante, datos extraídos en la comunidad dan cuenta de innumerables casos.
>
> (Del Diagnóstico socio-económico de Las Heras
> elaborado por Antonio Grant, de la Defensoría Social
> de Las Heras).

Los chicos de Las Heras se ahorcan. A las estadísticas de ese informe citado, hay que agregar los ocho suicidios consumados y los ocho intentados durante el resto de 2003, el año en que se volvió al peor índice desde que todo esto empezó, en el 99. Sandra dice que el método que eligen para matarse abona su teoría, que los inducidos por este tipo de sectas siempre optan por la soga al cuello. A mí se me ocurre, aunque por supuesto no me atrevo a contradecirla, que es el método más fácil, más accesible. Acá, en medio de este desierto, no hay dónde ahogarse, un puente del que tirarse ni edificios altos. Ni fármacos al alcance de la mano, como en las ciudades grandes. Será que todos temen que el farmacéutico ande contando que uno se empasta. Las pastillas y toda su metáfora de la curación parecen fuera de lugar en este pueblo que hasta la aparición del petróleo —que ocurrió en la década del treinta, aunque se empezó a explotar realmente a fines de los cincuenta— tuvo una idiosincrasia rural. Si se trata de tomar, más bien recurren a insecticidas o, como sucedió una vez, a tomar agua con vidrio triturado. Además están las armas, pero los jóvenes no suelen recurrir a ellas. Y no es por la plata: en el mercado ilegal se consiguen fácil y barato. Será tal vez que matarse con un arma implica un grado de violencia desmedido: más sangre, más ruido. Más responsabilidad de elección —apuntar al cerebro o al corazón— o más margen de error: en el hospital dicen que en muchos de los intentos de suicidios no consumados que les toca asistir hubo de por medio un arma. De fuego o blanca. Estos jóvenes, además, vuelven toda la violencia sobre sí mismos. Íntegra. No se da en Las Heras lo que pasa en esos otros pueblos donde los chicos llegan al colegio con una ametralladora y aniquilan a todo el curso. A pesar de la violencia contenida que se respira en esta ciudad, no existe ese reflejo de descargarla sobre otros. Tal vez eso sea lo más inquietante de este lugar, de estos chicos: ni culpan a los otros ni se victimizan a sí mismos. Simplemente, un día, se atan una soga al cuello y saltan. De un banco, de la cama, de la mesa de la cocina. Nadie lo sospechó el día antes, nadie se lo termina de explicar en los subsiguientes. Mientras las personas del pueblo que ya dejaron de ser adolescentes sostienen una serie de teorías para explicar esas muertes —el noventa por ciento de las cuales apela al ingrediente sobrenatural—, los jóvenes no dicen al respecto más que frases entrecortadas, sueltas. Parecen haikus del horror.

*

Cruzo la plaza principal del pueblo y me acerco a un grupo de cinco chicos sentados en círculo en la parte delantera de una casa abandonada que está enfrente. La casa ha adquirido su notoriedad en el pueblo por varias razones: ahí se reúnen para hacer sus transas o para fumarse un porro en paz —cualquiera diría que cumple la función de un club inglés— y ahí, también, sobre el fondo mostaza del frente, alguien escribió un grafiti que dice “Las Heras. Pueblo fantasma”. Una periodista de Buenos Aires que vino a Las Heras a fines de 2001 —cuando la Municipalidad, Unicef y la fundación Poder Ciudadano se reunieron para tratar de implementar un programa de resolución de conflictos sin violencia ingeniado por la Universidad de Harvard— citó esa frase en los primeros párrafos de su nota. Los chicos dicen que muchos viejos se ofendieron por la forma en que la nota había hecho quedar al pueblo pero que para ellos es cierto, que es un pueblo fantasma. Cambian de tema permanentemente. Sí, claro que conocían a los que se mataron. Ni idea; por qué lo hicieron, ni idea. Hace frío acá, todo el año, dicen. Me acuerdo de la frase de Nick Nolte en *Nightwatch*, esa película en la que un cuidador nocturno de la morgue empieza a ser sospechado por una serie de asesinatos: no siempre hay una explicación que cierre. Los cómos y los porqués bien expuestos, verosímiles, se arman para que les cierren a las familias que sufren, a los guionistas de policiales. Pero cuando uno realmente quiere llegar al fondo, el cuento completo se quiebra, quedan huecos, incógnitas, un sinsentido del que más vale hacerse amigo. Más o menos eso dice Nick Nolte en *Nightwatch*.



Marcos se ahorcó con una manguera de plástico rayada que colgó de la viga de una de las casas del barrio que quedó a medio construir frente a su casa. Justo enfrente. Su madre, Zulema, cuenta lo que pasó y señala, desde su ventana, las locaciones del drama: ahí en esa pieza que está a la izquierda fue donde se colgó, ahí en esas vigas del techo, ahí en ese baldío jugaban todos. Él, que tenía doce años, y los tres hermanos menores, que ahora circulan por la cocina, pasan por el espacio que queda libre entre las dos sillas en las que nosotras, su madre y yo, estamos sentadas, deambulan como apariciones sin rumbo. Pasan, miran y no dicen nada. *I see dead people*: parecen esos personajes fantasmales que entreveía el pobre chico de *Sexto sentido*. No siempre jugaban todos juntos, porque tampoco hacía tanto que Marcos había venido a vivir con su madre. Antes vivía con el padre, que había estado preso por prostitución de menores. De una vecinita de acá a la vuelta, mejor dicho. La madre de la chica también fue procesada por cómplice. Zulema es de una comunidad tehuelche que se llama Limonao. Justo ahora, que había empezado el colegio nocturno, viene a pasar esto.

Cruzo a la casa del barrio abandonado y los hermanitos menores me siguen como autómatas, como si simplemente se tratara de ir al lugar donde siempre juegan. Las paredes del cuarto en el que Marcos se colgó están todas cubiertas por letras escritas en negro, con un carbón. Son cumbia villera, me dice el más alto de los hermanitos y ahí por primera vez le escucho la voz. “Sus amigos y parientes hoy lo van a visitar. *Hace solo un par de meses que está preso por robar.* Él se enamoró perdidamente sin pensar que lentamente su vida se iba a arruinar. *Blanca y pura era la dama que su vida controló.* Conoció así la locura, conoció así el descontrol. / *etc.* / etc.”.

La caligrafía es ágil, decidida, como la de alguien que tiene una relación cotidiana con la escritura. Marcos vino acá con los tres hermanos menores, les dijo que lo ayudaran a colgar la manguera ahí para jugar un juego nuevo, se subió a unas cajas que habían logrado juntar por el barrio, una encima de otra, y saltó. Los hermanos lo miraban dar vueltas ahí arriba, en círculo, ensimismado, y pensaron cuál es la gracia de preparar todo para jugar a un juego que al final es solamente para uno solo.

*

En el hotel, esa noche, tirada en una cama que mide dos centímetros menos que la superficie total del cuarto, no me puedo dormir. Me viene a la mente una novela que leí cuando tendría diez, doce años, *Las esposas de Stepford*, de Ira Levin, el mismo que escribió *El bebé de Rosemary*. Sucedía en uno de esos pueblitos de Estados Unidos donde parece que todo está bien: las casas con cortinas, los niños con cereales y las parejas con fiestas de aniversarios. Lo que empezaba a suceder era que, en un momento, todo tendía a estar *demasiado* bien. Las cortinas empezaban a tener diseños cada vez más sofisticados y las fiestas de aniversarios también, y a las mujeres se les empezaban a acentuar los rasgos tradicionalmente asociados a lo femenino: preparaban platos cada vez más elaborados, conversaban con sus amigas sobre los temas de la casa, sonreían afectuosas a sus maridos cuando ellos volvían del trabajo —y hasta se les redondeaban las tetas y la cola—. Las mujeres se volvían caricaturas de sí mismas. Creo que estaba contada desde el punto de vista de la última mujer que está por caer en esos rituales, y que ahí reside lo que me impresionó siempre: su relato pormenorizado de la extrañeza en la que va cayendo todo lo que hasta entonces le resultaba conocido. Este personaje asediado va deduciendo que los hombres de Stepford han formado una especie de logia cuya misión es quitarles a las mujeres el ingrediente humano para convertirlas en robots guardianes del hogar, eternamente sonrientes. Se trata de hombres que, antes de mudarse a Stepford, habían sido maridos consortes de mujeres exitosas. Ese papel, parece, no les había resultado nada cómodo y es por eso que se van sumando gustosos a la fantasía de tenerlas bajo control. Un poco como el plan que quería perfeccionar Jeffrey Dahmer, “el carnicero de Milwaukee”, con la diferencia de que en este caso el experimento había resultado un éxito. Para cuando esta mujer de Stepford llega a esa conclusión, la misión está muy avanzada: empieza a quedar sola en ese pueblo de marionetas. Frank Oz hizo hace poco una versión para cine de esta novela en la que se encargó de arruinarlo todo: la actriz principal es Nicole Kidman, el tono es el de una comedia sin gracia, el guion no pudo ni captar ni independizarse del relato de Levin y en el aire flota la idea de que se trata de una sátira de la lucha feminista. Para mí en cambio esa historia siempre será, hablando en términos de catálogo de video, una de “terror psicológico”. El lento exterminio de una especie. Creo que por eso me vuelve esta noche a la cabeza, porque algo similar parece darse acá, en Las Heras, con los jóvenes. Si no se suicidan, encuentran sus otras formas de anularse, de convertirse en marionetas: consumen sustancias que los dejan estupefactos de por vida o se embarazan para diluirse en otro.

> Una historia acerca de la magia negra moderna brillantemente densa, que induce al lector a creer lo increíble. Yo la creí y me cautivó por completo.
>
> (Truman Capote acerca de *El bebé de Rosemary*).

Esos chicos fueron víctimas de aprendices de brujas. De alguna forma tienen que ensayar las pobres mujeres. Por eso empiezan por lo más fácil: las almas adolescentes son siempre tan débiles, tan influenciables. Hay que entrenarse en algo tan difícil como la dominación de las voluntades, de las mentes ajenas. Y acá en Las Heras es algo que se da mucho. El deseo de dominar, de controlar los destinos. Lo hacen a través de los sueldos y a través de la mente. La verdad es que por eso Miguel se fue de acá hace un par de años; se levantó una mañana y se dio cuenta de que no lo soportaba más. Venía alguien, por lo menos tres veces a la semana, y le pedía que le hiciera algo a otro: que le arruinara el matrimonio, el negocio, que lo dejara perdido. Siempre cosas negativas, por supuesto. ¿Quién se va a tomar toda esa molestia para hacer algo bueno? Para eso está cada uno, es muy raro que alguien delegue en otro una buena acción. Todo el mundo, en el fondo, se la pasa acumulando cosas en su debe y en su haber. Ese es uno de los problemas del oficio suyo: te contratan para que el debe le toque siempre a otro. Por eso se fue; ahora a Las Heras viene muy de vez en cuando. Dos, tres días a lo sumo. Y trata de pasar lo más inadvertido posible: en realidad, después de cinco años de vivir en este pueblo, apenas puede decir que le quedaron un par de amigos. Los ve solamente a ellos y se vuelve para Los Antiguos, donde lo esperan su familia y todo un grupo de discípulos. Esto de la Patagonia es algo relativamente nuevo para él: antes anduvo por el mundo, aprendiendo todo lo que sabe ahora. España, la India, Tailandia. Todas las técnicas que lo ayudan a curar, porque la verdad es que para él de eso se trata. Pero acá en Las Heras nadie se lo quiso entender. Nadie. La gente ni siquiera venía a pedirle un masaje. Siempre algo para otros, algo funesto. Tiene que reconocer que nunca vio una sociedad tan preocupada por los demás, la verdad.

> La comunidad de Las Heras está por estas horas conmovida. Negarlo. Dejar pasar esta realidad. No tratar de escribir algo sobre lo que nos está pasando no estaría bien. Al menos es lo que yo opino. ¿Qué es lo que está pasando?
>
> (De la nota editorial del semanario *La Ciudad*, Las Heras, septiembre de 1999).

Todos reaccionaron tan clamorosamente, un error. Un verdadero error. El padre Augusto era el cura párroco cuando empezó la cadena de suicidios. Ahora ya no, ahora no vive más en Las Heras. Fue después de la operación al corazón, ahí pidió el traslado a otro pueblo de por acá. Ahora lo vienen a ver matrimonios que le piden consejos porque se van al Norte atrás de los hijos y los nietos; nada parecido a Las Heras. Él se acuerda bien del primer chico: conocía a su familia. A la tía que lo había criado. Algo inexplicable. Un chico con todas las posibilidades, que estaba terminando el secundario y se preparaba para ir a la universidad. Hay tanto chico complicado ahí, jóvenes sin saber qué hacer, tirados en la plaza consumiendo cualquier cosa, chicas embarazadas a los quince, pero este que empezó con la cadena de suicidios, por decirlo de alguna manera, nada que ver. Esos misterios que tiene la vida. Un chico con una novia que lo quería tanto. Hicieron mal, hicieron mal, hicieron mal en velarlo ahí en el colegio. La escuela es un ámbito pensado para el desarrollo, no para la muerte. Esas aulas heladas, atónitas. Todo porque la tía es la directora. De ese no, de otro colegio, un primario, pero directora al fin. Se entiende que en medio de tanto dolor la mujer haya querido buscar un ámbito que le resultara próximo, íntimo, alguna plataforma como para sentirse mínimamente entera. Pero fue un error: le dio a toda la cosa un corte de espectáculo. Y ya se sabe lo que los adolescentes harían para llamar la atención. Cualquier cosa. Sobre todo estos, que tienen tanta necesidad sin cubrir. Padres ausentes, que trabajan catorce horas en un pozo de petróleo. O directamente inexistentes, padres que ni se enteraron de que lo son. Madres sacrificadas, que les transmiten esa cuota de abandono y de resentimiento en la que nada puede prosperar. O madres díscolas, presas en definitiva de ese mismo sentimiento de abandono. Todos como mutantes que no saben adónde ni para qué van. En fin, un cuadro complicado. Y encima, cuando pasa algo, todos reaccionan tan clamorosamente. Un error, no se cansa de repetirlo. El cura cree que el periodismo contribuyó mucho: montan su propio espectáculo para vender unos ejemplares más cuando harían mejor en callar. Acaba de leer, de hecho, un libro en el que se describe lo que ocurrió en algún lugar de Estados Unidos donde hubo, también, una serie de suicidios de jóvenes en cadena. En medio de ese proceso, parece, la ola se detuvo: ni una sola muerte durante un mes. La gente hasta respiraba con cuidado por miedo a que se alterara ese microclima en el que la calma parecía haber echado raíces. Al tiempo —bastante tiempo después de que se retomaran los suicidios que inevitablemente siguieron— se dieron cuenta, dice el cura que dice el libro, de que ese período de suspensión en la cadena había coincidido con una huelga de periodistas.

CONMOCION Y DESCONCIERTO

El enigma de no saber qué hacer

La comunidad de Las Heras está por estas horas conmovida. Negarlo. Dejar pasar esta realidad. No tratar de escribir algo sobre lo que nos pasa no estaría bien. Al menos es lo que yo opino.

Qué es lo que está pasando?

Qué m…. les pasa a los jóvenes? Qué nos pasa? Por qué todos los lashereños de un tiempo a esta parte tenemos que vivir con el corazón en la boca cuando nos llegan estas noticias infaustas que no tienen una explicación lógica?

Todo en la vida tiene un sentido.

Todo se hace siguiendo una dirección.

Todos tenemos objetivos –distintos- es cierto, pero apostando siempre a lo que vendrá porque es lo que nos mantiene vivos.

Pero qué les está pasando, muchachos?

No tienen sueños, no tienen ilusiones, no tienen en quién pensar?

Por qué no toman conciencia de lo duro que se está poniendo vivir y ustedes lo solucionan todo en un instante fatal?

Por qué son tan egoístas y piensan nada más que en ustedes, en cómo evadirse de los problemas si es que realmente los tienen?

Por qué actúan con tanto ego y deciden ustedes el sufrimiento eterno de quienes quedan llorándolos?

Es que no piensan en sus seres queridos, es que no piensan en que la vida es más linda y tiene más sentido cuando aparecen los desafíos?

Es que no tienen a nadie en este mundo superpoblado de gente para que simplemente los escuche?

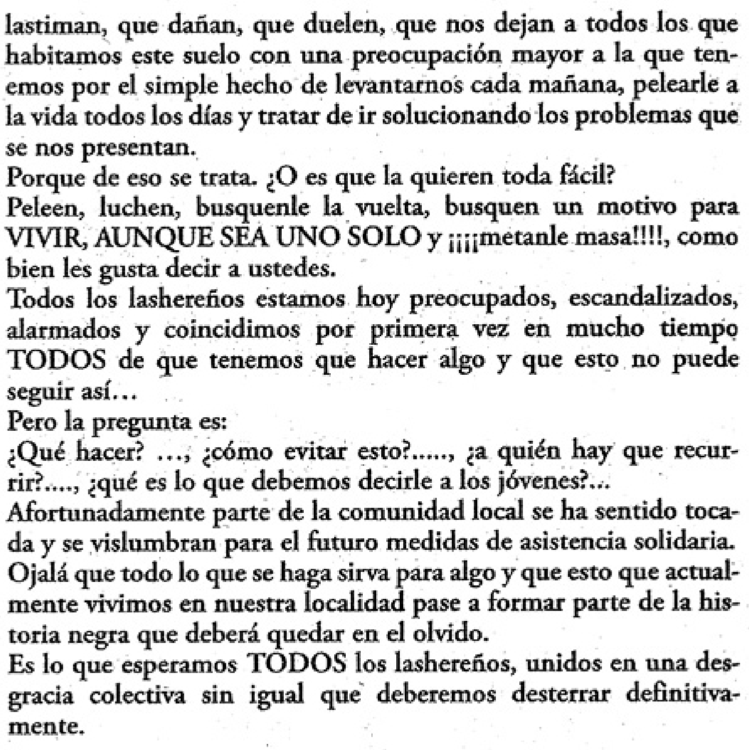
Me gustaría tener la verdad absoluta y saber cuál es la causa de todo esto que está sucediendo en nuestra localidad.

Hablan de males, de demonios, de problemas laborales, sentimentales o financieros. De listas, de sectas. De que es una modalidad que están siguiendo los jóvenes.

¡¡¡Paren la mano que no es joda!!!, ¿de qué están hablando?

NADA es tan grave como pasar en un instante a NO SER NADA.

No hay nada que justifique esta sucesión de hechos trágicos que



lastiman, que dañan, que duelen, que nos dejan a todos los que habitamos este suelo con una preocupación mayor a la que tenemos por el simple hecho de levantarnos cada mañana, pelearle a la vida todos los días y tratar de ir solucionando los problemas que se nos presentan.

Porque de eso se trata. ¿O es que la quieren toda fácil?

Peleen, luchen, busquenle la vuelta, busquen un motivo para VIVIR, AUNQUE SEA UNO SOLO y ¡¡¡¡metanle masa!!!!, como bien les gusta decir a ustedes.

Todos los lashereños estamos hoy preocupados, escandalizados, alarmados y coincidimos por primera vez en mucho tiempo TODOS de que tenemos que hacer algo y que esto no puede seguir así…

Pero la pregunta es:

¿Qué hacer? …, ¿cómo evitar esto?….., ¿a quién hay que recurrir?…., ¿qué es lo que debemos decirle a los jóvenes?…

Afortunadamente parte de la comunidad local se ha sentido tocada y se vislumbran para el futuro medidas de asistencia solidaria.

Ojalá que todo lo que se haga sirva para algo y que esto que actualmente vivimos en nuestra localidad pase a formar parte de la historia negra que deberá quedar en el olvido.

Es lo que esperamos TODOS los lashereños, unidos en una desgracia colectiva sin igual que deberemos desterrar definitivamente.

(Nota editorial del número 209 del semanario local *La Ciudad*, septiembre de 1999).

A nadie, Germán sabe bien lo que es no tener a nadie con quien hablar. Nadie que te conteste, mejor dicho, porque hablar él habla con los perros y gatos con los que vive. Veinte son, en total. Cada uno con sus historias: es una lucha. Ahora se acaba de mudar y hay que ver cómo están los pobres. En una crisis de lugar, de pertenencia. En estos días Germán trata de no salir mucho para acompañarlos en su proceso de aclimatación. Pero no es fácil, para él tampoco. Pasaron todos de vivir en una casa grande, linda, a esta otra en la que las cosas cambiaron: es más chica, el baño está afuera, las paredes tienen un revoque de cemento, sin pintura. Y todo porque no pudo seguir pagando el alquiler. Por eso llora tanto, él, Germán. Si alguien al menos supiera lo que él llora. Le prestó plata a otra maestra que trabaja ahí con él, en la escuela, y su colega nunca se la devolvió. No pudo. Se la pidió para meterse en un crédito y comprarse una casa, la otra maestra, y después no se la pudo devolver. No sabe, la verdad es que no sabe qué haría sin ellos, sus animalitos, que lo ayudan a sobrellevar tanta humanidad. Tanta. Y sin su poesía, que le sale a borbotones. Últimamente no hay día en que no vuelva a su casa llorando, bañado en lágrimas, como dicen. Cómo llora, qué manera de llorar. En serio, tanta cosa que pasa. Y eso que él se las tuvo que ver con cosas complicadas de chiquito, desde siempre. El padre que tomaba, la madre que vaya a saber en qué andaba. Tuvo que ser criado por su abuela, porque los dos estaban siempre en otra, cada uno a su manera. Para cuando llegó a la adolescencia estaba hecho un guiñapo. Abandonado de la mano de Dios en medio de este pueblo. Y gay, claramente gay. Hay que soportarlo. Acá en Las Heras. Él se fue corriendo cuando era un adolescente. Después no, después volvió y ahora acá está. No se iría jamás de este lugar. Los demás ya incluso se han acostumbrado a la idea de que este hombre de melena naranja y grandes sacones que flamean al viento sea el maestro de sus hijos. Hasta agradecen tener a alguien que los quiere como si fueran sus propios hijos. Es más, Germán quiere a esos chicos mucho más de lo que muchos padres quieren a sus hijos, de eso no le cabe ninguna duda. Esos pobres chicos descarriados, como pollitos mojados. Él les da clase pero no solo eso: organiza certámenes de poesía, encuentros culturales, deportivos. Acá, si la escuela no los sostiene, no los sostiene nadie. Y son ellos mismos los primeros en reconocerlo: se ratean de la clase, por ejemplo, pero no por eso se van de la escuela; al contrario, se quedan fumándose un pucho en el patio, durmiendo en algún pasillo. Es lo más parecido a su hogar, mejor dicho, el lugar donde encuentran lo que en el hogar no. De eso Germán sabe. De la falta de todo. Qué vienen a increpar a estas pobres criaturas, como si fuera una decisión de ellos sentir que la vida es una mierda en la que alguien los obligó a meter el hocico y oler y oler. Como si fuera una decisión propia. Los increpan, los acusan. De eso él sabe. Cuando se fue disparado de este pueblo, a fines de los setenta, lindos años, anduvo hasta tirado en la calle, comiendo lo que encontraba por ahí. Le van a venir a decir a él lo que es sentirse la última rata del barco. Despertarte en el medio de la noche con un hueco en el estómago, muerto de hambre y de frío, pura desesperación alrededor. La existencia como una aspiradora que te chupa, te chupa, mientras te dice: sos basura y, como tal, debés ser parte de mi bolsita de mugre. Vení que te chupo. Por eso se fue para el Norte, al menos ahí se salvaría del frío. En esa época trabajó para un político tucumano. Era una especie de valet. Las cosas que tuvo que hacer ahí, en esas fiestas que se armaban. Mejor ni entrar en detalles. Un día se le dio por volver. Acá, a Las Heras. No sabe bien por qué, lo que ahora sí sabe es que no se iría de acá ni loco. Él tiene algo que hacer por este pueblo, algo por estos chicos. Y están sus animalitos, claro, que ya difícilmente se podrían aclimatar a otro lado. Son de acá, como él.

> El escudo oficial de la ciudad de Las Heras consta de un campo regular, dividido en tres cuarteles perfectamente delimitados. El cuartel superior muestra un límpido cielo azul celeste y se destaca una nube blanca transparente indicando el venteo del gas en la zona, una de las riquezas de nuestra tierra. Los colores de fondo donde predominan el amarillo y el rojo es el significado del amanecer patagónico, los colores beige oscuro, negro y blanco corresponden a la meseta.
>
> La interpretación de los símbolos que conforman el escudo dice claramente del espíritu que anima a los pobladores de una tierra pródiga de los factores que harán el futuro de la región. Sobre el fondo patagónico barrido permanentemente por el viento austral, una punta de flecha que representa los picaderos de flechas y la noble raza que, desde hace diez mil años, habita la región, y junto a ella, significando la evolución temporal, social y cultural del hombre de la zona, una torre de petróleo donde pone de relieve la producción del oro negro.
>
> Finalmente el hijo más antiguo de estas tierras, el guanaco indomable y altivo, al lado de la mansedumbre de la oveja, puntal insustituible de la supervivencia del hombre del sur.
>
> El nombre de la localidad y su provincia sobre una cinta celeste y blanca habla de la integración nacional.
>
> (Descripción del escudo oficial de Las Heras, hecha por Saúl O. Melián, ganador del concurso lanzado en el año 88).

“Las Heras no fue fundada, surgió por propia gravitación”, dice el primer renglón de un fascículo que encontré en la biblioteca local. No hay ningún libro al respecto: la historia de Las Heras hay que leerla así, en fascículos, en recortes de diarios, en folletos, en documentos oficiales, en fragmentos. Como frase inicial del relato del origen, “Las Heras no fue fundada”, no parece presagiar nada bueno. El pueblo surgió en el punto en el que se agotó el aliento de lo que iba a ser un proyecto mayor: el ferrocarril transpatagónico que uniría Puerto Deseado con la cordillera de los Andes y, en el futuro, con el Pacífico. Fue una especie de hasta-acá-llegamos. Era 1914, la Primera Guerra había empezado, y con ella la escasez de hierro. Cuando recién habían hecho un poco más de doscientos kilómetros, todo el proyecto quedó trunco. Justo acá. La falta de hierro explica ese fracaso, en parte. En otra gran parte lo explica el libro de Bailey Willis, el geólogo norteamericano que inició los estudios para hacer la traza del transpatagónico: ahí aparecen detalladas la burocracia y la corrupción vernáculas con las que Willis tuvo que lidiar mientras trataba de implementar proyectos que quedaron tan truncos como este ferrocarril. *Un yanqui en la Patagonia*, publicado por Stanford University Press bajo un título que realmente Willis no se merecía, puede leerse como una crónica o como los apuntes para un tratado sobre las causas de nuestro fracaso nacional.

La línea de ferrocarril que Willis trazó se ve todavía hoy a la salida de la terminal de ómnibus. En el 14, los hombres que venían avanzando hacia la cordillera quedaron varados acá, exactamente. Esperaron. Primero alguna noticia, después alguna decisión. Dar por clausurado un proyecto puede llevar tanto tiempo como ponerlo en marcha, aunque suela afirmarse lo contrario. Los hombres se habían preparado para pasar años en esto, habían dejado todo para sumergirse en un proyecto a largo plazo y de pronto se encontraron acá sin saber qué hacer. Sin reacción. Se entiende: a la parálisis que suelen provocar esos finales abruptos —la misma que provoca una muerte o una noticia inesperada— hay que sumar, en el caso de ellos, la especie de hipnosis que irradia esta meseta. Creo que proviene de una mezcla compuesta por la aparente monotonía del paisaje, el viento constante y la brutal presencia del cielo. Es una combinación de ingredientes que me ha llevado años definir, no es un combo que acabo de improvisar con la indiferencia de una cadena de comidas rápidas. Sin embargo todavía tengo mis dudas. Estos hombres quedaron acá, entonces, bajo ese efecto y sin nada que hacer. Hasta acá llegaron. Ya llevaban alrededor de cinco años preparando el terreno, tendiendo las vías desde el puerto de Deseado, hasta que un día dejaron de aparecer los materiales, la plata, los capataces, las directivas. Se produjo una descompensación, un disloque. Quedaron todos como una imagen fija, levemente desenfocada. O como esos cadáveres congelados que alguien encuentra en las laderas del Everest, detenidos desde vaya a saber hace cuántos años en ese gesto que nunca fue pensado para ser el último. No había, por otra parte, adónde volver. A qué mejor dicho. Esperar, en esos casos, es siempre un resguardo. Una actividad optimista incluso. Hasta quizás algo puede suceder. Los hombres se prepararon un lugar donde instalarse y, con el tiempo, algunos se organizaron para trabajar de carreros: aprovecharon la oportunidad de estar justo en el medio, entre la montaña y el mar, para transportar carretas cargadas de lanas y de cueros. Lo que iba a hacer el tren lo hacían las carretas. Otros se asociaron para poner un hotel. El Progreso lo llamaron. Así fue que Las Heras quedó donde quedó: justo en el medio, a mitad de camino entre el mar y la montaña. En la meseta tan temida. Todo tiene ese color, algo entre blanco y amarillo. Cualquier cosa verde que crezca acá puede reclamar la categoría de milagro.

El Rastro del Avestruz se llamó en principio el pueblo. ¿Las cosas hubieran sido igual, me pregunto, si alguien hubiese hecho algo para que no le cambiaran ese nombre por Las Heras?

De ahí, de esa sequedad, proviene lo difícil del trabajo de Sandra, que se dedica a cuidar los jardines de los directivos de YPF. Lo que en otro lugar sería mero transcurrir indiferente de la naturaleza acá se convierte en una lucha de titanes, en una medición de fuerzas permanente. Cada una de esas casas que están al borde del pueblo, enfrentadas a la meseta, son, con sus jardincitos verdes adelante, una especie de puesto de combate. La fortaleza desde la que se demostrará que el bien siempre vence al mal. Como en esos dibujos que hacíamos en la escuela, están las verjas, el caminito que a través de los dos metros acotados de verde conduce a la puerta de entrada a la casa, algún rosal, algún árbol de esos que nunca dejan de ser petizos. Y del otro lado de la calle la meseta, que se extiende hasta donde alcanza la vista. ¿Qué será lo que se teme si simplemente se deja que la meseta avance? ¿Qué es lo que estos metros de verde salvaguardan? Desde esta esquina, esta tarde, estos jardines trabajosos se ven como esos perros chiquititos que le ladran a uno grande, que ni siquiera los mira, hasta quedarse afónicos, el cuerpo electrizado de miedo y de furia.

El mapa, sin embargo, engaña: da a entender que desde muy cerca de Las Heras se ve el río. El río Deseado, que viene desde la cordillera y desemboca en el Atlántico. Pero no es así, el Deseado no se ve porque, justo a la altura de Las Heras, se convierte en río subterráneo. Uno mira el mapa antes de viajar, de llegar a Las Heras, y después se siente como esos navegantes medievales que cuando finalmente se animaban a avanzar más allá veían que donde el mapamundi decía “Terra incógnita” había en realidad un pasaje acuático. Los mapas, todavía, ejercen su particular forma del engaño. Para llegar al río desde Las Heras hay que atravesar unos cuarenta kilómetros en los que se encuentra la Villa Cariño de la zona. A medida que avanzamos se ve un auto aquí, otro allá, todos cumpliendo su función de minitelos rodantes. Se ven tan chiquitos frente a la extensión del terreno que parecen parte de un entretenimiento infantil, como si un chico que está descubriendo el sexo hubiese acomodado sus autitos en la pista para empezar a jugar. Cuando llegamos a lo que me señalan como el río, veo que no se trata de un curso de agua sino de un gran corte en la meseta, como una herida ancha y profunda que lo ha trastocado todo: lo que venía siendo terreno plano se convierte en una especie de acantilado. Desde acá arriba miro, por primera vez en mi vida, un río subterráneo: se ve el recorrido pero no el agua y, en algunos sectores en los que, supongo, las napas de agua están más cerca de la superficie, ha surgido una vegetación ínfima, de carácter eternamente precario. Me hace acordar a los Mr. Green, esos muñecos que tenían una cabeza de tierra abonada sobre la que iba creciendo un pastito ínfimo que podía simular una cabellera si uno tenía la constancia de regarlo regularmente y las ganas de creerlo.

Este fenómeno del río subterráneo, que no es nada habitual, se da también en Salta, en el punto en el que el río Calchaquí pasa por San Carlos, y las leyendas locales lo adscriben a una maldición. Aparentemente, dicen, San Carlos era un pueblo próspero y tranquilo hasta que una mañana el cura párroco descubrió que el mejor cáliz de la iglesia, todo plagado de oro y rubíes, había desaparecido. Las autoridades indagaron días y noches pero no lograron descubrir nada. El teniente del gobernador hasta se atrevió a revisar en las casas de más alcurnia. Nada. El párroco entonces apeló a su último recurso: si el cáliz no aparecía dentro de tres domingos, dijo, la maldición caería sobre aquel que lo poseyera. El mestizo de rigor que lo había robado entró en pánico, parece, cuando escuchó eso, y decidió enterrarlo en la vera del río para que nadie lo descubriera. Llegó el tercer domingo y el cáliz seguía ahí escondido, con lo cual la maldición cayó sobre el río y este empezó a fluir subterráneo.

> La maldición trocó en desgracia y llanto lo que antes fuera un valle riente y feliz. Hoy, de sus mansiones y su esplendidez no nos queda más que el hálito del recuerdo… Sólo ruinas y devastación ofrece el panorama del pueblo de San Carlos. Su primer aspecto es angustioso y deprimente, y vivir en él pareciera una mortificación. Esto, que para nosotros sería desesperante, para el sancarleño es motivo de apática resignación. Porque sobre el aire se oyen todavía las voces iracundas, arrojando su infausta maldición. Y, a su conjuro, cruje el lecho del río, las piedras chocan entre sí presas de locura, y un sonido nítido, como de un metal que se deposita en la roca, llora lastimeramente en tardes y noches, llenando el ambiente de angustia y terror.
>
> (*Supersticiones calchaquíes*, Pablo Fortuny).

Por eso Juancho se fue de Las Heras, ahora está solamente de paso. ¿Quién quiere quedarse en un lugar donde no pasa nada o pasan cosas horrendas? Los amigos que están acá también se irían si pudieran, pero no es fácil irse de Las Heras. Él nunca ni siquiera lo tuvo que pensar. Simplemente nació con la idea de irse de ahí. Así, como un reflejo. Como si fuera algo congénito. Cuando iba a la primaria, se escapaba de la clase y se iba a la estación de servicio que está a la salida del pueblo para ver si llegaba alguien con patente de otro lado. Se sentaba en el cordón de la gomería y los esperaba. A veces ni uno solo paraba. La ruta principal, la que viene desde el este, desde el mar, y cruza el territorio de lado a lado, la que llega hasta la cordillera, justo hace un giro a la altura de Las Heras y deja el pueblo a un costado. Lo convierte en un pueblo esquivado. Una curvita chica pero lo suficientemente contundente como para permitir que nadie se vea obligado a parar ahí. La gente entonces suele cargar nafta en Truncado y después pasa de largo, sigue directo hasta la cordillera, o viceversa. Esa curvita no estaba de su lado, del de Juancho, pero él igual volvía a la estación de servicio cada vez que podía. Se sentaba ahí y esperaba. A veces los de la gomería lo gastaban, le preguntaban si había perdido una novia. Él ni les contestaba. Tenía que estar atento. Por ahí venía un auto y él sabía que no había ni un minuto que perder. Había que moverse rápido: verificar de dónde era la patente, acercarse lo más posible para ver cómo era la vida dentro del auto y ser capaz de interceptar al que se bajara para preguntarle algo. A veces lograba cumplir todos los pasos, otras tenía que conformarse con algunos. Si tenía que elegir, se salteaba el de mirar dentro del auto. Miraba la patente y después se abalanzaba sobre el que saliera de ahí, que solía ser el hombre que manejaba. Les preguntaba adónde iban, de dónde venían. Cualquier cosa, lo primero que le salía. Más le gustaba cuando veía que la patente era de Buenos Aires, los porteños eran su presa favorita. Les preguntaba cosas con tal de oírlos hablar, nomás, con ese acento tan típico y tan lindo. Ahora que vive allá en Buenos Aires se acostumbró bastante. A oírlo, aunque no a pronunciarlo. Todavía mucha gente le pregunta si es del interior. A veces, para que le hablaran más tiempo, se ofrecía a lavarles el parabrisas, a comprarles una coca en el kiosco. Con eso lograba retenerlos un poco. Así se enteraba de muchas cosas. Cuántos eran en la familia, en qué se parecía lo que habían visto en ese viaje al Sur al lugar donde ellos vivían; así se fue armando una idea de todo el país. A los camioneros no los dejaba participar de su sistema porque son muy mentirosos. Pasan mucho tiempo solos, y eso convierte a la gente en mentirosa. Debe ser que se crean personajes para que los acompañen y después hablan sin discriminar bien quiénes son ellos y quiénes los personajes. No sabe la razón por la que son así, la verdad, pero sabe que son así. Él necesitaba datos concretos, no que le vengan con cualquier cosa. De hecho, él supo desde siempre que se iba a ir de ahí pero lo que no sabía era adónde se iba a ir. Buenos Aires siempre le atrajo por esa cosa de las avenidas grandes, con ruidos, las discos y la Bombonera. Pero no por eso únicamente fue que se decidió. Tampoco por la insistencia de su madre, que toda la vida lo ha apoyado, más que nada en esto de irse. A ella, como a sus amigos, también le hubiera gustado irse de ahí. Pero no es fácil irse de Las Heras. Lo que lo decidió fue una chica, una de esas chicas que paraban en la ruta. Venía en un auto rojo, un Chevy. Venía sola en la parte de atrás, debía ser hija única. Todavía se acuerda del día ese, un día totalmente nublado. Se bajaron sus padres y al rato bajó ella, con cara de dormida. Ni bien bajó del auto metió el pie adentro de un charco de aceite que había en la estación. Miró el charco, levantó los ojos, vio que él la estaba mirando y le sonrió como si hubieran sido compañeros durante toda la primaria y los hubieran pescado fumando en el baño. Con una gracia y una complicidad que le encantaron. Él pensó que si eso le hubiera pasado a una chica de acá, a cualquiera de las chicas que los viernes a la tardecita caminan por el boulevard del centro, hubiera apurado el paso a ver si así el roce del zapato con el suelo le sacaba el aceite y hubiera puesto una de esas caras de acá-no-pasó-nada. Pero ella no, ella lo había mirado y le había sonreído y él pensó que todas las chicas de Buenos Aires serían como ella. Ahora ya sabe que no, pero ya está allá. Por suerte, porque no es fácil salir de Las Heras.

> A partir del año 1997 la comunidad y las instituciones de Las Heras comenzaron a organizarse para buscar alternativas frente a la crisis, con la conciencia de que no se trataba de un problema transitorio como en otras oportunidades sino permanente. La apatía y el malestar se transformaron en una actitud generalizada y principalmente en los jóvenes, que no vislumbraban un

horizonte en sus vidas.

(Del Diagnóstico socio-económico citado antes).

¿Cómo se ensambla esta falta de horizonte que evidencian los informes, me pregunto, con la idea del horizonte sin límites al que hacen continua referencia los folletos sobre la Patagonia?

*

Los maestros fueron siempre muy buenos con Romina: le dejaban llevar a sus hermanitos a las clases y todo. A los dos, el de nueve y el de siete. Esas son las edades que tienen ahora, pero cuando los llevaba al colegio el más grande tenía cinco. Se portaban perfecto: ya les habían guardado unos banquitos contra la pared, al final de la clase, y ni bien llegaba los dejaba ahí. Se quedaban sentaditos, casi sin chistar. Ella los miraba de reojo. Eso salía bien pero no duraba mucho, es cierto. Al rato, que por suerte a veces coincidía con el recreo, se aburrían y empezaban a hacer ruido y los tenía que llevar a dar una vuelta por ahí. Si hacía calor los llevaba al patio, aunque calor calor, la verdad que acá no hace nunca. A veces alguna amiga la acompañaba. Depende: la primera época, cuando recién los maestros le dieron permiso para traerlos, sus amigas la acompañaban en patota. Sonaba el timbre y eran como diez para sacarlos al recreo, todas de acá para allá con los críos. Se los tironeaban de un lado para el otro. Era una fiesta. Mucho más divertido que andar pensando en el teorema de matemática, en el sujeto y predicado. A veces hasta a los varones se les daba por sacarlos a pasear, cómo sería. Pero eso no duró mucho: al mes, como máximo, sus compañeros estaban en otra. Que si tal se curte a tal, que si hace dos o tres meses que no me viene, que tal me la tiene jurada. Romina venía con sus hermanitos, los sentaba en los bancos de atrás, los sacaba al recreo, pero ya con suerte sus compañeros les daban un manotazo supuestamente cariñoso en la cabeza y seguían. Un día uno de sus hermanitos se cayó en el patio de cemento y se abrió la cabeza, y hasta para conseguir que la ayuden con eso tuvo que andar gritándoles que no sean forros, que hagan algo, que llamen a alguien. La miraban, se acuerda, apoyados contra el paredón. Parecían bolsas de papas apoyadas contra el fondo de un galpón. Pero ahora, que tiene veintiuno, Romina ya está acostumbrada a todo eso. A que finalmente la dejen sola con los chicos. Le hacen como un vacío los otros. Los maestros no, nunca. Ellos la dejaron que los lleve, les convidaban de sus galletitas, le preguntaban por la salud, si comían bien. Gracias a eso ella pudo terminar el colegio. Hasta la última materia, y nunca se llevó ninguna. Cuando llegaban del colegio los volvía a sentar a los hermanitos frente a la tele y hacía los deberes. La verdad es que los chicos son unos santos. Hasta le dicen mamá. Al principio, la verdad, no le gustó la idea. Todavía se acuerda cómo fue: Romina estaba en el lavadero, separando la ropa más sucia de la otra, la que lleva un solo lavado, cuando el más grande, el que ahora tiene nueve, le dijo mamá por primera vez. Ya hacía como un año o más que la madre se había ido y los había dejado para que ella, que era la hermana mayor, los cuidara, pero los chicos siempre habían sido capaces de reconocer eso. La diferencia entre las dos: entre Romina, que era la hermana mayor, y la madre. La mayor en realidad no era, porque estaba Eva, que era más grande que ella, pero Eva se había ido de la casa cuando tenía quince, cuando la madre recién empezó a salir con Esteban, que es el padre de los chicos, de sus hermanitos, pero no de ella ni de Eva. A Eva los hermanitos no la habían visto ni una sola vez, porque se fue aquel día y no volvió nunca, ni rastros dejó. Ni siquiera a ella le escribió nunca, con lo bien que lo habían pasado juntas cuando eran chicas. Nada, con lo cual ella, Romina, era la hermana mayor para los chicos. Hasta ese día del lavadero. Había un viento tremendo, se acuerda, porque cuando escuchó eso de “mamá” pensó si no habría entendido mal por el ruido que hacía el viento. Ella los había dejado a los chicos con la tele prendida y se había ido a lavar. Esteban trae la ropa sucia dos veces a la semana y esos son los dos días que más trabajo tiene en la casa, el resto se las arregla mejor. Era uno de esos días, la ropa estaba terrible. Hay veces que explota uno de los pozos de petróleo y se pone fea la cosa: no hay con qué sacar esos lamparones. Mucho peor que la grasa, la tierra, las cosas habituales. Está bien organizada, igual: dos días lava, dos días plancha. Prefiere los de la plancha: pone música o mira de reojo la tele, con los chicos. Con el ruido que hace el lavarropas no puede hacer eso. Ese día eran dos ruidos, ahora que lo piensa: el del viento y el del lavarropas. Pero lo oyó bien. Martincito, el más grande, se había parado en la puerta del lavadero y le había dicho mamá. Alguna frase antes, una pregunta que nunca sabrá a qué iba, y al final mamá, clarito. Ella se dio vuelta y le dio un bife que le hizo sangrar la nariz. Era todo un enchastre: los gritos del hermanito, el lavarropas, toda la ropa tirada, la sangre que le caía a borbotones. Más ropa para lavar, pensó. La ropa de este energúmeno y ahora la de este pendejo, así no se termina nunca. Nunca. Esa noche cuando Esteban llegó ni estaba la comida preparada ni nada. Armó lo que pudo y durante la cena ni levantó los ojos del plato. Esteban no entendía nada, él que se queja a veces de que llega a esa hora, agotado, y ella le deja la cabeza aturdida con tanto que le habla y le dice. No es que le cuente nada muy en particular, pero está todo el día sola con los chicos y la verdad es que necesita hablar con alguien. Amigas no tiene, porque las chicas están en otra o están tan ocupadas con sus propios hijos que no tienen tiempo para visitarla. Ese día no le salía nada. Tampoco quería contarle, porque ella sabía que para Esteban había sido duro que su madre lo dejara por otro, y después por otro y por otro. Y para qué iba ella a hablarle de la madre, hacerle acordar. Pobre Esteban, él también había sido tan bueno con ella. Como los maestros. La dejó quedarse ahí en la casa, y trabaja para que todos tengan qué comer. Ella le cuida los hijos, pero en definitiva es él que se lo permite; si no fuera por él, no tendría ni dónde caerse muerta. La madre los dejó a los tres hombres, y a ella también. Vive por ahí, pero ni aparece. Mejor que no aparezca, Romina no quiere verla nunca más en la vida. Ni verla ni oír hablar de ella. Fue por eso que aquel día le cayó tan mal. Que alguien, nada más y nada menos que su hermanito, la confundiera con su madre, alguien capaz de abandonarlos así. Para eso ya había tenido a su padre, pero en un padre se entiende más. En algunos, en realidad, porque ella piensa en Esteban y se da cuenta de que él no haría nunca algo así. Nunca. Esteban trabaja como quince horas allá arriba, en los pozos, y todo para darles de comer.

¿Cómo puede, cómo puede alguien abandonar a una persona así? Con el tiempo lo pudo hablar, gracias a que le alquilaron la pieza de atrás a Giménez. A él sí le puede contar todo, él la escucha con una paciencia increíble. Giménez vive en el campo, pero tiene que venir a Las Heras dos por tres a comprar herramientas, a cobrar algo, a pagar algo. La cosa es que viene dos, tres veces al mes. Últimamente viene más. Ella está feliz. Le prepara una torta y se la deja sobre la mesa, a veces hasta está calentita todavía cuando él llega. La última vez hizo una receta nueva que encontró en una revista, uno de esos días especiales en que decide que se merece ir a la peluquería. Una torta con nueces y dulce de leche. Giménez estaba de lo más contento. Preparó el mate, la llamó y se quedaron horas charlando, comiendo la torta. Como siempre. La verdad es que desde que él apareció se siente más aliviada. Y Esteban también, cree. Ahora le habla lo necesario, nada de contarle hasta la última novela que había visto en la tele esa tarde. Está todo más equilibrado, podría decirse. Porque, por otra parte, con Esteban, como me acaba de decir, tampoco habla de todos los temas. No le puede contar a él lo de su madre ni la pena con la que se levanta algunas mañanas. Encima que él le da de comer y la deja estar en la casa no va a andar con esos cuentos. Pero con Giménez es distinto: hasta ella parece la dueña de casa, porque él le paga directamente a ella. Aunque Romina después se lo dé a Esteban, la que abre la mano para recibir la plata es ella, la que está siempre en la casa es ella. Y Giménez parece que se da cuenta, por el respeto con el que la trata. Y eso que ella le cuenta todo, todo. Él podría sentirse mal por algunas cosas, podría odiarla o no hablarle más por otras. Lo del bife a Martincito, por ejemplo. Podría decir que ella es una mala persona, una desalmada. Pero no: Giménez la escucha y mira para abajo, como si viera correr el río. Apenas dice alguna que otra cosa. Nunca la miró mal ni nada. En realidad, es hasta mejor que tener una amiga, porque las amigas ya se sabe cómo son: hoy están y mañana ya están prestándole atención a cualquier otra cosa.

*

Durante la década del noventa, la producción petrolera de Las Heras se incrementó notablemente y en 1994 Los Perales —el paraje próximo, hacia el noroeste, en el cual trabaja la mayor parte de los habitantes del pueblo— se convirtió, para Repsol-YPF, en la segunda área de explotación del país. Mientras la década significó desmantelamiento y abandono para otros pueblos petroleros, para Las Heras fue una afluencia que aumentó su población al doble. Pero ni esas cifras ni las de los balances prósperos de la industria parecen haber rozado al pueblo, que sigue mirando el petróleo como una riqueza que más que salvarlos los condena y que, además, siempre se llevan otros. Las Heras parece encarnar, como ningún otro lugar del Sur, todos los discursos que, de Pigafetta en adelante, definieron a la Patagonia como un lugar parecido a las tinieblas.

> Estaban realmente en medio de las salvajes soledades de la Tierra del Fuego, las más desoladas y agrestes de la tierra. Por allí entraron, viniendo desde el Pacífico, los navegantes que las han pintado con tan tétricos colores; y por ahí también pasó Darwin, a bordo de la *Beagle*, y les dio el nombre que se extendió luego a toda la Patagonia: "Tierra maldita". ¡La tierra maldita!
>
> (*La tierra maldita*, de Liborio Justo, alias Lobodón Garra).

*

Digan lo que digan, se trata de los siete. Digan lo que digan. Lo que ocurre es que con ella no pudieron. Pudieron con los otros, con los pobres padres de familia que hoy andan perdidos, como vagabundos. Con esa gente que tenía en la cabeza las cuentas de su negocio, el colegio de los chicos, que si se armaba la casita, si cambiaba el auto, y de pronto no tuvo nada más que cuentos y cuentos. Hay que saber, hay que poder imaginar lo que es sentir que la propia cabeza de uno empieza a ser tomada por el germen de la destrucción, hay que sentir lo que es que adentro, exactamente adentro de uno, está el enemigo. Pueden también con los adolescentes, con esas mentecitas preocupadas por el novio o la novia de turno, por conseguir lo que sea que tienen que consumir. Les quitan el alfa, eso es lo que hacen. Los cuentos les quitan el alfa y con eso los destruyen. Pero no pudieron con ella, que tiene el poder de enfrentarlos. Ni podrán. Ella no será ni vagabunda ni suicida. ¿Por qué? Porque ella tiene poderes, ella es telepática. Y es por eso que puede increparlos, preguntarles, molestarlos, ofrecerles resistencia. Porque es telepática, y por eso no sucumbe como el resto, que simplemente escucha cuentos. Ella tiene el poder de increpar.

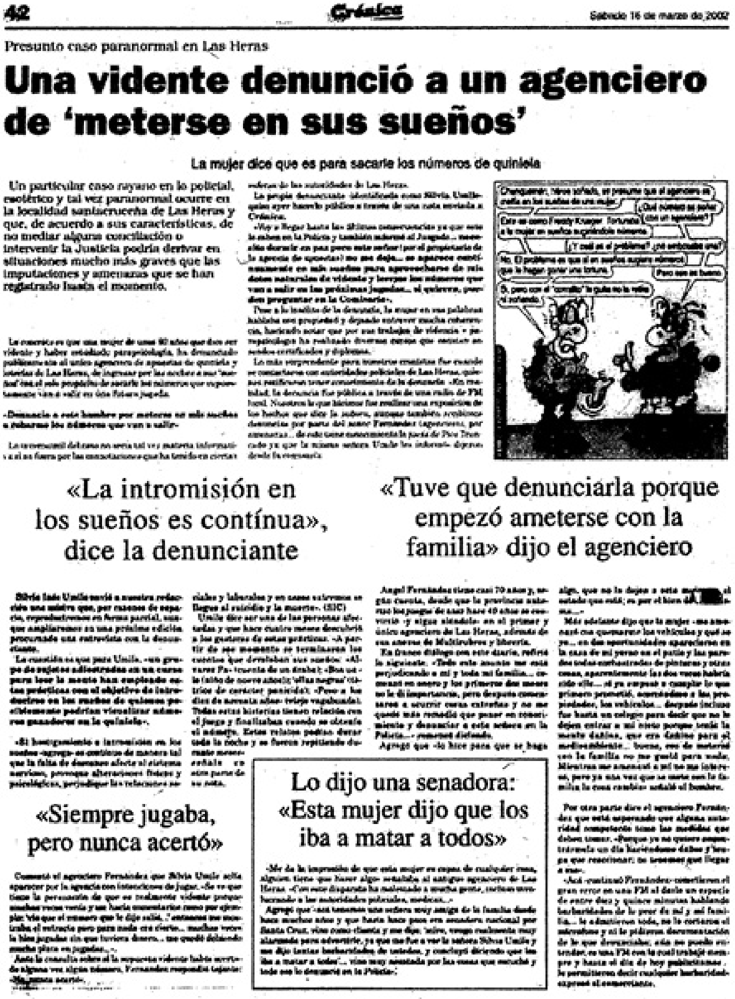
Y así fue como una noche, otra de las noches atormentadas, una noche en la que ella había llevado su capacidades al extremo, obtuvo finalmente la respuesta. Increpó, preguntó en medio de esos cuentos y ahí fue que supo. Descubrió a los que están en el origen de esas prácticas, a estos contadores de cuentos que solicitan el número ganador. Entonces ahí, con toda la energía que los dioses le han dado, dijo: ¡¿Quién, quién lo solicita?! ¡¿Quién?! ¡¿Quiénes?! Y ahí obtuvo la respuesta, ahí supo, después de noches y noches de insomnio que a otros han llevado a la destrucción y a ella la han llevado a la verdad: ahí supo que se trataba de ellos, de los dueños de la casa de quiniela. Y eso gracias a que es telepática. No es vidente, como andan diciendo por ahí, como dijo ese diario de Comodoro. Tampoco es cierto, como dice el diario, que ella amenazó al chico ese que es una encarnación del demonio. Puras mentiras. Pero se las van a tener que ver con ella, les va a meter una denuncia que van a tener que vender todo lo que han venido robando por ahí para pagarle. Ahí, en el diario, el agenciero, el jefe de esta secta, dijo que en dos oportunidades aparecieron las paredes de la casa de su yerno todas enchastradas de pintura, y dijo también que ella había ido al colegio adonde va ese pequeño demonio que han engendrado para decir que no lo dejen entrar, que era nocivo para el medio ambiente. ¡Puras mentiras! ¡Qué juicio se van a comer! Ella no anda amenazando por ahí, esas son cosas que ellos inventan. Ella, un día de estos, va y directamente ¡chácate! Les pega un tiro directo y a la puta que los parió. Punto. Ella no es persona de andar amenazando.

> Las escenas representan momentos culminantes de la carrera de Pirata como autoridad en la creación de fantasías y se remontan a los tiempos en que llevaba, adondequiera que fuese, la marca de la locura juvenil, que nacía de un inequívoco punto mongoloide, de un punto situado exactamente en el centro de su cabeza. Supo durante un tiempo que algunos de los episodios que soñaba no le

> pertenecían. Esto no lo deducía mediante un riguroso análisis diurno de su contenido, sino que, simplemente, lo *sabía*. Pero entonces llegó el día en que, por primera vez, encontró al verdadero propietario de un sueño que él, Pirata, había tenido.
>
> (*El arco iris de gravedad*, Thomas Pynchon).

Sandra me ofrece un té, tal vez piensa que es una forma de calmarse porque cada vez que se acuerda de lo que dijeron los diarios su estado permanente de irritación sube todavía un tono más. O tal vez, en su extraña versión de la hospitalidad, el té se ofrece al que llega no en los primeros minutos sino cuando ya han pasado al menos tres horas de charla. O tal vez piensa que es una forma más de darnos calor: para calentar la cocina, Sandra tiene todas las hornallas prendidas y también el horno con la puerta abierta. Uno de sus perros —uno de sus siete perros recogidos de la calle, seguramente el más friolento— ha tomado una medida extrema: de un salto se subió a la tapa abierta del horno y desde ahí nos mira, contento en su deck aclimatado, él todo blanco con las paredes negras del horno como fondo. Los otros perros circulan por la cocina, aunque tampoco por los lugares habituales: caminan por la mesada, por arriba de la mesa en la que nosotras tomamos el té. Lo hacen con tanta naturalidad que parecen poner en duda las leyes de gravedad, ya que las de la civilidad no tienen por qué importarles. Por momentos, aunque la escucho hablar la dejo de ver: la cara de Sandra desaparece detrás de la silueta de un perro que cruza la mesa en forma longitudinal. Si supieran lo que sufrieron los pobrecitos cuando a ella la llevaron para allá, para el manicomio de Gallegos, me dice. Ellos son los únicos que no la señalan con el dedo. Ellos y la gente de YPF, que son buenísimos, que le mantuvieron el trabajo y le ofrecieron ayuda porque no se meten en cuentos ridículos como los que les gusta a la gente de por acá. Ese comentario coincide con el paso de un perro negro, de lomo largo y patas cortas: cuando la cara de Sandra reaparece creo ver en ella alguna leve descompresión, alguna grieta por la que podría filtrarse algo parecido a la calma, pero no dura mucho: rápidamente tensa los músculos de la cara como si ella misma fuera un perro de caza. Todas las persianas de su casa están bajas y los sillones tapados con capas de un plástico grueso que parece cubierto de tierra, como si acabara de llegar de un viaje largo. Cuando los perros no están caminando por la mesa, están en los sillones. Hay uno para cada uno.

Ella está llena de pruebas, pruebas de corrupción escrita. Pruebas que demuestran que esta gente de la casa de quiniela hace trampa para ganar todos los números, pruebas que demuestran que ellos pagan a la prensa para tergiversar los hechos. Pruebas que demuestran que ellos se la pasan concentrados, día y noche, destruyendo las mentes de los lashereños. Ella tiene esas pruebas, dice, y me las va a mostrar. Desaparece de la cocina. Todos los perros se van atrás de ella menos uno, el que está dentro del horno. Me levanto de la silla para comprobar que esté vivo. Tengo cuidado de esquivar una serie de cajas de cartón que Sandra apiló en un rincón de la cocina para que sostenga, allá en lo alto, una especie de linterna en la que confluyen una infinidad de cables de colores y grosores distintos. El té que preparó Sandra es muy fuerte, me deja una sensación áspera en la lengua, como si tuviera una lengua de gato. No hay ningún ruido en la casa. Sandra vuelve al rato con una pila de papeles. Todas las pruebas, dice. Las va a ir sacando de a una para mostrármelas, promete. Primero saca el artículo del diario *Crónica* de Comodoro del que ya me habló, el que más la irrita: una nota de marzo de 2002.



42 Crónica Sábado 16 de marzo de 2002

Presunto caso paranormal en Las Heras

Una vidente denunció a un agenciero de 'meterse en sus sueños'

La mujer dice que es para sacarle los números de quiniela

Un particular caso rayano en lo policial, esotérico y tal vez paranormal ocurre en la localidad santacruceña de Las Heras y que, de acuerdo a sus características, de no mediar alguna conciliación o intervenir la Justicia podría derivar en situaciones mucho más graves que las imputaciones y amenazas que se han registrado hasta el momento.

«La intromisión en los sueños es contínua», dice la denunciante

«Tuve que denunciarla porque empezó ameterse con la familia» dijo el agenciero

«Siempre jugaba, pero nunca acertó»

Lo dijo una senadora: «Esta mujer dijo que los iba a matar a todos»

La prueba de que ellos pagan a los diarios, me dice Sandra, está clara por el hecho de que, junto a su frase, “La intromisión en los sueños es contínua”, aparece otra, la frase del agenciero de quiniela: “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. Le digo que es regla básica del periodismo dar siempre las dos campanas y logro irritarla mucho más que el artículo. ¿Quiero o no quiero ver todo lo que tiene en esos sobres? ¿Confío o no confío en ella? Si sigo así me va a sacar a patadas de su casa como sacó ya a tantos inútiles que fueron a entrevistarla. Voy a salir volando al otro lado de la calle.

Uno de los perros pasa encima del sobre y eso hace que Sandra tironee para sacar otros papeles. Sigo tomando el té, que ahora, además de áspero, está frío. Saca el segundo documento y veo que se trata de otra fotocopia del mismo artículo. La miro, miro al perro que nos mira desde el horno, me callo. Ahí están todos incriminados, me dice. Los va a denunciar a todos: al agenciero, al jefe de Policía, a la jueza de Pico Truncado, a todos. Saca el tercer documento: el mismo artículo. Van a tener que excavar plata de abajo de la tierra para pagarle el juicio que les va a ganar, me dice. Ella no habrá ganado nunca a la quiniela, pero ahora rica, millonaria va a ser cuando estos paguen por lo que le hicieron. Saca el cuarto documento y me doy cuenta de que en realidad se trata de un mismo artículo fotocopiado hasta el hartazgo.

Copias y copias de lo mismo. Me hace acordar a esa escena de *El resplandor* en la que la mujer de Jack Nicholson logra espiar por primera vez lo que su marido está escribiendo desde que llegaron para cuidar, durante el invierno, ese hotel vacío y completamente aislado en medio de las montañas. Antes de eso no ha podido hacerlo: él no la deja ver nada porque no quiere desconcentrarse ahora que está en la etapa final del libro. Pero resulta que al mismo tiempo que escribe se está volviendo, para ella y para el niñito que tienen entre ambos, un extraño. Un ser irritable, colérico, que se pone violento cada vez que ella intenta ver en qué está trabajando. Un escritor típico, podría decirse, pero no: peor que eso. Ella no tiene forma de saber en qué está pensando, sobre qué está escribiendo. Que trabaja en su nuevo libro le consta, porque en los corredores infinitos de ese hotel vacío se escuchan todo el tiempo los golpes secos que le da a las teclas de su máquina. Hasta que un día lo logra: logra que él esté distraído en otra de las alas del hotel y va a buscar los papeles que están ahí sobre el escritorio, todos apilados al lado de la máquina. Ella los va levantando, uno por uno, y en vez de una trama con personajes y diálogos y descripciones y experimentos encuentra, en todas las hojas, una misma frase repetida hasta el infinito: "All work and no play makes Jack a dull boy".

"La intromisión en los sueños es contínua". "Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “All work and no play makes Jack a dull boy”. “La intromisión en los sueños es contínua”. “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “All work and no play makes Jack a dull boy”. “La intromisión en los sueños es contínua”. “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “All work and no play makes Jack a dull boy”. “La intromisión en los sueños es contínua”. “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “All work and no play makes Jack a dull boy”. “La intromisión en los sueños es contínua”. “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “All work and no play makes Jack a dull boy”. “La intromisión en los sueños es contínua”. “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “All work and no play makes Jack a dull boy”. “La intromisión en los sueños es contínua”. “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “All work and no play makes Jack a dull boy”. “La intromisión en los sueños es contínua”. “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “All work and no play makes Jack a dull boy”. “La intromisión en los sueños es contínua”. “Tuve que denunciarla porque empezó a meterse con la familia”. “La intromisión en los sueños es contínua”.

Cuando termino mi último sorbo de té veo que Sandra se levanta de la mesa y tira el que ella se había servido en su taza sin siquiera haberlo probado. Sobre una de las hornallas encendidas, hay una gran olla de aluminio. Todo este tema es muy complejo, es realmente para entendidos. Partiendo de la base de que ni siquiera sé lo que es entrar en estado alfa, yo no debería preguntar nada, me dice, y se asoma para ver el agua que hierve a borbotones. Atraviesa el vapor con un tenedor grande como un tridente y lo incrusta sobre una carne que al minuto eleva como una presa triunfal. Ella es tan flaca y tan huesuda que no sé cómo hace para levantar esa carne que el destino debería alguna vez devolverle a su cuerpo esmirriado. Yo no debería, me repite, y la huele. Los siete perros le danzan alrededor.

*

No fue siempre así esto de la telepatía, me dice, esta comunicación que ella tiene con las voces que no son accesibles a todos los mortales. Hace muchos años, las voces le hablaban solo cuando ella las convocaba, y lo hacían con gracia, dice, hasta podría decir con cariño. Le susurraban un dato, alguna que otra sugerencia. Ella también les hablaba. No como ahora, que se despierta en medio de la noche gritándoles, increpándolas. Les hablaba bien, suavecito. Tenían un diálogo, mejor dicho. Hubo un momento, incluso, en que las voces eran sus aliadas. Y ella nunca se aprovechó de eso. Cuando jugaba a la quiniela, por ejemplo. Ella jugaba siempre, de ahí que conoce bien a estos que ahora quieren destruirla. Pero ella nunca se aprovechó de sus poderes telepáticos para ganar. Eso también salió en el diario, el viejo ese diciendo que ella siempre jugaba pero nunca acertó. Claro que no acertaba, porque ella no se aprovechaba de sus dones. Ella quería ganar como cualquier mortal. Las voces, los saberes y los datos que le proporcionaban las voces tenía que usarlos con fines más altruistas. Le ayudaban a sobrevivir, en realidad, y de algo mucho más interesante que esto que le toca ahora de regar los jardines de las casas de Repsol. Las voces le tiraban datos, le revelaban cosas que nadie sabía; eran su herramienta de trabajo. Datos sobre gente que desaparecía, sobre todo. Los policías buscaban a esa gente, y entonces estaban dispuestos a pagar por esos datos.

Por acá se da mucho que la gente desaparezca. Un día salen de su casa y no vuelven. Sin ninguna razón, sin ningún aviso. Simplemente, un día no aparecen más. Vaya a saber qué gota colma qué vaso. O ni siquiera: tal vez no haya nada de eso. Simplemente, una mañana se abrigan un poco más (como si en el fondo lo intuyeran) y salen a caminar. Van, creen que van, a cualquier lado: a comprar fruta, al correo, a lo de un amigo. En una cuadra, en una esquina equis ven el mismo cartel de anuncio de bebidas frescas de siempre, los bordes descascarados, la pintura brillante sobre la chapa oxidada, y algo en esa imagen tantas veces vista se hace añicos. La ven como si la vieran por primera vez, pero no por el efecto de curiosidad y por la excitación que provocan algunas primeras veces sino por el desamparo, la falta de referencias que también saben provocar. No hay nada de lo que estén hartos, ni de lo que quieran fugarse:

simplemente, esa imagen les señala que nada volverá a ser lo que era. Que lo conocido se esfumó bajo sus pies. No hay adónde volver, y entonces simplemente no vuelven. Se van, desaparecen.

Las voces, a Sandra, le solían hablar de esa gente. Le decían dónde estaban, pero no solo eso. Le contaban por dónde andaban sus mentes, qué cosas les pasaban por la cabeza. Era lindo en aquella época: como sentarse en la butaca de un cine y ver una mente en pantalla gigante. Le aparecían imágenes sueltas, o todo un cuento que se contaba de una manera y, al rato, de otra totalmente distinta. Incluso con otros actores que se incorporaban. O con actores secundarios que al rato pasaban a ser centrales. Es increíble lo interesantes que son las mentes de los otros si uno tiene tiempo para dedicarles. Ella se instalaba ahí pero con cordura, con discreción mejor dicho. A veces, incluso, cuando veía en esas imágenes que lo mejor que le podía pasar a esa persona era seguir en ese rumbo que por fin esa mañana había tomado —desaparecer, buscar otras referencias, otro punto de apoyo—, cuando veía eso desde su butaca, Sandra simplemente callaba. En la Policía eso le costó que creyeran que era buena pero no tanto, porque no siempre lograba resolver todos los casos. A ella no le importaba: sabía que a veces lo mejor era callar. Sabía que estaba haciendo lo correcto. Pero esas eran otras épocas, ahora nada. Ya casi no puede distinguir entre lo correcto y lo incorrecto con esas voces que le tratan de tomar la cabeza.

Una vez, por decir un ejemplo, resolvió la desaparición de un bebito. Es increíble, uno piensa que un bebé no tiene nada en la cabeza, pero no es cierto. Tiene millones de cosas: y no solo de impresiones, también de recuerdos. De recuerdos suyos en la panza, en el parto, pero también de recuerdos de los que lo precedieron. Como si las mentes en ese estado fueran un catalizador de los pasados más próximos. Este bebito había desaparecido junto con su madre, pero al que ella logró ubicar, el que le habló con su voz fue la criatura, no la madre. Cuando lo encontraron los de la Policía ya estaba muerto. A veces pasaba que ella les avisaba cuando todavía estaban vivos y los otros los encontraban cuando ya estaban muertos. Así es la vida. Y la muerte también, claro. Imprevisibles. El bebito este estaba ahogado en el baño del cementerio, la cabecita blanca metida dentro del inodoro. ¿Quién, en qué cabeza cabe semejante cosa? En la de algunas madres, por lo visto.

Sus propios hijos deberían pensar en estos casos ahora, cuando no quieren hablarle más. En que hay madres realmente desalmadas, no como ella. Pero ellos decidieron no hablarle más. Ninguno de los dos, ni la hija ni el hijo. Los dos viven ahí, en Las Heras, a cuadras de su casa, y no quieren ni hablarle. Así es. Cría cuervos. Después vienen con los cuentos de que las nenas son más apegadas a la madre. Los dos se confabularon con esa otra, el monstruo de su hermana. La hermana de ella, de Sandra. Su propia hermana. Después vienen con lo de los hermanos sean unidos. Ella fue la que la metió en el manicomio de Río Gallegos. Su hermana, que se la pasa dando discursos grandilocuentes ahí en Perito Moreno, donde vive. Es funcionaria de Cultura, directora o algo así. Hace poco organizó una muestra, para los chicos del colegio, de pintores sin manos que vinieron de otro lado, cree que de Córdoba. Todo un acontecimiento: ella se encargó de reunir a los párvulos en edad de ser educados para demostrarles que los caminos del arte son insondables, que cuando alguien tiene talento y dedicación no hay impedimento posible para abrazar la causa del arte, ni siquiera la falta de manos. La muestra, como puedo observar, tenía un gran trasfondo moral. Reunió a los chicos para esperar el colectivo que venía desde la lejana Córdoba, en fin, todo un evento. Todos expectantes allí y ¿qué ve su hermana cuando empiezan a bajar los artistas invitados? Que tienen manos. Tienen muñones, o lo que sea, pero manos al fin. Y ella estaba espantada, absolutamente decepcionada. Así cualquiera, se quejaba, y despotricaba contra la gente que no es precisa en el uso del lenguaje. Sin manos, ja. Toda una lección moral desperdiciada, decía, con lo que cuesta que acá los adolescentes reciban una —¡una!, como siempre recalca con la uña pintada de rojo— muestra de que las cosas pueden hacerse a pesar de las dificultades. ¿Puedo creer yo que una crápula semejante sea su hermana? Una persona que es capaz de eso, de sentir eso como una estafa, es la misma que metió a Sandra en el manicomio. Fue después de que ella hiciera la denuncia contra los dueños de la casa de la lotería. En cuanto ella publicó esa carta en el diario local, la hermana empezó a tender los hilos para encerrarla. Por eso fue: su hermana, como tantos otros humanos, no está dispuesta a soportar mucha realidad.

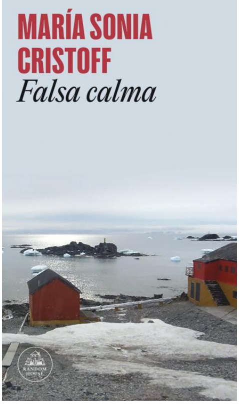
Sandra mira la ciudad con una expresión mixta, una mezcla de desesperación ante la indiferencia de los otros y de suficiencia por haber dado con la hipótesis justa. Anoche estaban, los vio en sueños, todos tirados sobre una terraza, concentrados. Hinchados, azulados, como bajo los efectos de una muerte reciente. Día y noche se concentran, hacen el mal. Traen todo el mal a este pueblo. Día y noche. Día y noche. Mientras la gente trata de llevar una vida ordenada, normal, ellos se concentran en dominar esas vidas. Con ella, con Sandra, no pueden, no es tan sencillo. Ya lo están comprobando. La aturden, le pueblan la cabeza, pero no la doblegan. No la doblegan los siete ni tampoco el psiquiatra en complicidad con toda su familia ni el abogado ni toda la Suprema Corte de Justicia. No la doblega nada de lo que tuvo que ver y soportar cuando se la llevaron para allá, para Gallegos. La internaron en el sanatorio de Gallegos y la trataron de dominar a base de pastillas. Cinco pastillas le daban en un puñado, como si fuera una paloma de plaza, loca por el pochoclo. No es tan sencillo, ya lo están comprobando. Ella ponía cara de resignación y las terminaba tirando por el inodoro. No es tan sencillo. Se iban las pastillitas, sus preciosos colores brillantes rodando por el agua turbulenta. Las cosas que tuvo que ver y oír ahí, la forma en que se trata a la gente. Todos desesperados. Dicen que a ella la sacaron de ahí porque ya había terminado el ciclo en el que la institución puede mantener a un enfermo mental, como los llaman a esos pobres. Pero ella sabe que la sacaron para que no siga presenciando, enterándose. Enfermos mentales son todos estos que la rodean. Pero no va a ser tan sencillo. Los va a denunciar a todos, van a terminar pagándole lo que no tienen. Todos. Esquilmados van a quedar. Ella está atenta a este entramado de voces que la ocupan, muy atenta, y a todos los que están detrás. Ella sabe hasta dónde llega la conspiración, conoce sus ligazones internacionales. Esto no es un juego. Esto no es para aprendices. Ella es el último escudo de protección. El pueblo no se da cuenta, pero Sandra vela por ellos. Los protege, es su muralla protectora.

Día y noche. Día y noche. Día y noche. Día y noche.
Día y noche. Día y noche. Día y noche. Día y noche.
Día y noche. Día y noche. Día y noche. Día y noche.
Día y noche. Día y noche. Día y noche. Día y noche.
Día y noche. Día y noche. Día y noche. Día y noche.
Día y noche. Día y noche. Día y noche. Día y noche.
Día y noche. Día y noche. Día y noche. Día y noche.
Día y noche. Día y noche. Día y noche. Día y noche.
Día y noche. Día y noche. Día y noche.

Agradecimientos

Por el aporte que sus lecturas significaron en distintas etapas de la escritura de este libro, quiero agradecer a Paula Pérez Alonso, Patricio Fontana, Laura Isola, Meco Castilla, Norita Crotti, Hortensia Völckers, Luis Chitarroni, Mariana Rey, Gabriela Massuh.

Por la ayuda crucial que me dieron durante mis viajes por el Sur, a Tzenka Guenova y su familia, Susana Torres, Elvira Córdoba, Raúl Figueroa, Hugo Melivilo y su familia, Marita Mesa y su familia, Atilio Namuncurá, Miguel Nievas, Freddy Masera, Carlos Figueroa, Alberto Salazar, Andrea Sede, David Vara, Nilo Fulvi, Tony Grant, Juana Lew.



«Cristoff no hace ningún esfuerzo por guiar o mimar al lector, pintar un retrato romántico de una tierra remota o decirnos cómo debemos reaccionar ante las vidas solitarias, aterradoras y ocasionalmente heroicas que expone. Cristoff pinta un cuadro de singularidad devastadora. El suyo es un libro audaz y hermoso».

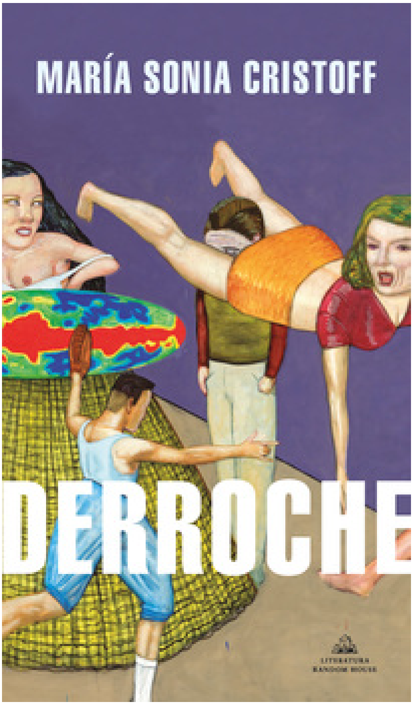
Andrew McCarthy, *The New York Times*

Dos décadas después de haber dejado el pueblo donde nació, la narradora vuelve a la Patagonia siguiendo un recorrido intuitivo e íntimo de horas infinitas. Se detiene en parajes olvidados, se disputa las calles polvorientas con perros semisalvajes, se sienta a conversar con personas que han perdido una cantidad de cosas entre las cuales destaca la cordura. Aun así, encuentra destellos de felicidad absoluta, como la que la asalta cuando la risa de una ronda de niñas la protege de los teros que venían amenazándola desde las alturas durante una de sus tantas caminatas en solitario. En las antípodas de las postales estetizantes, *Falsa calma* es una narrativa de regreso que puede leerse como una sucesión de retratos y es también una lúcida indagación en las causas políticas de lo fantasmagórico.

MARÍA SONIA CRISTOFF

Nació en Trelew en 1965. Es autora de las novelas *Derroche, Mal de época* (finalista del Premio Médicis 2023), *Inclúyanme afuera* (Premio Ricardo Rojas 2022), *Bajo influencia* y *Desubicados*. Compiló una serie de volúmenes estrechamente ligados a su narrativa: *Acento extranjero, Patagonia, Idea crónica* y *Pasaje a Oriente*. Escribe en distintos medios y da clases en la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Camina compulsivamente. Sus libros han sido traducidos a siete idiomas. Vive en Buenos Aires.

Foto de la autora: © Gabriel Díaz


MARÍA SONIA CRISTOFF
DERROCHE
LITERATURA RANDOM HOUSE

ZOOLÓGICOS
IN SITU
Desubicados
María Sonia Cristoff
Editorial Sudamericana

Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Cristoff, María Sonia
Falsa calma / María Sonia Cristoff. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random House, 2023.
(Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-769-318-8
1. Narrativa Argentina. I. Título CDD A863

Imagen de tapa: © Camilo Guinot
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané
© 2005, María Sonia Cristoff
Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
Balmes 209, 6° 2°, 08006, Barcelona
+ 34 93 212 47 91, info@casanovaslynch.com

Edición en formato digital: julio de 2023
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-318-8

Conversión a formato digital: Estudio eBook Facebook: penguinlibrosar

Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Falsa calma
Dedicatoria
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos